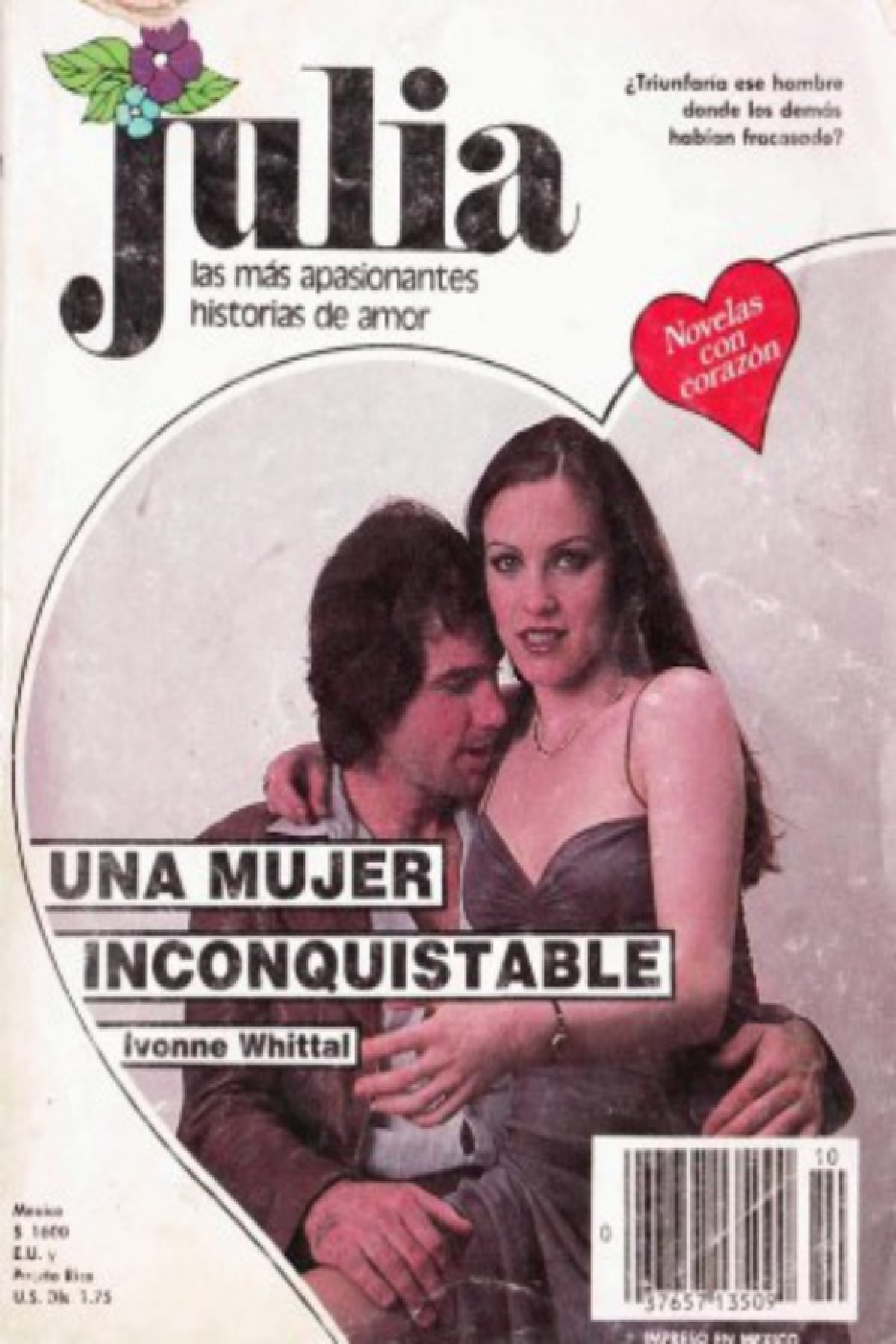

julia
las más apasionantes
historias de amor
¿Triunfaría ese hombre
donde los demás
habían fracasado?
Novelas con corazón
UNA MUJER
INCONQUISTABLE
Ivonne Whittal
37657 13509

Condenada al fracaso
Una mujer inconquistable

Yvonne Whittal

3º Louisville

Condenada al fracaso (1990)
En Harmex: Una mujer inconquistable (1988)
Título Original: Subset at Izilwane (1986)
Serie: 3º Louisville
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 434
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Byron Rockford y Frances King

Argumento:

Frances estaba decidida a convertirse en ganadera y su adquisición de Thorndale fue el primer paso para realizar su ambición. Sin embargo, no había contado con la oposición abierta que encontró con su vecino; Byron Rockford, el dueño de la reserva de animales salvajes. «El manejar una hacienda es trabajo de hombres», le dijo con arrogancia y le hizo saber con claridad que su empresa estaba condenada al fracaso desde el inicio.

Sin importar lo que tuviera que hacer, le demostraría que estaba equivocado. Pero Frances no había pensado en una complicación más: ¡que se enamoraría de este hombre que la odiaba!

Capítulo 1

—¿Quieres repetir eso?

La voz incrédula de Frances King repercutió en el vestíbulo de mosaicos blancos y negros de la casa de sus padres y ella se dejó caer de forma brusca en la silla junto al teléfono, apretando el auricular con tanta fuerza que los nudillos perdieron todo color.

—¿Qué te ocurre, Frances? —le preguntó Thomas Atherstone con tono de impaciencia en la voz—. ¿Te has quedado sorda o es que hay algún problema en la línea?

—¡No, no, no hay nada de eso! —le brillaban los ojos oscuros por la alegría y la excitación, casi demasiado intensas para soportarlas—. ¡Es que me resulta difícil creer en mi buena suerte!

—Bueno, puedes creerlo porque es cierto —insistió el abogado —. La oferta que hiciste por la hacienda Thorndale fue aceptada y me gustaría que vinieras a verme hoy por la mañana, a las diez y media, para poder revisar juntos las acciones antes de que firmes los documentos necesarios.

¡Era cierto! Habían aceptado su oferta por Thorndale, pero aún le parecía demasiado maravilloso para poder creerlo y, dejándose llevar por la felicidad, exclamó:

—Thomas Atherstone, ¡te amo!

—Oye, recuerda que soy un hombre casado —le advirtió riendo y después, ya con seriedad, añadió—: Las diez y media, Frances, y no me hagas esperar.

—Estaré allí —le prometió; colgó el auricular y se apretó las manos con fuerza para controlar la excitación.

Se quedó allí sentada durante varios segundos, tratando de asimilar la noticia que había recibido, antes de levantarse e ir a buscar a su madrastra. Al salir al portal del rancho le echó un vistazo a su reloj. Eran las diez en punto. Decidió que aún le sobraba tiempo para llegar hasta Thorndale antes de ir a ver a Thomas Atherstone.

Frances tenía el cuerpo alto y esbelto, el cabello oscuro del color del ala de un cuervo brillando bajo el intenso sol de enero. Era largo, le llegaba más abajo de los hombros y lo tenía recogido detrás de la nuca con una pañoleta de color rosa que hacía juego

con la blusa de rayas rosadas y blancas que se había puesto, junto con los pantalones de mezclilla azul.

Olivia King estaba cuidando las rosas que amaba tanto cuando alzó la vista para ver acercarse a su hijastra con esa elegancia ágil y natural que acentuaba su feminidad, a pesar de como se vestía. Un sombrero de paja de alas anchas cubría el rostro de Olivia, protegiéndolo de los rayos del sol. Sus ojos grises sonrieron a Frances con un calor y profundo afecto que no había disminuido durante los últimos trece años, desde su boda con el padre de Frances. El nacimiento de un medio hermano y una media hermana no habían alterado de forma alguna la relación entre Frances y Olivia. De hecho los había unido aún más, a todos, en un lazo familiar y Frances adoraba a los nuevos integrantes de la familia tanto como ellos la adoraban a ella.

—No vendré a tomar el té esta mañana, Olivia —le anunció Frances mientras Olivia se quitaba los guantes y los dejaba junto a unas rosas que había recogido—. Si papá quiere saber dónde estoy puedes decirle que fui a Thorndale.

Olivia se estaba quitando el sombrero de paja, pero se detuvo para mirara la con ojos brillantes por lo que se imaginaba.

—¿Frances?

Frances ya no pudo esconder durante más tiempo los motivos de su excitación.

—Aceptaron mi oferta —le explicó, riendo de felicidad.

—Oh, querida, de veras que me alegro por ti —exclamó Olivia mientras se abrazaban.

—Ahora tengo que irme —le dijo, después de un rato Frances, mirando el reloj—. Thomas Atherstone me dijo que me encontrara con él en la hacienda a las diez y media; pero, de todas formas, pienso volver para la comida, así que te lo contaré todo.

Le dio un beso en la mejilla a Olivia y salió casi corriendo hacia el edificio de piedra, detrás de la casa, donde tenía guardado el Land Rover.

Salió de la carretera que conducía a Mountain View, el rancho ganadero de su padre, y tomó el camino de Louisville que llevaba hasta Thorndale, al norte. Habían pavimentado la carretera en los meses anteriores, puesto que el Parque de Animales Salvajes de Izilwane se había convertido en una atracción turística muy

popular. Frances no tenía motivo alguno de queja por esto ya que la hacienda Thorndale, se encontraba exactamente junto al parque.

Sonrió, mientras aceleraba la marcha del Land Rover. Había trabajado mucho para demostrar que era capaz de lograr su meta. Primero fueron todos aquellos años de estudio en la universidad agrícola de Natal, después otros dos años más trabajando en la granja de otra persona para obtener la experiencia adicional necesaria antes de aventurarse por cuenta propia. Su madre murió cuando tenía cuatro años, dejándole una importante cantidad de dinero que le habían invertido de forma muy acertada y que heredó cuando cumplió la edad necesaria. Ahora, al fin, tenía la oportunidad de poner a trabajar ese dinero como ella deseaba, con la compra de su propia hacienda, y la adquisición de una como Thorndale era aún mejor que lo que había soñado hasta entonces.

La familia Wilkins había sido propietaria de Thorndale durante muchos años, y el último dueño, George Wilkins, había muerto siendo un viejo solterón con reputación de ser un solitario excéntrico. Fue el padre de Frances, Bernard King, quien le había informado que Thorndale sería vendida a quien hiciera la mejor oferta por la propiedad. Frances no había sido orgullosa y se apoyó en el mayor conocimiento de su padre, quien le aconsejó sobre lo que él consideraba que sería una oferta razonable por Thorndale.

Ahora se encontraba justo frente a la entrada de la hacienda y en la cerca vio una vieja placa oxidada de hierro, donde apenas se leía «Thorndale-G. Wilkins». En su imaginación Frances pudo ver la nueva placa que pondría: «Thorndale-F. King».

Había otro letrero, ligeramente en mejores condiciones que el primero, en la cerca. «The Grova-A. Phillips». Era una granja que se encontraba después de Thorndale, pero para llegar a The Grove el dueño tenía que pasar por la propiedad de Thorndale, utilizando el mismo camino de grava por el que conducía en este momento Frances hacia la casa.

¿A. Phillips? ¡Por supuesto, ahora lo recordaba! ¡Anthony Phillips! En el colegio le llamaban Tony. Era tres años mayor que ella y Frances podía recordar muy bien que todas las jóvenes se habían vuelto locas por aquel joven, rubio y bien parecido. También pudo recordar que nunca había sido muy buen estudiante, pero el hecho de ser un magnífico deportista y el capitán del equipo de

rugby de la escuela le había hecho ganar popularidad con las jóvenes, aunque no siempre con los maestros.

Frances se olvidó de Tony Phillips cuando vio la casa de piedra surgir entre los árboles. Era una casa vieja, pero bien fabricada, con un portal sombreado que le daba vuelta casi por completo.

Thomas Atherstone aún no había llegado y Frances estacionó su Land Rover azul bajo la sombra de uno de los árboles de jacaranda que bordeaban la avenida que llegaba hasta la casa. Se alegró de haber venido antes que el abogado, para poder recorrerla sola, pero no permaneció así mucho rato. Un anciano negro, con camisa y pantalones de color caqui, se dirigía hacia ella, quitándose el sombrero de forma respetuosa y sonriéndole.

—*Sawubona, Nkosazana.*

—También lo veo *Indoda* —Frances le devolvió el saludo en su propio idioma—. ¿Cuál es su nombre?

—Sipho, *Nkosazana*.

—Usted es zulú, Sipho; ¿qué hace aquí, en el país de los venda? —le preguntó Frances con curiosidad.

—Mi gente se cambió aquí hace muchos años, con la familia Wilkins, y he estado trabajando en esta hacienda toda mi vida —le explicó mirándola con cierta ansiedad—. Es el único hogar que he conocido, *Nkosazana*.

—¿Tiene esposa, Sipho?

—*Yebo*, *Nkosazana*. Mi esposa, Gladys, trabajaba en la casa para el señor Wilkins y es muy buena cocinera —contempló con fijeza a Frances durante un rato—. ¿Es usted la hija de *Ufezela*?

Ufezela, el escorpión. Sonrió y lo miró, interesada.

—¿Conoce a mi padre?

—Todos conocen a *Ufezela* —le sonrió—. Es el hombre grande con mucho ganado y con el pájaro blanco que ruge en el cielo.

Se hizo más amplia la sonrisa de Frances. Había olvidado que los negros se referían al Cessna de dos motores de su padre como —el pájaro blanco que ruge en el cielo —.

En ese momento llegó el Mercedes gris plateado de Thomas Atherstone, quien lo estacionó junto al Land Rover de Frances. La saludó rápida pero afectuosamente y de inmediato se hizo cargo de todo, abriendo la casa con un montón de llaves que traía y dándole instrucciones a Sipho de que hablara con Gladys para que les

tuviera el té preparado cuando regresaran a la casa.

Frances no pudo contener un estremecimiento interno cuando fue con Thomas Atherstone hacia la zona de clasificación de ganado, no lejos de la casa, donde habían reunido las reses para que las examinara.

—La última vez que se hizo el conteo había aproximadamente trescientas cabezas de ganado, pero desde entonces han nacido varios terneros y estimo que ahora habrá alrededor de trescientas cincuenta —le explicó Thomas Atherstone.

Frances apoyó los brazos en la cerca de madera mientras estudiaba el ganado. No estaba delgado, pero había visto mejores animales. Hizo un gesto de aprobación con la cabeza cuando sintió pasos, y al darse vuelta vio a Sipho que se dirigía hacia ellos.

—El ganado tiene hambre, Sipho —le dijo al anciano negro—. Ya puede soltarlo para que se alimente.

Sipho no vaciló; abrió de inmediato las puertas y el ganado salió atropellándose, y se dirigió rápidamente hacia los campos de pasto, mientras Frances acompañaba a Thomas Atherstone en un recorrido por el resto de los edificios.

En los establos había tres caballos. En un cobertizo cercano, un tractor y un Jeep, con un techo de lona que podía levantarse en caso de lluvia. También había un camión grande para el transporte de ganado. Los tres vehículos se veían algo maltratados, pero Thomas Atherstone le aseguró a Frances que estaban en perfectas condiciones de trabajo.

Había un garaje para dos automóviles vacío, y allí Thomas Atherstone abrió el portafolios y le mostró varios papeles.

—Tengo aquí una relación de todas las herramientas e implementos que hay en el cobertizo y aquí en el garaje. ¿Quieres revisarla?

—¡Por todos los cielos, no! —exclamó Frances horrorizada por la enorme lista—. Desde luego que no me va a dar un infarto si falta una o dos herramientas.

—Entonces te sugiero que vayamos a la casa —le dijo sonriendo el abogado, evidentemente aliviado.

Como la mayor parte de las viejas haciendas las habitaciones eran grandes y frescas. Había cuatro dormitorios y un cuarto de baño y, junto al vestíbulo de entrada, una espaciosa sala en la cual

George Wilkins había acumulado un viejo banco, sillas, una mesa de comedor de roble, con su aparador, que posiblemente fueran valiosas antigüedades. Había otra habitación que quizá en alguna época se utilizó como comedor, pero ahora estaba repleta de paquetes de viejas revistas, cajas con antiguas fotografías, sillas rotas y aparatos eléctricos fuera de uso. Las cortinas de algunas de las habitaciones estaban rotas, tal vez por haberlas lavado demasiado, y en algunos lugares se había caído la pintura de las paredes.

La casa había estado cerrada durante seis semanas desde la muerte de George Wilkins y el mobiliario se había cubierto con una fina capa de aquel polvo del norte de Transvaal que, de alguna forma, siempre lograba meterse en las casas, pero Gladys, la voluminosa esposa de Sipho, había limpiado la mesa del comedor y las sillas antes de traerles una bandeja con té a Frances y al abogado.

—*Sanibona* —sonrió amablemente y después se retiró, dejándolos solos.

Frances sirvió el té, expresando su admiración por las delicadas tazas de porcelana china.

—Quizá George Wilkins fue un viejo solterón, con reputación de ser un ermitaño, pero en su excentricidad es obvio que prefería beber el té en porcelana cara.

—En muchos aspectos, era un caballero en extremo refinado —le dijo Thomas Atherstone pensativo, mientras tomaba la taza de té que le brindaba Frances—. Nunca lo mencioné, pero quizá te hayas fijado que, más allá de los edificios exteriores, hay un huerto con por lo menos cuatro tipos de frutas, como son papayas, plátanos, guayabas y naranjas. Cerca del huerto hay un depósito de agua con una bomba eléctrica desde donde se abastece de ella a la casa; el agua también se utiliza para el jardín y el huerto, pero no tienes que preocuparte de eso. Sipho, tu *Induna*, o capataz, se puede ocupar de todo eso.

Bebieron el té en silencio y después el abogado puso el portafolios sobre la mesa. Frances no pudo contener un estremecimiento de excitación cuando lo abrió.

—Aquí tengo todos los documentos necesarios para que los firmes; me gustaría que los leyeras con cuidado y, si lo deseas, que

lo haga tu padre también. Por lo tanto, puedes llevártelos a casa.

Frances hizo un movimiento negativo con la cabeza y le sonrió.

—No será necesario; éste es asunto totalmente mío.

¡Maldición! Era tanta su excitación y felicidad que casi no podía permanecer sentada.

—Estoy seguro de que lo encontrarás todo en orden —le dijo él —, pero, de todas formas, me gustaría que los leyeras; así, si no comprendes algo puedo explicártelo.

Frances asintió con la cabeza, tratando de parecer una mujer de negocios. Después que los leyó y viendo que no había nada que necesitara explicación, le preguntó:

—¿Qué sucede después de firmarlos?

—Espero que me traigas un cheque, certificado por tu banco, a la oficina mañana por la mañana temprano —le contestó sonriendo —. Se necesitarán dos o tres semanas para que se te traspase la propiedad, pero, aparte de eso, Thorndale será tuyo.

—¿Dónde firmo? —le preguntó llena de impaciencia.

—Aquí mismo —le indicó señalando una línea al final de la última página. Temblando de excitación, Frances firmó y al alzar la vista vio que Thomas Atherstone le sonreía y le tendía la mano—. Felicitaciones, Frances.

—¿Es esto todo lo que necesito para comprar Thorndale?

—No del todo —le respondió sonriendo mientras le entregaba otro documento—. Hay un rifle 0.303 y una escopeta que se guardan en un sitio seguro y tienes que firmar este documento para que los traspasen a nombre tuyo.

—Espero no tener que usarlos nunca —le dijo con repentina seriedad mientras firmaba donde le indicaba.

Thomas Atherstone se marchó unos minutos más tarde y esto le dio la oportunidad de recorrer, sola y sin prisas, la propiedad que ahora era suya.

Estaba deseosa de recorrerla toda pero tendría que esperar hasta traer su propio caballo del rancho de su padre, Mountain View, y esto tomaría por lo menos uno o dos días.

Se apoyó contra la cerca de madera donde había estado un rato antes con Thomas Atherstone y se quedó mirando pensativa hacia el campo. Sus rasgos eran sorprendentemente atractivos, el tipo de rostro que hacía volver la cabeza a los hombres a donde quiera que

iba. Sin embargo, no había tenido mucho tiempo para compromisos, informales o de cualquier otro tipo. La nariz recta y estrecha, la boca llena, pero firmemente cincelada sobre una barbilla agradablemente redondeada y que demostraba decisión. La piel impecable mostraba un bronceado dorado resultado de muchas horas, de trabajo y no de descanso, bajo el sol.

Permaneció largo rato allí, contemplando su nueva propiedad, soñando y haciendo planes, pero el ruido de un vehículo que se acercaba hacia la casa a toda velocidad la hizo darse vuelta y caminar en aquella dirección. Era un Land Rover, pero vio que no era el de su padre. Sintiendo curiosidad de saber quién era este visitante, apresuró el paso para llegar a la casa al mismo tiempo que el Land Rover, que se detuvo detrás de su propio vehículo.

El hombre que salió del Land Rover era alto y vestía chaqueta y pantalones de color caqui, con botas fuertes y llenas de polvo. Los hombros anchos contrastaban con las caderas esbeltas y los músculos de sus brazos y muslos parecían luchar contra la tela que los aprisionaba, mientras se acercaba con largos pasos a donde estaba ella. El sol le daba un brillo cobrizo al cabello castaño oscuro y las facciones, bien parecidas pero duras, estaban profundamente bronceadas. Todo en él hacía ver a un hombre con posición de autoridad, y estimó que su edad sería de unos treinta y seis años.

—Me crucé con Thomas Atherstone en la carretera hace unos minutos y me dijo que su oferta fue la que habían aceptado por la hacienda.

Frances lo miró sorprendida. No había hecho intento alguno de saludarla con cortesía. Simplemente se le había enfrentado, haciendo una afirmación directa con una voz que le recordaba el trueno distante, profunda y grave. Vio impreso en el Land Rover, de color marfil, el letrero *Parque de Animales Salvajes Izilwane*.

—Usted deber ser el señor Rockford —le dijo, recordando la entusiasta descripción que le había hecho su prima Megan O'Brien del hombre propietario del parque. Sin embargo, había omitido mencionar su rudeza.

—Así es —fue su seca respuesta.

—Soy Frances King —le dijo tendiéndole la mano, tratando de lograr un ambiente más cordial.

—Lo sé —la miró con fijeza a los ojos, sin hacer caso de la mano

extendida, que ella retiró—. Quisiera tener la primera opción de comprarle esta hacienda.

Lo miró con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—Pero, pero si acabo de comprarla y, además, no está a la venta.

—Pero lo estará —afirmó con arrogancia—. No puedo creer que una mujer como usted tenga éxito y casi puedo garantizarle que en menos de un año estará deseando venderla.

Rígida por la indignación, tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, pero le enseñaría que no era el tipo de mujer que se asustaba fácilmente. Este hombre le había declarado la guerra y, si era lo que deseaba, la tendría.

—Me subestima, señor Rockford. Thorndale no está a la venta y nunca lo estará, así que le sugiero que retire su petición de una primera opción para comprar y salga de mi propiedad.

Vio una sonrisa burlona en su boca sensual.

—Si cambia de idea, ya sabrá dónde encontrarme.

Él se dio vuelta y se alejó hacia su vehículo en el momento en que apareció un Mercedes que se dirigía a la casa. En esta ocasión el visitante era su padre, y Frances se estremeció, furiosa, al verlo bajar del automóvil y estrechar la mano del hombre de Izilwane. Bernard King se encontraba en condiciones extremadamente buenas para un hombre de cincuenta y un años de edad. El color gris del cabello en las sienes, contrastando con el resto oscuro, le daba distinción e indicaba su edad, pero su estatura y físico casi se igualaban a los del hombre más joven.

Mientras hablaban, los dos miraban hacia donde estaba Frances y fue obvio para ella que era el tema de su conversación. Después, Rockford subió a su Land Rover, cerró la puerta con fuerza innecesaria y se alejó a toda velocidad.

Había un brillo divertido en los ojos de Bernard King cuando se acercó a donde estaba su hija.

—Ese hombre es el más presuntuoso… —se detuvo buscando las palabras apropiadas con qué poder decir con exactitud lo que pensaba de aquel hombre—. Apenas se ha secado la tinta en el documento que firmé esta mañana y ese hombre viene a pedirme la primera opción para comprarme la hacienda. ¡Pero eso no es todo! Para hacer las cosas aún peor ha tenido el descaro de decirme en mi

propia cara que no es posible que una mujer tenga éxito con una hacienda y que me garantiza, escúchalo bien, me garantiza, ¡que en menos de un año estaré deseando vendérsela!

Estaba tan enojada que apenas podía respirar.

—No lo tomes con tanta seriedad, Frances —le aconsejó su padre—. Byron tenía puestas sus esperanzas en comprar Thorndale para ampliar su parque, así que trata de imaginarte cómo te sentirías tú si te hubieran dicho que habían rechazado tu oferta.

Se contuvo un instante al pensar esto y disminuyó ligeramente la ira que sentía.

—No sabía que él también había hecho una oferta y me imagino que es bastante comprensible que esté desilusionado y molesto, ¡pero sigo pensando que fue un descaro suyo!

Bernard King le sonrió con ironía.

—¡Vine aquí sólo para felicitarte por el éxito, pero parece que caí en medio de una batalla de los sexos!

—Lo siento, papá, pero me hizo enfadar tanto que hubiera podido… —hizo un gesto expresivo con la mano y después lanzó una carcajada—. Oh, maldita sea si le voy a permitir echarme a perder la felicidad y la excitación que siento.

—Así me gusta verte —le dijo su padre sonriendo, abriéndole los brazos y abrazándola y besándola en la mejilla—. Felicitaciones, querida.

—Gracias, papá —le sonrió, olvidando por el momento su encuentro con Byron Rockford; lo tomó de la mano—. Ven, déjame mostrarte todo.

Sabía que se estaba comportando como si su padre nunca hubiera estado en Thorndale, pero él no quiso echarle a perder el entusiasmo diciéndoselo. La siguió con paciencia, escuchando con interés los planes que le presentaba y ofreciéndole su consejo cuando era necesario.

Frances miró el reloj. ¡Las doce y media! Las últimas dos horas habían pasado volando y aún había mucho que deseaba mostrar a su padre.

—Creo que no tenemos tiempo para ensillar dos caballos e ir hasta donde está pastando el ganado, ¿no te parece?

—Me temo que no —le contestó su padre sonriendo—. Nos esperan en casa para comer. Y cuanto más vieja se va haciendo más

le molesta a Evalina el tener que retrasar las comidas.

Evalina era una mujer venda que casi desde que Frances tenía uso de razón había estado a cargo de la cocina en Mountain View. Esos eran los dominios de Evalina y la única otra mujer que podía entremeterse allí era la madrastra de Frances. Olivia King se había ganado el afecto y el respeto de Evalina con la misma facilidad con que se había ganado el respeto y el agrado de todos los que la conocían, pero, como había dicho el padre de Frances, ahora que Evalina estaba vieja se molestaba con facilidad.

—Tienes razón, papá —Frances sonrió con pesar—. Quiero hablar algo con Sipho, el *Induna*, y su esposa Gladys, antes de cerrar la casa, pero adelántate y dile a Evalina que no tiene que esperar, porque ya voy.

—Dadas las circunstancias estoy seguro de que te perdonará si llegas unos minutos más tarde para la comida, pero que no sean más de diez —le advirtió su padre cuando lo acompañó hasta el automóvil.

Ella se dirigió a paso vivo hacia el huerto, donde había visto a Sipho antes. Aún estaba allí y en esta ocasión lo acompañaba su esposa. Hablaban con mucha seriedad y, por lo poco que pudo escuchar, comprendió que estaban preocupados por su futuro. Esto era exactamente lo que temía Frances y era el único motivo por el que se había quedado para hablar con ellos.

Hablándoles con el respeto que se merecían, Frances les explicó con mucho cuidado que, aunque se había producido un cambio de propietario, sus puestos en Thorndale permanecerían sin alteración alguna. No tenía intención de hacer cambios drásticos, y hasta que ella se pudiera hacer cargo por completo de la hacienda lo dejaba todo en sus manos. Durante el viaje de regreso a Mountain View recordó sus sonrisas de alivio, pero después también recordó su encuentro con Byron Rockford, y se volvió a enojar. Podía comprender su desilusión por no haber adquirido Thorndale, pero no le perdonaba su brusquedad. Algo que le extrañaba era que su prima Megan le había hablado de él llena de admiración y respeto; normalmente se podía confiar en el criterio de ella, pero en esta ocasión se había equivocado. Byron Rockford era grosero, altanero, presuntuoso y arrogante. No había suficientes adjetivos para describir lo que Frances pensaba de él.

El parque de animales salvajes limitaba con su propiedad recién adquirida, pero confiaba en que nunca más en el futuro tuvieran que volver a verse.

Capítulo 2

Louisville no había cambiado mucho durante los últimos cinco años que había pasado Frances en Natal, terminando su educación. Las personas tampoco habían cambiado; seguían siendo amistosas y amables, como una gran familia que nunca estaba reacia a recibir a un recién llegado. Esto era lo que pensaba Frances mientras sonreía y cruzaba la calle hasta donde había estacionado el Land Rover. Puso en marcha el motor y, cruzando el pueblo, dirigió el vehículo hacia Thorndale. Le había entregado a Thomas Atherstone el cheque certificado por el banco, después había ido a la oficina de correo para ordenar que volvieran a conectar el teléfono de Thorndale.

Se hizo más amplia su sonrisa cuando recordó la reunión familiar de la noche pasada. Cuando ocurría algo, bueno o malo, la familia siempre se reunía para ofrecer sus felicitaciones o su compasión. La familia era pequeña pero muy unida, integrada por Vivien y el doctor Peter O'Brien y su hija Megan. Vivien O'Brien era la única hermana de Bernard King y la acompañó Megan cuando llegó a Mountain View la noche anterior, después de la cena. Peter O'Brien había deseado ir también pero en el último momento lo llamaron con urgencia del hospital local. El padre de Frances había abierto una botella de champaña para brindar por su éxito y la conversación había transcurrido en medio de risas.

—¿Vas a mudarte a la casa de Thorndale? —le preguntó Megan y de pronto el tono de la conversación se hizo serio—. Si lo haces, ¿puedo acompañarte? Sería mucho más cómodo para mí ir a la tienda en Izilwane todos los días.

Megan tenía cualidades artísticas, era sensible y emprendedora. Había abierto una tienda de curiosidades en el parque de animales salvajes, para vender, entre otras cosas, su propio trabajo y las obras producidas por un grupo de artistas que se especializaban en trabajos con cuentas, cerámica y esculturas en madera.

Frances se había entusiasmado con la idea de que Megan compartiera la espaciosa casa antigua con ella y había declarado estar dispuesta a cambiarse de inmediato, con su prima, pero su familia no lo permitió. Frances insistió en que ella tenía edad

suficiente para decidir lo que deseaba hacer, pero su madrastra y su tía insistieron en que querían ver el interior de la casa de Thorndale antes de permitirles mudarse para allá. Frances se había rendido al fin y le dejó las llaves a Olivia, temprano por la mañana.

Sonrió de nuevo; ahora estarían todos esperándola a ella en Thorndale y se preguntó qué tipo de recepción tendría al llegar allá.

La puerta principal de la casa estaba abierta. Frances entró y encontró a su madrastra y su tía que la esperaban en el salón que hacía de sala y comedor. Olivia King le sonrió divertida a Frances, pero la expresión en el rostro de Vivien O'Brien era de alguien que no sabía si reír o llorar.

Con una mezcla de burla y preocupación, Frances miró a una y después a la otra.

—¿Está tan mal la cosa?

—No, no lo está —le contestó Olivia con calma—. Pero tu tía y yo estamos de acuerdo; no te puedes cambiar de inmediato.

—Hay varias piezas del mobiliario muy sólido que sólo necesitan que las limpien y aceiten para acentuar la veta natural de la madera; por ejemplo, este juego de comedor —añadió Vivien O'Brien—. Pero no vale la pena conservar el resto del mobiliario.

—El interior de la casa necesita con urgencia una buena capa de pintura, Frances —continuó explicando Olivia—. Comenzaremos por los dormitorios y se podrán cambiar cuando estén listos, pero me temo que no antes.

—Como Megan se va a hospedar aquí contigo —interrumpió de nuevo su tía—, Olivia y yo hemos decidido compartir los gastos. Pondremos cortinas nuevas y cambiaremos parte del mobiliario viejo.

—¡Pero no tienen por qué hacer eso! —protestó Frances mirándolas con incredulidad.

—Deseamos hacerlo, Frances —repuso Olivia sonriendo—. Considéralo como un regalo de dos personas que te quieren mucho y que te desean todo el éxito en tu nueva aventura.

Sintió un nudo en la garganta y se le nublaron los ojos.

—¡Maldición! —se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, riendo, abrazó a Olivia y después a su tía—. Oh, yo las quiero mucho y no sé cómo agradecérselo.

—No es necesario que nos des las gracias, querida —le sonrió

Olivia, levantándose—. Lo que tu tía y yo necesitamos es una taza de té y creo que Gladys está esperando a que le avisen para traerlo.

Olivia fue a la cocina, dejando a Frances con su tía. El parecido familiar era muy grande entre ellas. Se levantaron al oír el ruido de un automóvil que se acercaba a la casa.

—Parece que tienes un visitante, Frances —le dijo su tía innecesariamente—. Voy a decirle a Olivia que hará falta una taza más, mientras tú sales y das la bienvenida a quien sea.

Frances obedeció a su tía, con evidente desgano. ¡Si se trataba de ese despreciable Byron Rockford!… Pero no, el elegante BMW rojo estacionado detrás del Jetta de Olivia definitivamente no era del estilo de Byron Rockford, y el hombre que salió de él era de cabello rubio y de estatura normal. Frances lo reconoció de inmediato al verlo acercarse. Su rostro era bien parecido y aún andaba con aquel leve balanceo que recordaba tan bien.

—Buenos días, señorita King —le sonrió mientras le estrechaba la mano—. Mi nombre es Tony Phillips.

—Lo sé —le sonrió amistosamente a su vez, retirando su mano de la suya cuando creyó que se la había retenido demasiado tiempo —. Fuimos juntos al colegio, pero usted era un par de años mayor que yo.

—Ya lo sabía, pero no pensé que se acordara —su mirada, llena de admiración, le recorrió todo el cuerpo—. Espero no llegar en un momento inoportuno —se disculpó mirando el automóvil de Olivia —, pero pensé pasar y presentarme, ya que vamos a ser vecinos en el futuro.

—¿No desea pasar y tomar el té con nosotros, señor Phillips? —lo invitó cortésmente Frances.

—Tony —la corrigió él, sonriéndole con aquella sonrisa familiar que hacía sentir mareos a todas las jóvenes de la escuela, pero que nunca afectó a Frances—. Por favor, llámeme Tony y sí, me quedaré para el té, gracias, Frances.

Entraron y las dos mujeres sentadas a la mesa alzaron la vista con curiosidad e interés al ver llegar a Frances a la sala, con su visitante.

—Olivia, tía Viv, quiero presentarles a mi vecino, Tony Phillips —Frances los presentó—. Tony, ella es mi madrastra y ella es mi tía, Vivien O’Brien.

—Buenos días, señoras —les dijo sonriendo y sin la menor molestia por la forma en que lo miraban—. Frances me invitó, con mucha amabilidad, a quedarme al té y es un placer conocerlas a las dos.

Las miradas de Olivia y Frances se encontraron mientras se sentaban y la señora le sonrió, dándole la impresión a Frances de que se sentía ligeramente divertida con la galantería de Tony.

—¿No era George Wilkins tío suyo por parte de madre? —le preguntó Vivien O'Brien mientras Olivia servía el té.

—Así es —le confirmó él volviéndose hacia Frances, que lo miraba sorprendida, y sonriéndole—. ¿No lo sabía, Frances?

—No tenía la menor idea.

Olivia les entregó a todos el té y miró a los ojos a Tony.

—Si George Wilkins era su tío, entonces seguramente usted visitaba con frecuencia Thorndale.

—Sí, con bastante frecuencia —reconoció Tony—. Como tenía que pasar por la casa para ir al pueblo, acostumbraba a traerle sus compras en los últimos años en que su salud no era muy buena.

Apenas habían comenzado a beber el té cuando se oyó el ruido de otro automóvil que se acercaba, e interrumpió la amistosa conversación.

—Cielos, eres muy popular hoy, Frances —le dijo su tía riendo y mirando por la ventana—. Tienes otro visitante y, si no estoy equivocada, se trata de Byron Rockford.

Frances se puso rígida y tres pares de ojos se centraron en ella, cuando no hizo el menor movimiento para levantarse y salir a recibir al recién llegado; pero la mirada de los ojos de Olivia le dijo con toda claridad que su padre le había hablado de su entrevista con Byron Rockford el día anterior.

—Aún queda bastante té —Olivia trató de cambiar lo que se había convertido en una situación embarazosa—. Voy a la cocina a buscar otra taza.

—¡Bueno! —Vivien O'Brien le dirigió una mirada furiosa, casi de regaño a su sobrina, y se levantó para salir con Olivia, mientras Frances permanecía tercamente sentada—. Lo invitaré a que nos acompañe.

—Rockford es la persona propietaria del Parque de Animales Salvajes Izilwane —le comentó Tony a Frances.

—Lo sé —le respondió con tono seco—. Nos conocimos ayer.

Tony la miró extrañado y, en el momento en que pareció que iba a preguntarle algo, entró Olivia con la taza y se escucharon pasos en el vestíbulo.

—Por aquí, Byron —escuchó a Vivien O'Brien que después entró en la sala con el hombre a quien Frances había ordenado salir de su propiedad el día anterior—. Creo que los conoce a todos, ¿no es cierto?

—Si, así es —saludó con una breve inclinación de cabeza a los demás y, después con una mirada ligeramente burlona se volvió hacia Frances—. Buenos días, señorita King.

—¡Cielos! ¡Ya lleva en este distrito bastante tiempo para saber que no nos gustan los formulismos! —exclamó indignada Vivien O'Brien—. El nombre de mi sobrina es Frances y, Frances, él es Byron. Byron Rockford, de Izilwane.

—Nos conocimos ayer —repitió Frances con tono seco.

—¡Oh! —durante un momento, Vivien pareció sorprendida y después se recuperó y, haciendo un ademán, señaló una silla—. Bueno, siéntese, Byron.

—¿Le gusta el té con leche, Byron? —preguntó Olivia.

—Si, gracias, señora King —le contestó, y se sirvió azúcar cuando ella le entregó el té.

Las manos eran grandes y anchas como el resto de él y el vello en los brazos bronceados era tan oscuro como el que se veía en el pecho por la abertura de la chaqueta.

Dios, ¿por qué lo estoy mirando así?, se preguntó Frances enojada y apartó la mirada de Byron Rockford, centrando toda su atención en el hombre rubio sentado junto a ella.

Frances habló exclusivamente con Tony, sin prestar atención alguna al hombre sentado frente a ella, aunque en todo momento estuvo consciente de su mirada fija en ella. En alguna ocasión que lo miró le pareció que estaba impaciente de irse, pero aunque no tenía la menor idea de por qué habría venido por segunda vez este hombre, tampoco tenía deseo alguno de preguntarle.

—Gracias por el té, pero me temo que no puedo quedarme —dijo Byron Rockford mientras se levantaba. Miró a los ojos de Frances—. ¿Puedo hablar algo a solas con usted, señorita… este, Frances?

Se produjo un breve silencio embarazoso mientras Frances jugaba con la idea de mandarlo al diablo, pero los buenos modales la obligaron a levantarse.

—Lo acompañaré hasta su automóvil —le dijo con tono frío y cortante.

—Quisiera disculparme de mi rudeza de ayer —le dijo él mientras caminaban hacia el Land Rover. Frances sonrió con cinismo.

—¿De veras?

—Sin embargo, hablaba con toda seriedad acerca de comprar Thorndale —le dijo, pasando por alto el sarcasmo—. Aquí le traigo una solicitud por escrito para la primera opción de compra de Thorndale, si es que algún día desea venderla.

Miró el documento que había sacado del bolsillo de la chaqueta y sintió que la recorría una onda de furia que le hizo recordar un volcán a punto de hacer erupción.

—No tengo intención de vender Thorndale.

—Las mujeres tienden a cambiar de idea, y quizá usted desee cambiar la suya dentro de unos meses.

—¿Quiere decir que está convencido de que no tendré éxito?

—El manejar una hacienda es trabajo para un hombre —fue su respuesta directa, que hizo subir la presión de la sangre a Frances.

Byron Rockford no era sólo el hombre más arrogante y presumido que hubiera conocido, sino también el más obstinado.

—Tomaré su solicitud escrita, señor Rockford.

—Byron —la corrigió él, sonriendo con tanta burla que deseó hacérsela desaparecer del rostro de una bofetada.

—Tomaré su solicitud escrita —repitió con voz dura—, pero si aún me encuentro aquí en Thorndale dentro de un año, voy a hacer que se la coma.

—Con mucho gusto —se hizo más intensa su sonrisa burlona.

—¡Adiós, señor Rockford! —exclamó furiosa, alejándose de él, apretando y arrugando el papel que él le había dado.

—Es *tot siens* Frances —le aseguró él, riendo burlón—, pues desde luego que nos encontraremos de nuevo y espero que sea pronto.

¡No, si puedo evitarlo! pensó furiosa, entrando en la casa.

Tres pares de ojos la contemplaron con curiosidad de nuevo,

viéndola cómo guardaba el ofensivo documento en el bolso. Sin embargo, no tenía deseos de entrar en detalles sobre su segunda confrontación con el hombre de Izilwane. Poco después, se despidió Tony y Frances lo acompañó hasta donde había estacionado el automóvil, mientras su madrastra y su tía recogían las tazas.

—Fue un gesto muy amable suyo visitarnos, Tony —le dio las gracias cuando llegaban al BMW rojo.

—Volveré de nuevo, si me lo permite —sugirió él de inmediato y Frances sonrió.

—Quizá no siempre me encuentre en la casa, pero será bienvenido a beber una taza de té cuando esté —le aseguró.

—Mi tío me dejaba cazar en Thorndale —la mirada de los ojos castaños se fijó en ella—. ¿Le molestaría que cazara en algunas ocasiones en su propiedad?

—No tenía idea de que existiera caza en Thorndale, ni en qué cantidad, pero me temo que la respuesta es no, Tony —vio desilusión y algo más que no pudo definir en su rostro—. No estoy de acuerdo con matar a los animales sin necesidad, a menos que su cantidad sea tanta que no dejen pasto suficiente para mi ganado. Si resulta necesario disminuir su número, le avisaré.

—Se lo agradeceré —le dijo, sonriendo de nuevo; después se despidió y partió.

—Estábamos bastante preocupadas de que tú y Megan vivieran solas aquí en Thorndale, pero parece que tendrán bastante compañía masculina, con Tony Phillips y Byron Rockford como vecinos —le comentó su tía Vivien con un destello burlón en los ojos oscuros—. Tony Phillips ha estado viviendo solo en The Grove desde hace varios años, después de la muerte de sus padres, y me imagino que tiene que sentirse solo. Byron Rockford también es soltero, pero no hace mucha vida social. El pobre hombre siempre está ocupado, en particular durante las temporadas de vacaciones, pero es un hombre en quien se puede confiar y me alegra que esté cerca de ti.

Se ensombreció la expresión en el rostro de Frances. Byron Rockford estaba demasiado cerca de ella y confiaba verlo lo menos posible.

—¿Qué piensas hacer ahora, Frances? —la voz de Olivia interrumpió sus pensamientos. Miró el vestido elegante y los

zapatos blancos de tacón alto que traía puestos y le contesto:

—Bueno, vestida como estoy no hay mucho que pueda hacer, así que voy a cerrar la casa y regresaremos a Mountain View. Sin embargo, a partir de mañana estaré aquí todo el día, todos los días.

Las dos semanas siguientes fueron en extremo ocupadas para Frances. Su primera prioridad había sido conocer a los seis vaqueros que trabajaban para ella, y a sus familias. Sipho, el *Induna*, le había asegurado que todos eran gente leal. Habían traído, de los establos de Mountain View a Thorndale, su caballo negro, *Pegasus*, y, con Sipho, Frances había recorrido toda la propiedad, inspeccionando los campos de pastoreo y las condiciones generales del ganado. No hubo un solo molino de viento ni abrevadero que no revisara y en particular dedicó una atención muy cuidadosa a las cercas, incluyendo la de alta seguridad entre su propiedad y el parque de animales salvajes.

Fue durante su primera semana en Thorndale que Frances descubrió el campo del río. Eran varias hectáreas de buen pasto, con un río que lo cruzaba y que se proyectaba dentro de la zona del parque de animales salvajes. Esto último ni siquiera la preocupó; era esa parte del río lo que la atraía y comprendió que era exactamente lo que había estado buscando. Era ideal para las veinte cabezas de ganado brahmán que había adquirido recientemente.

Durante esas dos primeras semanas, mientras Frances se había ocupado en el campo, su madrastra y su tía se hicieron cargo de la casa. Habían traído pintores de Louisville quienes comenzaron a raspar las paredes interiores y a pintarlas. Se había decidido que el salón frente a la sala se utilizaría como comedor, pero Frances insistió en que no tocaran nada hasta que se cambiara a la casa. Entre el montón de revistas había descubierto un antiguo escritorio, y la posibilidad de que quizá contuviera viejos documentos sobre la hacienda hizo que deseara revisarlo por sí misma antes de que dejaran la habitación lista para los pintores.

La mañana del sábado ella y su prima Megan se cambiaron a la casa, poco menos de dos semanas después de la compra de la hacienda. Frances llevó a *Major*, un perro rodesiano que había sido un regalo de Logan y Janet, sus medio hermanos, y Megan llegó

pocos minutos después con *Pickles*, su poodle maltés. Los dos perros se olfatearon, decidieron que se agradaban y salieron a correr por el jardín.

—Algo me dice que harán un equipo magnífico para protegernos —dijo Megan riendo—, si no están muy ocupados jugando.

—Oh, sí —añadió Frances fingiendo seriedad—. *Major* se lanzará a los cuellos, para matar, mientras que *Pickles* morderá los talones, para dejarlos inválidos.

Ninguna de las dos se imaginaba a sus perros haciendo esto, así que entraron riendo en la casa, dejando que Sipho y Gladys descargaran las cosas que habían traído en sus vehículos.

Frances se quedó atónita ante lo que su madrastra y su tía habían logrado durante las dos semanas. Habían pintado todo, cambiado los muebles y en las ventanas colgaban cortinas. Sobre la mesa del comedor, que estaba limpia y aceitada, había un jarrón con rosas que sólo podían provenir del jardín de Olivia en Mountain View. Apoyada en el jarrón había una nota escrita por Olivia.

—Bienvenida a tu nueva casa. Tu tía y yo confiamos en que te guste lo que hemos hecho y te deseamos toda clase de felicidad y éxitos. Olivia. —

Era un gesto tan típico de Olivia, tan conmovedor, que Frances estuvo a punto de llorar, pero evitó las lágrimas antes de que Megan se diera cuenta.

Megan, tres años más joven que Frances, era pequeña y esbelta, con el cabello dorado como la miel. Frances siempre había sentido deseos de proteger a su prima, pero en realidad Megan no necesitaba protección. A pesar de ese aspecto externo engañosamente frágil, era fuerte y su naturaleza tierna y cálida hacía que fuera fácil ser amiga de ella.

Las dos jóvenes pasaron el día acomodando sus cosas, mientras Gladys las abastecía de té y de ensaladas. Frances estaba impaciente de arreglar el salón del frente y llevaba en sus manos un montón de revistas para tirarlas, cuando oyó llegar un vehículo.

—¿Quieres ver quién es, Megan?

—Oh, me olvidé decírtelo —le dijo Megan entrando con ella en la cocina—. Byron ha querido verte toda la semana, pero como yo

sabía que los dos han estado ocupados le dije que podía venir a hablar contigo esta tarde.

—Bueno, ¡yo no quiero hablar con él!

—¿Por qué no? —le preguntó Megan con inocencia—. ¿Por qué no quieres hablar con Byron?

—El señor Rockford y yo no tenemos nada que decirnos.

—Si tan sólo trataras de conocerlo, estoy segura de que te agradaría, Frances.

—No quiero conocerlo, ¡muchas gracias!

—¡Frances! —Megan contempló, con sus ojos azules muy abiertos y llenos de incredulidad, a su prima—. ¡Eso no me parece nada propio de ti!

—¿Hay alguien en casa? —se escuchó la voz profunda ya conocida.

—¡Ya vamos, Byron! —le gritó Megan y después miró ansiosa a su prima—. Tira esas revistas sucias, Frances, y, por todos los cielos, ven y compórtate de modo agradable con este hombre.

Tiró el montón de revistas en el suelo de concreto, en la parte trasera de la casa. ¡Maldito hombre! ¿Qué querrá ahora?

Gladys estaba encendiendo la tetera eléctrica y preparando una bandeja, cuando Frances entró en la cocina.

—Prepararé té y lo llevaré a la sala, señorita.

—Gracias, Gladys —le sonrió, pero tan pronto como salió de la cocina se endureció de nuevo la expresión de su rostro.

Cuando entró en la sala, él se levantó para saludarla.

—Buenas tardes, Frances.

—Buenas tardes —le contestó con tono seco.

—¿Tomará el té con nosotras, Byron? —le preguntó Megan, una vez que se sentó de nuevo.

—Gracias, me gustaría.

—Iré a decirle a Gladys…

—Ya lo sabe Gladys —la interrumpió Frances, antes de que se pudiera levantar de la silla dejándola sola con Byron—. Ya me dijo que prepararía el té y lo traería.

—Oh —exclamó Megan, sin poder comprender el comportamiento de Frances. Se produjo un breve silencio embarazoso.

—Tengo que decir que esta casa ha cambiado mucho desde la

última vez que estuve aquí —comentó Byron recorriendo con la vista el salón antes de detenerse en Frances—. Está muy agradable, muy femenino —añadió, como insistiendo en que el lugar de la mujer estaba en el hogar y no manejando una hacienda. Esto la hizo ponerse rígida de ira.

—Sí, ¿no es cierto? —su respuesta, brusca y sarcástica, hizo que Megan la mirara apenada, pero sólo obtuvo una sonrisa burlona de Byron, quien luego le habló a la joven rubia:

—¿Y qué vas a hacer para tener un estudio aquí, Megan?

—Puedo pintar y dibujar en cualquier sitio —le explicó Megan —, pero tengo mi estudio en la casa de mis padres en el pueblo y por supuesto pasaré allí los fines de semana.

—Eso significa que estará sola en la casa los fines de semana, Frances —comentó él.

—No necesariamente —respondió Frances sin molestarse en explicarle que tal vez sus hermanos vendrían a pasar el fin de semana con ella en ocasiones. Él no insistió en el tema, pues en ese momento Gladys entró en el salón con la bandeja con el té.

—*Sawubona*, *Mnumzane* —Gladys saludó con respeto a Byron, mientras dejaba la bandeja en la mesa, junto a Frances.

—*Yebo*, *Sawubona* —Byron le devolvió el saludo en el mismo idioma.

Frances sirvió el té y, mientras lo bebían, escuchó la conversación animada entre Byron y Megan, pero sin participar en ella.

Hablaron sobre una compañía de publicidad de Johannesburgo para la cual Megan había hecho unos trabajos en el pasado, y debido a la calidad de sus dibujos una compañía editora se había puesto en contacto con ella para que ilustrara un libro de uno de sus autores.

—¿Hay algo que pueda hacer, mientras estoy aquí, para ayudarlas?

—Bueno… —comenzó a decir Megan y Frances comprendió que estaba pensando en el pesado escritorio que deseaban mover hasta el pequeño salón. Sin embargo, no iba a permitir que nadie tocara aquel escritorio hasta que lo hubiera revisado y mucho menos Byron Rockford.

—Gracias, pero nos las arreglaremos —la interrumpió con

brusquedad y Byron alzó los hombros en un gesto de indiferencia.

—Llevaré la bandeja a la cocina y me iré a mi dormitorio, que tengo varias cosas que hacer —anunció Megan mientras se preparaba a salir.

—No es necesario que te vayas, Megan —dijo Frances, que no deseaba quedarse a solas con este hombre, cuya mirada comenzaba a ponerla nerviosa.

—Creo que Byron preferiría hablar contigo a solas —insistió Megan levantándose decidida y tomando la bandeja—. Nos veremos el lunes, Byron.

Megan salió, dejando a Frances sola con Byron. Sospechaba cuál sería el tema de la conversación. Thorndale. Él deseaba su hacienda y al parecer iba a molestarla sin descanso con su determinación de obtenerla.

Capítulo 3

La tensión en la sala de Thorndale llegaba a un punto tan alto que Frances decidió dar el primer paso.

—Por lo que me dijo Megan tengo entendido que usted ha estado deseando hablar conmigo durante toda la semana.

—Sí, hay un asunto importante sobre el que quiero hablar con usted —le dijo Byron—. Usted tiene un pedazo de tierra que entra bastante profundo dentro de mi parque.

—Me imagino que se refiere al campo del río.

—Así es, y quisiera comprarle ese pedazo de tierra.

Pocas veces Frances había estado tan cerca de perder el control con alguien como en este momento. Afortunadamente entró su perro y esto le dio un minuto para calmarse.

—El campo del río es ideal para mi rebaño de ganado brahmán y es la única parte de la granja que tiene una sección del río que la cruza.

—Tiene abundancia de buen pasto para su ganado brahmán y no necesita el agua del río, así que quizá sea mejor que me venda el campo del río ahora, porque en menos de un año estaré comprándole toda la hacienda.

—El campo del río no está a la venta, y si yo fuera usted, no me apresuraría tanto a planear la ampliación de su parque de animales salvajes con la propiedad Thorndale —le dijo con tono helado—. Quizá sea una mujer, señor Rockford, pero no hay nada que usted pueda enseñarme sobre cómo ser ganadera que yo no sepa. No puedo predecir el futuro, pero lucharé contra todo lo que se interponga entre mí y el éxito, y no me rindo fácilmente.

Le sonrió con cinismo.

—La determinación es algo bueno, pero la terquedad puede conducirla al fracaso.

Frances se levantó ágilmente y se quedó mirándolo, aparentemente tranquila, excepto por las llamaradas en sus ojos oscuros.

—¿Tiene algo más que decirme? —le preguntó con frialdad mientras Byron se levantaba también, con lentitud.

—Ya dije lo que vine a decirle y le sugiero que lo piense con

cuidado.

—No tengo que pensarlo y en lo que a mí se refiere, señor Rockford, ya no es bienvenido aquí.

—Creo que me agrada, Frances —le sonrió con burla—. Tiene mucho valor y me gusta que mis mujeres lo tengan.

—Nunca seré una de sus mujeres, señor Rockford —protestó Frances con tono de repugnancia.

—¿Es ese un reto?

—¡No! —le replicó furiosa —. Es una afirmación.

—¡Qué lástima! —se encogió de hombros y Frances sintió cómo se sonrojaba cuando su mirada insolente le recorrió todo el cuerpo, deteniéndose brevemente en los pequeños pechos—. Nunca sabrá lo que se ha perdido.

Antes de que pudiera pensar en una respuesta adecuada, Byron se había marchado. Se quedó parada frente a la ventana, temblando de furia. Sin embargo, lo que la hacía sentir tan nerviosa en realidad no era furia, era algo nuevo que, de repente, se sintió demasiado asustada para analizarlo.

¡Maldito hombre! ¡Maldito sea!

Salió furiosa de la sala, seguida por *Major*, pero éste rápidamente se alejó al ver cómo comenzaba a tirar las cosas sin necesidad, para descargar la furia que sentía. Unos minutos más tarde, Megan se reunió con ella y la miró con curiosidad.

—Fue una discusión muy rápida —fue su comentario.

—No había mucho que decir. Deseaba comprar el campo del río porque entra profundamente dentro de su parque y yo le dije que no estaba a la venta.

—¡Oh!

—Es más —añadió Frances furiosa—, tiene la idea de comprar toda la hacienda, puesto que opina que, siendo mujer, tengo que fracasar.

—¡Oh, Frances! —exclamó Megan riendo—. No debes permitir que eso te moleste tanto.

—¿Oh, no debo hacerlo? —le reclamó Frances con voz llena de sarcasmo y enojo.

—Los hombres son todos iguales y Byron se está comportando como uno más —le razonó Megan—. Piensan que las mujeres somos criaturas frágiles, indefensas, con poco o ningún sentido común y

nos corresponde a nosotras hacerles ver lo equivocados que están.

Frances sintió que desaparecía parte de su tensión. No era la primera vez que la discriminaba algún antifeminista, ¿por qué permitir a Byron Rockford que tuviera éxito donde otros habían fracasado?

—Vamos a ensillar los caballos y dar un paseo —sugirió—. Arreglaremos esta habitación cuando regresemos.

Megan no puso objeción alguna a la sugerencia de Frances y media hora más tarde corrían a campo traviesa, Frances en *Pegasus* y Megan en *Juniper*.

Durante el paseo, Frances sintió cómo desaparecía la tensión y el enojo de su cuerpo. El olor del caballo y de la piel de la silla de montar, junto con lo mucho que disfrutaba cabalgando, siempre habían tenido ese efecto en ella.

Miró a Megan y ésta le sonrió.

—Aún quiero pintarte montando a caballo —le dijo Megan.

Frances le sonrió sin contestarle. Desde hacía tiempo Megan había deseado hacer un bosquejo o una pintura de ella, pero, por naturaleza, Frances era demasiado inquieta para permanecer inmóvil durante más de un minuto. Como resultado de esto Megan había comenzado varios dibujos pero se había visto obligada a desecharlos apenas iniciados.

Cuando dejaron los caballos en los establos y fueron caminando a la casa, ya el sol comenzaba a descender. Frances se sentía refrescada, Megan tenía las mejillas sonrojadas y a las dos se les había despertado un gran apetito.

Gladys les había preparado gran cantidad de comida para la noche. Eran suculentos bistecs con verduras frescas del jardín que cuidaba con tanto cariño Sipho, y Frances y Megan atacaron sus platos como si no hubieran comido en días. Después de la cena, bebieron el café en el portal en penumbra, pero de nuevo Frances se sintió inquieta. Fueron a la cocina, donde dejaron las tazas, y regresaron a la tarea de limpiar la única habitación que faltaba pintar en la casa.

Frances fue revisando cuidadosamente los papeles del escritorio, echando a un lado los que no tenían ningún valor para ella, que Megan de inmediato metía en cajas, y separando los que quería estudiar con calma más adelante. En un momento notó un, objeto

que estaba entre el escritorio y la pared, en un rincón, y lo sacó con cuidado, encontrándose con un retrato del difunto George Wilkins.

Lo colocó sobre el escritorio, apoyándolo contra la pared.

—Bueno, buenas noches, señor Wilkins —murmuró mientras lo contemplaba.

—¿Qué es? —gritó Megan con el rostro pálido por el terror. Sin embargo, se apoyó contra la pared y comenzó a reír cuando vio el retrato—. Durante un horrible instante pensé que habías visto un fantasma —le explicó casi sin voz.

—Es George Wilkins, el dueño anterior de Thorndale y tío de Tony.

—¿Tony? —preguntó Megan confundida.

—Anthony Phillips, mi vecino que vive en The Grove.

—¡Oh, él! —Megan puso los ojos en blanco y miró hacia el techo —. Es terriblemente bien parecido.

—Así es —reconoció Frances sin prestar mucha atención a lo que decía mientras observaba el retrato en su ancho y poco usual marco de metal—. Me pregunto por qué este viejo excéntrico escondió su retrato en el rincón detrás del escritorio.

—Probablemente no le gustaba cómo se veía, pero creo que el tío de Tony parece que era un viejo dulce —comentó Megan mientras se acercaba para observar el cuadro, que Frances estaba limpiando.

—Tiene fecha de hace cuatro años, así que es bastante reciente.

—Sin embargo, el marco es muy extraño —murmuró Megan golpeando con el dedo el marco—. Es algún tipo de metal muy ligero que han pintado de color oro para darle efecto de bronce. Me extraña mucho, puesto que en esta época hacen unos hermosos marcos de madera.

—Mmm, sí, parece extraño —reconoció Frances pensativa.

—¿Qué vas a hacer con el retrato?

—Quizá lo quiera Tony —decidió Frances—. Después de todo, Tony era sobrino de George Wilkins y debe interesarle más el retrato que a cualquier otro. Le preguntaré, cuando lo vea de nuevo.

—Tengo la sensación de que el tío de Tony se está riendo de nosotras.

Frances miró fijamente a su prima y después lanzó una carcajada.

—Vamos a bañarnos y después nos acostaremos. Estamos cansadas y comenzamos a imaginarnos cosas.

La mañana del domingo, poco antes del mediodía, Tony Phillips llegó a Thorndale, elegante y bien parecido con sus pantalones grises y una camisa azul de cuello abierto. Megan se sintió encantada de verlo simplemente porque era muy atractivo, pero Francos se alegró de su visita por un motivo totalmente diferente. Había llegado en el momento en que más se necesitaba la fuerza masculina. Frances había limpiado la habitación del frente con la ayuda de Megan y Gladys y era necesario mover el escritorio de madera que ya habían limpiado y aceitado. Sipho también ayudó, y entre él y Tony, con trabajo, llevaron el pesado escritorio hasta la pequeña habitación que Frances pensaba convertir en estudio.

—Gracias por su ayuda, Tony —Frances le sonrió cuando colocaron el escritorio donde deseaba—. ¿Quiere quedarse a comer con nosotras?

—Estaba confiando en que me invitara —le sonrió a su vez, mientras se secaba las gotas de sudor de la frente con el pañuelo. Frances sintió simpatía hacia él cuando pensó que vivía solo en The Grove.

Comieron en la mesa del comedor y Gladys de nuevo les había preparado una comida que los dejó llenos y sin ganas de moverse.

—Hay algo que quiero mostrarle —le dijo Frances a Tony después de beber el té y, acompañados por Megan, fueron a la otra habitación—. Hay dos cajas de viejas fotografías familiares.

Tony frunció el ceño, miró en la dirección que señalaba Frances y se encogió de hombros, despreocupado.

—Tírelas.

—¿No habrá alguien en la familia a quien le interese conservarlas?

—La única familia que conozco es una prima, Claudia de Leur; la madre de ella y mi madre eran las únicas hermanas del tío George, pero no tengo la menor idea de dónde esté viviendo en este momento. Además no creo que le interese una caja de viejas fotografías.

—También encontramos, esto —le dijo Frances apoyando el

retrato de George Wilkins contra la pared.

—¡Buen Dios! —exclamó sorprendido mirando el retrato—. ¡El propio viejo miserable y tacaño!

—Oh, no pensábamos que fuera miserable y tacaño, ¿no es cierto Frances? —intervino Megan con tono defensivo—. Más bien nos pareció agradable.

—Ustedes no lo conocieron tan bien como yo —repuso Tony sonriendo con ironía.

—Como usted es el más cercano de los dos familiares que le quedan, Tony, quizá le interese quedarse con este retrato de su tío —le sugirió Frances.

—No, gracias —respondió riendo y haciendo un ademán con la mano como si encontrara repugnante el retrato de su tío—. Pueden tirar el retrato junto con el resto de las fotografías.

—¡Oh, no podemos hacer eso! —protestó Megan con los ojos muy abiertos y sorprendida.

—¿Por qué no? —le preguntó Tony mirándola.

—No lo sé —le contestó vacilante, mirando el retrato de George Wilkins con el cabello y las patillas blancas—. Me parece una lástima y me hará sentir como si estuviéramos expulsando a un viejo del único hogar que tuvo y que conoció.

Se hizo un largo silencio después de la explicación de Megan y Frances tuvo que reconocer que estaba de acuerdo con su prima. Quizá el cuadro no le agradara a Tony, pero no podían tirarlo como si se tratara de algo sin importancia.

—Bueno, decidan ustedes lo que hacen con él, pero desde luego yo no lo quiero —insistió Tony—. Ni siquiera si tuviera un marco de oro.

A Frances le resultó extraña su actitud, pero se dijo que los gustos eran tan diferentes como las opiniones y que quizá inclusive la actitud de despreocupación de Tony sólo escondía la pena que sentía por la pérdida de un tío a quien había estado tan unido.

Tony se quedó con ellas hasta después del té de la tarde e iban caminando con él hasta donde había estacionado su BMW rojo cuando Megan comentó, divertida:

—Si todos los fines de semana son como el que acabamos de tener, desde luego que no vas a estar sola, Frances.

—¿Han tenido muchos visitantes desde que se cambiaron? —

preguntó Tony con interés.

—Byron vino ayer tarde y hoy hemos tenido el placer de su compañía —le explicó Megan antes de que Frances pudiera contestarle.

—Ya veo —Tony se quedó pensativo—. ¿Se ha convertido Rockford en visitante asiduo de Thorndale?

Durante un breve momento, Frances sospechó que quizá estuviera celoso, pero apartó es idea como ridícula.

—No diría que se ha vuelto visitante asiduo —contestó con tono serio la pregunta de Tony, escondiendo el desagrado que le producía el recuerdo de la visita de Byron Rockford—. Para ser exacta, ha estado en tres ocasiones.

—¿Asuntos de negocios o de placer?

—De negocios —le contestó Frances con una sonrisa forzada.

—Placer —comentó Megan de forma simultánea, contradiciendo la afirmación de Frances y sonrojándose profundamente ante la mirada fija de su prima—. Bueno, quizá un poco de las dos cosas.

—Me temo que tengo que irme, señoras —Tony sonrió, pero Frances observó que la sonrisa era forzada—. Muchas gracias por la comida y la veré pronto, Frances.

Megan dejó escapar un profundo suspiro cuando se alejó.

—Es agradable y creo que le gustas, Frances.

—¡No seas tonta, Megan! —protestó Frances enojada—. Tony y yo apenas nos conocemos.

—¡Y qué! —contestó Megan encogiéndose de hombros, mirándola con ironía mientras entraba en la casa—. Sin embargo, creo que tiene competencia.

La mirada sombría de Frances era amenazadora.

—Si te refieres a Byron Rockford, entonces…

—No he dicho una sola palabra —la interrumpió Megan, sonriendo con burla y alzando las manos en un gesto de rendición.

Frances trató de tomar a broma su conversación, pero en su interior se sentía intranquila y agitada.

—¿Qué vas hacer con el tío George? —preguntó Megan esa noche, después de que habían terminado de cenar y beber el café, mientras estaban sentadas en el portal.

—No lo sé —murmuró Frances pensativa—. ¿Qué sugieres?

—Pienso que el retrato del tío George se vería muy bien en la

sala —Megan dio su opinión y después rompió a reír—. De esa forma puede mantener su mirada aprobatoria o desaprobatoria sobre nosotras, ¿no te parece?

—Creo que me gusta esa idea —confesó Frances. Podía imaginarse al tío George alzando las cejas en desaprobación ante los métodos modernos que ella pensaba poner en práctica.

—¿También tuviste tú la sensación de que a Tony no le agradaba mucho su tío? —le preguntó Megan de repente.

—No puedo decir que sí; quizá simplemente no estaban de acuerdo en algunas cosas, pero no diría que le desagradaba su tío.

Allí terminó la conversación, pero esa noche, cuando se acostó, Frances no pudo apartar de su mente las cosas que habían discutido. Normalmente Megan era muy perspicaz, éste era uno de los motivos por los que era tan buena artista, pero tenía que estar equivocada sobre Tony. ¿Se habría molestado en traerle a su tío sus cosas del pueblo si le desagradaba?

¡No, por supuesto que no! Megan tenía que estar equivocada, se dijo Frances mientras acomodaba las almohadas y quedaba dormida de inmediato.

Frances estaba montando a *Pegasus*, dos días más tarde, inspeccionando el rebaño de ganado nativo en uno de los campos, cuando vio acercarse a todo galope a Sipho, como si lo estuviera persiguiendo el mismo demonio.

—¡*Nkosazana!* —le dijo sin aliento cuando detuvo el caballo junto a ella—. *¡Ucingo lunqanyuliwe!*

—¿Qué han cortado la cerca? —repitió con incredulidad Frances, sintiendo que se le aceleraban los latidos del corazón—. ¿Dónde, Sipho?

—En el campo del río, *Nkosazana* —le informó—. Los venados se han mezclado con el ganado y faltan tres brahmanes.

Frances estaba tan aturdida que no pudo pensar con claridad durante un momento. Nunca, ni en sus peores pesadillas, se había imaginado que llegaría a encontrarse en una situación como ésta, pues nadie en su sano juicio se atrevería a cortar las cercas que se levantan entre haciendas, y mucho menos entre una y un parque de animales salvajes. ¿Quién demonios se habría atrevido a hacer alto

tan repudiable?

—Reúna a algunos de los vaqueros en el campo del río y vean qué pueden hacer, Sipho, mientras voy a la casa y trato de hablar con el *Umlungo Omkhulu* en Izilwane —le dio rápidamente las instrucciones a su *Induna* mientras agarraba con fuerza las riendas, temblándole las manos ante la idea de tener que enfrentarse a Byron Rockford.

—*Yebo, Nkosazana* —de inmediato Sipho estuvo de acuerdo y partieron a todo galope en direcciones opuestas.

Umlungu Omkhulu, el gran hombre blanco. Así era como Sipho llamaba a Byron Rockford y Frances había adoptado el uso de ese nombre con bastante naturalidad. Tenía que hacerle saber que habían cortado la cerca entre sus propiedades, pero no quería ni comenzar a pensar lo que diría el *Umlungu Omkhulu* cuando le dijera que algunos de sus venados habían entrado a su propiedad mientras que tres de sus brahmanes habían pasado a la de él.

No tuvo que utilizar el teléfono para hablar con Byron en Izilwane. Aún estaba atando las riendas de *Pegasus* en la balaustrada del portal cuando llegó a toda velocidad el Land Rover del parque, deteniéndose a unos pocos metros de ella, envuelto en una nube de polvo. Byron Rockford salió del vehículo y, cerrando la puerta con fuerza, se dirigió hacia ella con una expresión feroz en el rostro.

—¿Qué demonios piensa que está haciendo cuando corta la cerca entre el campo del río y mi propiedad? —le reclamó con voz profunda.

—¡Espere un momento! —comenzó a decirle, demasiado sorprendida e incrédula para llegar a enojarse de inmediato por su ataque, sorpresivo—. ¿Está usted acusándome de cortar la cerca?

—¿Quién más tendría un motivo para hacer algo como eso? —le replicó con tono desdeñoso—. Estoy muy consciente del hecho de que los animales salvajes en su propiedad casi han sido acabados por ese joven tonto de The Grove, ¿qué mejor forma de aumentar sus existencias de animales salvajes que cortar la cerca, para tentarlos a entrar a su propiedad de modo de poder cazarlos cuando lo desee?

Ahora eso sí la enfadó de verdad.

—No tengo la costumbre de cazar animales sólo por diversión, señor Rockford, y si me conociera mejor lo sabría —le espetó

furiosa, apretando con fuerza los puños a los costados y con llamaradas en los ojos oscuros—. Y ya que usted está lanzando acusaciones, puedo aprovechar esta oportunidad para hacerle también una mía. ¿Cómo sé que no cortó usted la cerca para venir a molestarme o confiando que este incidente me presionaría lo suficiente para venderle el campo del río a usted?

Echó la cabeza hacia atrás como si ella lo hubiera golpeado.

—Le ofrecí comprarle el campo del río, usted se negó a venderlo y en lo que a mí se refiere eso fue todo.

—Así que eso me deja a mí como la culpable, ¿no es cierto? —comenzó a sentir cómo le temblaba todo el cuerpo por la furia que sentía—. Bien, no quiero a sus venados en mis terrenos, señor Rockford, por lo que le sugiero que los saque de aquí tan pronto como sea posible y los lleve a su propiedad, donde pertenecen. Todo lo que me interesa son mis tres brahmanes que se fueron para su terreno. En este momento preciso no puedo permitirme una pérdida como esa, así que los quiero de regreso.

—¡Mis guardas se encontraron su maldito ganado! Así fue como descubrí que habían cortado la cerca, y en estos momentos mis guardas están interrumpiendo sus trabajos más importantes para traerle de nuevo el ganado a su campo del río —le informó completamente furioso—. Si yo fuera usted, lo pensaría con cuidado antes de cortar la cerca por segunda vez, y si tengo que creer que usted no lo hizo, entonces le sugiero que averigüe quién fue.

—Ninguno de los trabajadores de mi granja se atrevería a hacer algo tan despreciable como cortar una cerca —le replicó con tono áspero—. ¿Puede usted garantizar lo mismo de sus empleados?

—¡Desde luego que puedo! —fue la violenta respuesta a su pregunta—. ¡Buenos días, señorita King!

—¡Espere un momento! —lo detuvo en el momento en que comenzaba a caminar hacia donde había dejado estacionado el Land Rover—. ¿Qué me dice de los venados que están en mi terreno?

Se volvió hacia ella, la miró de cabeza a pies y, con expresión desdeñosa en el rostro, le dijo:

—¡Considérelos un regalo!

—No los quiero… —comenzó a contestarle Frances indignada pero él entró en el Land Rover y cerró la puerta de golpe, sin dejarle

decir el resto de la frase.

Se alejó, envolviéndola en una nube de polvo, y llena de frustración golpeó el suelo con fuerza, antes de soltar a *Pegasus*, montar y dirigirse hacia el campo del rio.

Cuando llegó allí ya habían regresado los brahmanes y un grupo de trabajadores de Izilwane estaba trabajando en la cerca, para reparar el daño. Sin embargo, no había señal alguna de los venados impala, el pequeño antílope de piel dorada rojiza y parte inferior blanca. Era evidente que se habían dispersado, saltando las cercas con su notable elegancia y agilidad, para ir a pastar en uno de los otros campos.

El sonido de los cascos de un caballo que se acercaba hizo que Frances se diera vuelta. Era Tony.

—Parece como si tuviera problemas —comentó cuando detuvo su caballo junto al de ella.

—¡Y bien que puede decirlo! —contestó enojada—. Algún idiota cortó la cerca y el resultado ha sido un desagradable intercambio de palabras duras entre Byron Rockford y yo.

—Siento oír eso —la miró con fijeza—. ¿Tiene idea de quién hizo esto?

—Ninguna —hizo un movimiento negativo con la cabeza y frunció el ceño, enojada al ver a Byron Rockford que se unía al grupo de trabajadores que reparaban la cerca.

—Estas cosas suceden de vez en cuando —Tony trató de consolarla colocándole una mano sobre el hombro en el mismo momento en que Byron alzó la vista y los miró—. No deje que este incidente la preocupe.

—Trataré de no hacerlo —le contestó y, consciente de la mirada fija en ellos desde el otro lado de la cerca, se dio vuelta y le sonrió afectuosamente a Tony.

¡Que Byron Rockford pensara lo que quisiera de eso!

—Creo que tuvieron algunos problemas por aquí hoy —comentó Megan cuando estaban descansando en la sala, después de la cena esa noche.

—¡Esa es una forma muy suave de decirlo! —protestó Frances dejando a un lado el libro que leía y estirándose—. Y ya me

imagino quién te lo dijo.

—No fue Byron, si es lo que estás pensando. Jack Harriman, uno de los guardabosques, vino a la tienda hoy y fue quien me contó lo que había ocurrido.

Frances aceptó esta información haciéndole un movimiento de disculpa y siguió mirando con fijeza a su prima.

—¿Tienes idea de quién puede haber cortado la cerca? —le preguntó Megan como si hubiera adivinado los pensamientos de Frances.

—No tengo la menor idea, pero se me acusó de cometer esa ofensa con el fin de atraer los animales a mis tierras para poder cazarlos cuando lo deseara. Esto es, casi exactamente, lo que dijo Byron Rockford.

—Oh, Frances, estaba furioso y molesto. ¡Estoy segura de que no quiso decir eso! Cuando lo conozcas mejor…

—¡No tengo deseos de conocerlo mejor, gracias! —Frances interrumpió de forma cortante a su prima—. Si en alguna ocasión tengo motivos para lamentar haber comprado Thorndale será por la despreciable arrogancia y la presunción de ese hombre ¡y las acusaciones injustas que he tenido que soportar!

—Dale la oportunidad al hombre, Frances —le suplicó Megan en su defensa—. Ha trabajado arduamente para llevar al parque a su nivel actual y si tú estuvieras en su posición habrías reaccionado quizá exactamente como lo hizo él hoy.

—Tal vez sí —reconoció Frances pensativa, tratando de colocarse en la posición de Byron, pero, a pesar de todo, no podía perdonarlo por completo—. Oh, enfrentemos la realidad, Megan. Byron Rockford y yo no congeniamos y dudo mucho de que eso llegue a cambiar nunca.

Megan la contempló en silencio.

—En realidad ustedes son similares en muchas cosas —comentó Megan con voz tranquila y baja.

—¡Que no lo quiera Dios! —exclamó Frances con tono desdeñoso.

—¡Pero es cierto! —insistió Megan—. Los dos son fuertes de cuerpo y alma y completamente decididos a triunfar; no temen trabajar mucho para lograr lo que desean. Es natural que se produzcan algunas chispas cuando se encuentran dos fuerzas

similares.

—Dos fuerzas similares —repitió Frances pensativa. Ella no era arrogante ni presumida, y nunca había acusado a nadie injustamente. Bueno, no hasta hoy, y en realidad esto lo había hecho en repuesta a la acusación de Byron de que había cortado la cerca por un motivo tan repudiable. Podría perdonarlo sobre la base de que no la conocía muy bien, pero aún le lastimaba que él pensara… ¡Maldición! ¿Realmente tenía importancia lo que pensara de ella?—. Me voy a acostar —comentó bruscamente, levantándose —. He tenido un día difícil, estoy muy cansada y comienzo a pensar cosas de mí misma que no me agradan.

Megan se levantó también y, al salir de la sala, apagó las luces.

—Que duermas bien, Frances —le dijo Megan cuando se separaron para entrar en sus respectivas habitaciones. Pero Frances no durmió bien.

Dio vueltas una y otra vez durante varias horas, pensando en Byron Rockford y la situación existía entre ellos. Trató de pensar en Tony. Era agradable, divertido y amistoso, pero seguían interfiriendo los rasgos duros como el granito de Byron. Este había llamado a Tony —joven tonto — y por eso podía suponer que las relaciones entre ellos, como vecinos, habían sido tan difíciles como las de ella con Byron.

¡Dos fuerzas similares! Las palabras de Megan le volvían una y otra vez a la mente y estuvo a punto de lanzar una carcajada al pensarlo. Nunca había hecho una costumbre el ganarse deliberadamente la enemistad de nadie, pero Byron parecía disfrutarlo ¿Byron y ella? ¿Dos fuerzas similares? ¡Nunca!

Capítulo 4

Megan celebró su cumpleaños número veintiuno, unas semanas más tarde, con un *braai* la noche del sábado en la casa de sus padres, en Louisville. El clima era perfecto para una fiesta en los jardines y cuando Frances llegó con Tony ya había varios huéspedes sentados alrededor del asador de la carne, en el hermoso y bien iluminado jardín de tía Vivien y tío Peter.

Entre los muchos rostros familiares, Frances vio al doctor Dane Trafford, con su esposa la doctora Jessica Neal y sus dos pequeños hijos. Desde su matrimonio con el doctor Trafford, la doctora Neal había renunciado a su práctica para ayudar como interna en Louisville, mientras criaba a sus hijos, y era muy querida y respetada como médica y como persona. Había sido la doctora Neal quien había recibido en este mundo a los hermanos de Frances y ésta sabía que Olivia seguía prefiriendo consultar a la doctora Neal cuando era necesario, en vez de al esposo de su cuñada, Peter O'Brien.

El padre y la madrastra de Frances también estaban en la fiesta, con Logan y Janet, y los dos niños se lanzaron sobre Frances al verla, casi tirándola por la alegría de su bienvenida.

—¿Podemos irnos contigo a Thorndale esta noche? —le preguntaron casi al mismo tiempo.

—Si papá y mamá los dejan —aceptó Frances mirando a Bernard y Olivia, que apenas habían tenido la oportunidad de saludarla.

—No pueden irse con Frances, pues no trajeron sus pijamas y ni siquiera los cepillos de dientes —les dijo Olivia.

—¡Oh, pero sí los traemos! —replicó Logan, el niño alto y fuerte de diez años con los rasgos de su padre y el cabello castaño de su madre—. Por si acaso, los trajimos con nosotros; están en el automóvil.

—¿Eso hicieron? —Olivia miró divertida a su esposo, antes de añadir—: Bueno, en ese caso supongo que todo depende de si Frances los quiere o no en la granja con ella.

—¿Podemos, Frances? ¿Podemos ir contigo? —le preguntaron los dos niños al mismo tiempo, llenos de ansiedad.

—Por supuesto que pueden venir conmigo esta noche —aceptó

Frances riendo, pero después miró con seriedad a Tony—. ¿No te molesta llevar dos pasajeros más cuando nos vayamos esta noche?

—No tengo la menor objeción —la tranquilizó Tony, sonriéndole con esa sonrisa que afectaba el pulso de las mujeres, pero que a Frances la dejaba impasible.

Ya habían encendido el fuego para las carnes cuando Frances dejó a Tony en compañía de su padre y Olivia y fue en busca de Megan. Aún estaba deseándole un feliz cumpleaños a su prima, unos minutos más tarde, cuando sintió una extraña sensación que le corría por la espina dorsal.

—Hola, Byron, me alegra mucho que hayas venido —Megan le sonrió con afecto a alguien detrás de Frances. ¡Debió habérselo imaginado!

Frances se apartó y dejó pasar a Byron, que venía con un paquete envuelto para regalo.

—Feliz cumpleaños veintiuno, Megan.

—Muchas gracias, Byron —Megan tuvo que ponerse sobre la punta de los pies para darle un beso en la mejilla—. Y gracias por el regalo.

—Ha sido un placer —le sonrió, pero su sonrisa se convirtió en una mueca cortés al encontrarse con la mirada sombría y fría de Frances—. Buenas noches, Frances.

—Buenas noches —le respondió con tono seco, aunque una parte de su ser tuvo que reconocer que se veía magnífico con los pantalones color gris, la chaqueta azul de impecable corte y la camisa blanca de cuello abierto.

—Han pasado varias semanas desde nuestro último encuentro, tan desafortunado —comentó él con un leve tono de burla.

—Así es —reconoció Frances con frialdad, mientras pensaba en alguna disculpa para retirarse, pero su prima se le adelantó.

—¿Me disculpan? —Megan le sonrió—. Creo que mi madre necesita ayuda con las ensaladas y las copas.

Se marchó antes de que su prima pudiera encontrar alguna disculpa válida para acompañarla.

—¿Vino a la fiesta sola esta noche? —le preguntó él.

—Vine con Tony.

—Ya veo —no pudo ver la expresión de sus ojos, pues él bajó la vista, fijándola en el dije que descansaba sobre la piel suave donde

apenas se iniciaba la hondonada entre los senos, haciéndola sonrojar—. ¿Cómo les va a mis impalas en su hacienda?

—Maravillosamente, estoy segura. Tampoco han disminuido en número, puesto que aún no he tenido deseos de ir a cazarlos —le contestó con tono cortante—. Ahora, si me disculpa, señor Rockford, creo que ya dejé solo a mi acompañante demasiado tiempo.

Regresó a donde la esperaba Tony, pero todo el tiempo estuvo sintiendo los ojos ardientes de Byron clavados en su espalda.

Hizo todo lo posible para ignorarlo, pero, sin darse cuenta, su vista a menudo lo buscaba entre el grupo de hombres que se había reunido alrededor de la fogata, charlando, haciendo bromas y bebiendo cerveza. ¡Maldición! ¿Por qué no podía dejar de mirarlo?

—Me di cuenta de que hablaste con Byron Rockford hace un rato —le comentó Tony.

—Sí, hablé con él —trató de que su voz sonara indiferente para evitar seguir hablando de esto, pero Tony insistió.

—¿De qué hablaban?

—Oh, me preguntó cómo les iba a sus venados en mi propiedad —lo tomó de la mano y lo hizo levantarse—. Vamos a servirnos algo de comer, Tony. Estoy muriéndome de hambre y la comida tiene un aroma delicioso.

Tony no insistió en las preguntas, pero a partir de ese momento su estado de ánimo fue más bien sombrío y sólo desapareció cuando bailaron, más tarde.

Después de bailar varias veces con Tony, decidieron sentarse y observar a los demás. Había visto a Byron bailar con Megan, con Olivia y con la tía Vivien, y ahora vio que se dirigía a donde estaban ellos sentados.

—Vamos a bailar, Tony —sugirió de inmediato Frances para no tener que bailar con Byron. Tony no necesitó que se lo dijera por segunda vez.

La tomó gustoso en sus brazos y comenzaron a bailar.

—Eres muy hermosa, Frances —murmuró inesperadamente Tony mientras apretaba más su abrazo—. Y creo que me estoy enamorando de ti.

Le puso una mano en el hombro y lo apartó un poco.

—¿Sabes lo que creo?

—¿Qué crees? —le preguntó sonriendo.

—Creo que debes dejar de hablar y concentrarte en el baile.

Tony se rio por lo bajo y trató de nuevo de acercarla, pero Frances no se lo permitió.

Más tarde, en un momento en que estaba hablando con su padre, pidiéndole consejo sobre cómo mejorar su ganado nativo, Byron Rockford interrumpió la conversación.

—¿Puedo bailar con su hija, señor King?

—Desde luego que sí —le contestó Bernard King divertido al ver la expresión de resignación en el rostro de Frances.

En esta ocasión no tuvo la oportunidad de escapar. Byron la tomó de la mano y la llevó a donde los demás estaban bailando.

—Es una fiesta muy agradable —comentó él mientras se movían siguiendo el ritmo de la música.

—Como tengo la impresión de que usted no asiste a muchas fiestas no creí que pudiera hacer comparaciones —le contestó con sarcasmo.

—Si he dado la impresión de que me siento más a gusto entre los animales del parque que entre las personas, tendré que hacer algo para cambiar esa imagen incorrecta que se ha hecho la gente de mí —le dijo riendo y sin hacer caso de su sarcasmo.

—¿Le preocupa lo que piensa la gente de usted?

—No, en realidad no.

—Eso me pareció.

La miró fijamente a los ojos.

—¡Habla de mí como si yo fuera bastante desagradable!

—¿No lo es?

—Yo solo me busqué esa respuesta, ¿no es cierto? —le comentó riendo—. Tengo que decirle que esta noche está excepcionalmente encantadora, Frances.

—Oh, le gusta mi vestido, ¿no es cierto? —le contestó con ironía —. Me imagino que sí; es un cambio de la ropa sucia de trabajo con la que siempre me ve. Pero afortunadamente usted y yo no tenemos la costumbre de encontrarnos en eventos sociales a menudo.

Se ensombreció la expresión de su rostro.

—No le agrado, ¿no es cierto?

—No, no me agrada —le contestó con franqueza, sin ver motivo alguno para esconder el hecho de que le desagradaba mucho.

—Me gusta la sinceridad —reconoció él. Cesó la música y él se apartó, pero no le soltó la mano—. Quizá deba corresponderle, dándole algún motivo para que le desagrade aún más.

—¡Suélteme la mano! —le dijo con los dientes apretados al ver que la llevaba hacia la sombra de los árboles en el amplio jardín—. Suélteme, ¿no me oye?

—Todavía no, Frances, aún no —le dijo con voz ronca, llevándola hasta un sitio en donde no podían verlos los demás.

Frances trató de liberar la mano, pero la apretó con tanta fuerza que casi la hizo gritar de dolor.

—¿Qué piensa…? —comenzó a decirle, pero no pudo seguir cuando unos brazos musculosos la envolvieron como cuerdas de acero, oprimiendo su cuerpo esbelto contra uno masculino y duro, y una boca descendió hasta la suya, castigando sus labios sin experiencia hasta obligarla a abrirlos.

A Frances solamente la habían besado miembros de la familia y, a diferencia de muchas jóvenes, nunca había imaginado que la besara un hombre. Sin embargo, nunca habría podido soñar que fuera una experiencia tan turbadora.

Primero trató de apartarlo, pero Byron era tan fuerte como un muro de concreto. A través de la tela de algodón de su camisa pudo sentir el calor y la humedad de su piel contra las palmas de sus manos. El tocarlo así la hizo sentir un calor que le recorrió todo el cuerpo, haciéndola relajarse y entregarse a sus brazos.

Dios, ¿qué me está ocurriendo?, se preguntó asustada. ¡Se supone que no debo disfrutar esto, se supone que debo odiarlo!

—Quizá seas una ganadera, Frances, pero antes que nada eres mujer —el tono de su voz, bajo y duro, la sobresaltó—. La próxima vez que desees tener una pelea, ¡te sugiero que busques alguien que no tema cruzar espadas contigo!

Se apartó de ella y se alejó, dejándola allí sola bajo la sombra protectora de los árboles, con el rostro encendido y un cuerpo que temblaba tanto que tuvo que apoyarse en un tronco.

Al principio quedó demasiado conmovida por los sentimientos que Byron había despertado en ella, pero cuando recuperó la compostura se enfureció. ¿Cómo se atrevía a hacerle esto? ¡Cómo se atrevía a besarla y… y… ¡Oh, Dios, ni siquiera quería pensar en cómo había reaccionado a sus besos!

—Byron se fue de repente —le susurró Megan al oído a Frances poco después, cuando ésta ya se sintió lo bastante tranquila para volver a donde estaban los demás—. Me pregunto qué le habrá pasado.

—Quizá ya había llegado al límite de su capacidad de soportar actividades sociales —le contestó Frances sintiéndose aliviada de que se hubiera marchado.

Fue a las once de la noche que Frances y Tony decidieron dejar la fiesta, junto con Logan y Janet, que medio dormidos, pero excitados, subieron al asiento trasero del BMW rojo de Tony.

—Pasaremos por los niños mañana por la tarde —le dijo Olivia a Frances cuando se despidieron.

—¿Por qué no vienen a comer y se pasan la tarde conmigo? —le sugirió Frances—. No nos hemos visto mucho en las últimas semanas y para mí sería agradable estar con mi familia durante unas horas.

—Eso me encantaría —le contestó Olivia sonriendo—, pero primero tendré que hablar con tu padre. Te hablaré por teléfono mañana por la mañana temprano. ¿Está bien así?

—Desde luego que sí —le contestó Frances, besándola en la mejilla antes de subir al automóvil—. Te veré mañana.

El viaje hasta Thorndale les llevó veinte minutos y, mientras los niños jugaban con *Major*, que había salido a recibirlos, Frances abrió la puerta y encendió la luz del vestíbulo.

—Gracias por llevarme —le dijo a Tony.

—Fue un placer —le contestó, mirando a Logan y Janet que estaban cerca de Frances, con *Major* entre ellos.

Frances sintió que Tony deseaba estar a solas con ella, pero se dijo que un encuentro con un hombre esa noche había sido más que suficiente y no estaba con deseos de otro, en particular no con Tony que al parecer tomaba demasiado en serio su relación.

—Buenas noches, Tony.

Frances le tendió la mano, consciente de la desilusión en dos pequeños rostros que evidentemente esperaban presenciar un beso, Tony le tomó la mano y se la llevó a los labios, antes de que Frances pudiera evitarlo.

—Buenas noches, Frances —le sonrió; le soltó la mano y salió.

—¿Es tu novio? —quiso saber Logan cuando entraban en la

habitación que Frances le había destinado.

—No, es sólo un amigo —le contestó Frances sonriendo.

—A mí me gusta el señor Rockford —murmuró Janet.

—¡Oh! ¿Te gusta? —preguntó Frances con tono seco.

—Nos dijo que por la mañana vendría a buscarnos para llevarnos a recorrer el parque y ver los animales —le anunció Janet.

—¿Dijo eso? —murmuró, escondiendo el enojo que sentía.

—¿Frances? —Janet la tomó de la mano—. ¿Puedo dormir contigo?

—Desde luego, nena —Frances sonrió a su pequeña hermana y después miró al hermano que, desde luego, estaba feliz de tener la habitación para él solo—. El cuarto de baño está al final del pasillo, Logan, y no te olvides de cepillarte los dientes antes de acostarte.

—No me olvidaré —le prometió Logan—. Buenas noches, Frances; buenas noches, Janet.

Se despidieron y Frances sacó a *Major* al jardín antes de irse con Janet a su dormitorio. La gran cama era suficiente para los dos y pronto se acostaron. No era nuevo esto, pues cada vez que se quedaba en vacaciones en casa de sus padres la niña dormía con ella, pero esta noche en particular Frances permaneció despierta mucho después de que Janet se había quedado dormida.

No quería pensar en la forma en que Byron la había besado, pero le venía a la mente con toda claridad y no podía evitar temblar al recordarlo.

¡Oh, maldición, quisiera que Byron no hubiera hecho eso! Se sentía confundida y sorprendida, pero, sobre todo, sentía un enojo que no podía explicarse. ¡Y mañana! No quería pensar en mañana, pero tenía que hacerlo. Byron había prometido a los niños que los llevaría y probablemente ella tendría que acompañarlos.

—¡Ya llegó el señor Rockford! ¡Ya llegó el señor Rockford! —exclamó Janet con los ojos castaños brillantes de excitación al salir de la casa, la mañana del domingo al escuchar acercarse el Land Rover. *Major* la siguió, así como Logan, que iba más despacio pero no menos excitado.

Byron estaba apeándose del Land Rover cuando Frances salió al portal.

—Hola, Janet, te ves muy bonita esta mañana —le estaba diciendo Byron a la niña, que se rio con timidez; después, miró al niño que se acercaba y le extendió la mano—. Hola, Logan.

—Buenos días, señor Rockford —Logan lo saludó como si fuera un adulto mientras se estrechaban las manos.

En ese momento Byron alzó la vista y su mirada se encontró con la de Frances.

—¿Por qué no suben ustedes al Land Rover? —le sugirió a los niños—. Quisiera hablar un momento a solas con su hermana, antes de irnos.

—Muy bien —aceptaron de inmediato y les abrió la puerta para que entraran al asiento trasero del vehículo, mientras él se acercaba a donde estaba Frances. Ya cerca, se endureció la expresión de su rostro y la mirada de sus ojos, de color leonado, era inescrutable.

—Sé que no te agrada mi compañía, ya me lo demostraste con toda claridad, pero yo los había invitado anoche antes de que…

—No tiene por qué explicarme —Frances lo interrumpió con frialdad—. Además, no tengo intención de echarles a perder el paseo a Logan y Janet si me niego a ir con ustedes.

—Te agradezco tu comprensión —le contestó con tono cortante.

Byron volvió al Land Rover sin esperar por ella y Frances lo siguió, después de ordenar a *Major* que se quedara. Se sentó junto a Byron y cerró la puerta.

—¿Todos listos? —preguntó Byron mirando a los niños.

—¡Sí! —contestaron a coro Janet y Logan.

El viaje desde Thorndale hasta el parque tomó sólo unos minutos. Byron saludó con la mano al oficial de seguridad negro en la entrada y unos minutos más tarde tomaban la ruta marcada con claridad a través del parque.

Frances permaneció en silencio, pero estaba turbadoramente consciente del hombre sentado a su lado.

—¡Oh, miren, allí hay una jirafa! —el grito excitado de Janet interrumpió los pensamientos de Frances que estaban concentrados en Byron.

—¡Y allí hay por lo menos diez más! —añadió Logan, señalando hacia donde se encontraba un grupo de jirafas entre los árboles.

—La jirafa tiene la mejor vista de todos los animales salvajes de África y, desde luego, su altura le permite tener una mejor visión de

lo que sucede —les explicó Byron, reduciendo la velocidad.

—¿Cuál es su expectativa de vida? —preguntó Frances interesada y sin poder mantener el silencio que se había impuesto.

—Se sabe que las jirafas viven hasta veintiocho años, en cautiverio —le contestó su pregunta.

Durante los siguientes quince minutos vieron un grupo de gacelas, pero los animales de cuerpo esbelto se escondieron rápidamente entre los árboles cuando se acercaron. Poco después Byron se salió del camino y estacionó el Land Rover debajo de un árbol.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Janet.

—Mira justo delante de ti, Janet —le dijo señalando un claro entre los árboles, donde pastaban juntos y felices cebras, ñus, antílopes y venados.

—¿Podemos bajarnos y acercarnos? —preguntó Logan con voz muy baja, como si temiera que los animales pudieran oírlo y huir.

—Claro, pero sólo si se quedan muy cerca de mí —aceptó Byron.

Bajaron todos del Land Rover dejando las puertas abiertas, según les ordenó Byron, y lo siguieron a través de las altas hierbas hasta quedar muy cerca de los animales.

—Un antílope macho llega a pesar hasta quinientos cuarenta kilogramos —susurró Byron, parado justo detrás de Frances, tan cerca que el calor de su cuerpo le penetró a través de la tela del vestido, haciéndola sentir una extraña sensación—. Es algo curioso, pero, si se fijan, verán que las hembras tienen cuernos más largos que los machos.

Frances también miraba, pero en realidad no veía nada. Sólo estaba consciente del hombre parado junto a ella y sentía, extrañada, que su cuerpo comenzaba a reaccionar a su cercanía.

—Ya es hora de seguir —dijo Byron después de unos minutos, y regresaron todos al Land Rover.

Pasó otra hora antes de que llegaran al área cercada del campo, donde estaban los pequeños edificios con techos de paja. Byron pasó junto al edificio principal, que albergaba las oficinas, tiendas y restaurantes y salas de descanso, hasta llegar a una piscina, rodeada de mesas y sombrillas de colores, donde los visitantes podían refrescarse. Frances casi envidió a Megan por tener su tienda en este lugar tan pintoresco.

—¿Qué me dicen de algo frío para beber? —preguntó Byron mientras estacionaba el Land Rover.

—¡Sí, por favor! —contestaron al mismo tiempo Logan y Janet, mientras bajaban del vehículo y lo seguían hasta uno de los edificios, donde había una sala con cómodos sillones y sillas de bambú.

Había un aparato portátil de televisión sobre una mesa, pero estaba desconectado y se veía que se usaba poco. Había un equipo de alta fidelidad impresionante y un librero lleno de libros. También había una piel de cebra colgada de una de las paredes, y Frances estremeció al pensar que él quizá había matado al animal solo para quitarle la piel.

—Tengo jugo de naranja, recién exprimido y helado; además hay limonada —les dijo Byron mientras revisaba el contenido del refrigerador—. ¿Qué quieren?

—Jugo de naranja, por favor —exclamó Janet y Logan pidió lo mismo.

—¿Y tú, Frances?

Frances había estado examinando un cuadro a la acuarela de un *kudu,* que reconoció como trabajo de Megan.

—Lo mismo, por favor, gracias.

—Siéntense —los invitó él sonriendo—. Pónganse cómodos.

Se quedaron solos en la sala mientras él iba a la cocina, de donde regresó poco después con una jarra de jugo de naranja y vasos, en una bandeja. Sirvió los cuatro vasos; los niños tomaron los suyos, pero él le trajo a Frances su vaso de jugo de naranja y vio, molesta, que se sentaba en la silla junto a la de ella.

—¿Es ésta su casa, señor Rockford? —le preguntó Logan.

—Si se puede llamar casa, sí —le contestó Byron sonriendo y estirándose—. Tiene un dormitorio, un cuarto de baño, una cocina y esta sala. No es mucho, pero es muy cómoda.

—¿No tiene comedor? —le preguntó Janet con la preocupación de un ama de casa.

—No, como en la cocina o en el restaurante, después de que todos han terminado.

En la mente de Frances comenzó a formarse una imagen de soledad. ¿Se sentía solo Byron? En ese momento miró el reloj. ¡Las once y media! ¡La mañana había pasado volando!

—Si no le importa, tenemos que regresar —le dijo, terminando de beber el jugo y levantándose.

—Oh, ¿es necesario? —preguntaron los niños con evidente desencanto.

—Dentro de media hora deben llegar mamá y papá a casa y quisiera estar allí cuando lo hicieran —les explicó Frances.

—Frances tiene razón, ya es hora de que los lleve de regreso —Byron la apoyó; vació su vaso y se levantó—. Vámonos.

Pasaron junto a la pared donde estaba colgada la piel de cebra y Byron les dijo.

—No maté la cebra sólo por la piel. Quedó atrapada en una trampa de un cazador furtivo, hace algunos años, y quedó tan gravemente herida que no tuvimos más remedio que terminar su sufrimiento. Los guardabosques curaron la piel y me la trajeron, como regalo.

Frances alzó la vista y se encontró con la mirada burlona de Byron. ¿Se habría dado cuenta él de lo que había pensado sobre la piel de la cebra o sólo lo había mencionado como algo de interés? No pudo decidir cuál había sido su motivo y se sentía demasiado agitada para preguntarle. Una batalla verbal con este hombre era una cosa, pero otra cosa completamente distinta era que estaba desarrollando la habilidad de leerle la mente.

Capítulo 5

Bernard y Olivia King llegaron a Thorndale poco después de que Byron había estacionado su Land Rover debajo de los frondosos árboles, y Frances nunca se había sentido antes tan aliviada de ver a alguien. Unos pocos minutos en compañía de Byron Rockford habían sido suficientes en el pasado, pero tener que soportar su presencia turbadora durante dos horas había dejado sus nervios destrozados.

—No tenga tanta prisa de regresar a Izilwane, Byron —protestó Olivia cuando él se despidió—. Quédese y charle con nosotros un rato.

—Bueno, yo…

Miró a Frances, colocándola en una difícil posición en la que se sintió obligada a decir:

—Estaré encantada de que se quede, si lo desea.

—Gracias, me quedaré, pero sólo unos minutos —le sonrió, pero la burla en sus ojos le dijo con toda claridad que sabía con exactitud cómo se sentía.

Entraron en la casa, buscando refugio del calor, y pasaron a la sala, donde se sentaron y durante un rato Frances observó el agrado con que conversaban sus padres con Byron. Ella no participó en la charla, en vez de ello se quedó sentada, observándolos, hasta que, después de una hora, se vio obligada a invitar a Byron a quedarse a comer.

Si había confiado en que él rechazaría la invitación, quedó desilusionada. Aceptó, de nuevo con ese leve dejo de burla en su sonrisa, por lo que ella permaneció callada y furiosa durante toda la comida. Ya estaba pensando con desagrado en cómo pasaría el resto de la tarde, pero Byron partió tan pronto como terminaron de comer y Frances se sintió tan aliviada que se dejó caer en un sillón de la sala, lanzando un fuerte suspiro.

Su padre salió a dar un paseo con Logan y Janet. Frances abrió los ojos y vio a Olivia, con una expresión de curiosidad en la mirada.

—¿Puedo preguntarte algo, Frances?

—Adelante —le dijo sonriendo.

—¿Estás aún enojada con Byron por lo que ocurrió aquel primer día que llegaste a Thorndale?

La pregunta fue inesperada, pero siempre había habido una sinceridad total entre Frances y Olivia y, en esta ocasión, como siempre, Frances no escondió la verdad.

—Sí, así es. Estoy enojada por eso y por otras varias cosas que han ocurrido desde entonces.

—¿Como por ejemplo? ¿O es que estoy entremetiéndome en algo que no me importa?

Frances contempló a la mujer de baja estatura, cuerpo esbelto y suave cabello castaño rizado, y sintió el calor que le invadía el corazón. De treinta y nueve años de edad, Olivia era una mujer juvenil y aunque tenía dieciséis años más que Frances, la diferencia de edades nunca había obstaculizado su relación. Había brillo de lágrimas en los ojos oscuros de Frances cuando cruzó el salón y se sentó junto a Olivia, en el sofá.

—Dudo mucho de que mi propia madre hubiera significado más para mí, Olivia —le confesó, tomándole la mano—. Has sido para mí todo lo que hubiera podido desear en una madre; pero, más que nada, has sido mi amiga, mi amiga muy querida, y por ese motivo nunca he pensado que te estés entremetiendo cuando me preguntas algo.

—Gracias, querida —había ternura y calor en la sonrisa de Olivia y también le brillaron las lágrimas en los ojos cuando se inclinó y la besó levemente en la mejilla—. Es lo más agradable que me has dicho en mucho tiempo.

—Pero siempre has sabido lo que siento, ¿no es cierto, Olivia?

—Sí, así es —susurró Olivia—, y te amo por ello.

Se abrazaron y la seriedad del momento desapareció cuando ambas lanzaron una carcajada.

—Volviendo a Byron Rockford —le dijo al fin Frances—, ¿por qué es que algunos hombres pueden ser tan egoístas y arrogantes cuando una mujer invade lo que ellos consideran su territorio, mientras que otros lo aceptan como algo natural?

—Querida, son muy pocos los hombres que aceptan que una mujer invada su territorio. Algunos son tolerantes y toleran en silencio la invasión, mientras que otros no temen demostrar el desagrado que sienten, y me imagino que Byron es uno de esos.

—Has adivinado bien —asintió Frances mientras se dibujaba una sonrisa cínica en sus labios—. Está seguro de que no voy a tener éxito en la hacienda y también tiene la certeza de que antes de que termine el año estaré deseando venderle.

—¡Oh, querida! —Olivia le sonrió—. Pues tendrás que demostrarle que está equivocado, ¿no es cierto?

—¡Créeme que eso me encantaría! —Frances lanzó una carcajada y, al mirar el retrato de George Wilkins, casi pudo jurar que vio una mirada de aprobación en los ojos grises.

Frances pasó la semana siguiente seleccionando su ganado nacional. Fue una tarea gigantesca el clasificarlo y separarlo en campos diferentes, de acuerdo con su edad y condición. Tenía que decidir cuáles vender y cuáles conservar, una decisión difícil que requería de los consejos expertos de su padre. Estaba bebiendo una taza de café en la cocina, con Megan, a las seis y media de la mañana del jueves, cuando vio venir a caballo y a todo galope a Sipho y comprendió al instante que había algún problema.

—*¡Nkosazana!* —exclamó él, y sin desmontar—: *¡Ucingo lunganyuliwe!*

—¡No otra vez! —Frances suspiró enojada—. ¿Dónde cortaron la cerca en esta ocasión?

—En el mismo sitio, *Nkosazana*.

—¡Maldición! —exclamó furiosa, endureciendo la expresión de su rostro al pensar en las acusaciones que tendría que soportar de nuevo—. Reúne a algunos de los vaqueros, Sipho, yo tomaré el Jeep y nos encontraremos en el campo del rio.

—*Yebo, Nkosazana* —hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se alejó a la misma carrera desenfrenada con que había llegado.

—Hazme un favor, Megan —con el ceño fruncido, Frances se volvió hacia su prima—. Por favor, llama por teléfono a Byron y dile lo que ha sucedido.

Frances llegó al camino en menos de diez minutos y contempló la cerca, que había sido cortada de forma tal que se había desplazado hacia los lados y dejado un hueco por el que incluso un animal tan grande como un venado podría pasar sin dificultad.

Habían reunido a todo el rebaño brahmán y habían descubierto el daño tan temprano por la mañana que se podía confiar en que Byron habría logrado hacer lo mismo con los animales de su parque, pero…

Se cortaron bruscamente sus pensamientos al ver pisadas de animales en la tierra, húmeda por el rocío. Quizá hubieran sido hechas por el caballo de Sipho o por su propio ganado, así que no había motivos para alarmarse.

Poco después llegó Sipho con los vaqueros, montados a caballo, y Frances aún estaba revisando las pisadas cuando llegó Byron en su Land Rover. Detrás de él venía un camión con un grupo de trabajadores para arreglar la cerca, y Frances se levantó al verlo acercarse, preparándose para su ataque; sin embargo, él la saludó brevemente con una inclinación de cabeza y se mantuvo en silencio mientras revisaba el daño hecho a la cerca.

Sintió deseos de gritarle: «Sé lo que está pensando, Byron Rockford, cree que yo corté la cerca. ¿Por qué no lo dice de una vez?»

Su silencio la hizo sentirse aún más nerviosa cuando, en ese momento, Sipho interrumpió sus pensamientos al decirle:

—*Kufanele sithole ongamula ucingo.*

—Sí, Sipho, estoy de acuerdo con que tenemos que encontrar a quien corta la cerca.

En ese momento vio que Byron se dirigía hacia el Land Rover. ¡Maldita sea! Si tan sólo le dijera algo.

—*Umlungu omkhulu* está muy enojado —comentó el *Induna*.

—También lo estoy yo, Sipho; es la segunda vez que cortan la cerca y daría cualquier cosa por saber quién lo hizo y por qué —respondió Frances mientras observaba cómo el Land Rover se alejaba a toda velocidad.

Permaneció sólo unos minutos mirando a los hombres trabajar y después subió al Jeep y regresó a la casa, donde Gladys la esperaba para servirle el desayuno.

Durante los días siguientes Sipho hizo alguna investigación discreta, pero sin resultados. Cuando se enteró, Tony también se ofreció para hacer averiguaciones entre sus propios trabajadores, pero aparentemente nadie escuchó ni vio nada, y la identidad del culpable permaneció siendo un misterio.

Pasaron varias semanas sin que ocurriera nada especial y durante ese tiempo sólo vio a Byron en una ocasión en el pueblo, de compras. Él no se detuvo a saludarla, tan sólo hizo un movimiento de cabeza.

Fue durante el mes de abril, tres meses después de haber comprado la hacienda, que llegó su padre a Thorndale una mañana, con un señor Nel, de Phalaborwa. Estaba interesado en comprar un rebaño de cuarenta cabezas de ganado nacional, pero al ver el ganado de Frances y el precio que le cotizó compró en realidad sesenta.

—Traje dos camiones conmigo, señorita King, pero me temo que no puedo llevar más de cuarenta reses a mi granja en Phalaborwa —le explicó el señor Nel una vez que le extendió el cheque y se lo entregó—. ¿Seria posible para usted entregarme el resto del ganado allá?

Frances lo pensó durante un instante.

—Sí puedo llevárselo, señor Nel, pero me temo que no será posible antes de la próxima semana.

—Eso está bien —aceptó él.

Esa misma tarde llegaron los camiones y cargaron el ganado para el largo viaje hasta Phalaborwa.

Dos días más tarde llamaron a Frances a los establos, después de la cena, para hacer frente a una crisis que nunca antes había conocido. Le yegua, *Princess*, había estado de parto durante varias horas, pero al parecer no podía dar a luz al potrillo. Frances trató de hablar con el veterinario, pero le informaron que estaba fuera y que no volvería hasta el día siguiente. Después llamó a Mountain View, pero Olivia le informó que su padre había ido a una reunión de granjeros en el pueblo, y, mientras colgaba el auricular, Frances se mordió el labio inferior, nerviosa. ¿Qué haría ahora?

—Byron sabrá qué hacer —le sugirió Megan—. ¿Por qué no lo llamas?

—¡No! —le replicó Frances con violencia, diciéndose que nunca le pediría ayuda a un hombre que estaba comenzando a considerar como su enemigo.

—Pero él tiene experiencia en esas cosas —arguyó su prima.

—Me las arreglaré, gracias —insistió Frances con terquedad.

—Oh, no seas tonta, Frances —Megan la regañó y tomó el

auricular—. Si tú no le pides que venga a ayudarte, yo lo haré.

—¡Byron Rockford es la última persona en el mundo de quien quisiera ayuda, y tú lo sabes bien!

Furiosa, Frances salió de la casa y se dirigió al establo. Se arrodilló en el heno, junto a la yegua que evidentemente estaba sufriendo.

—Quisiera poder ayudarte, *Princess* —murmuró acariciándole el cuello—, pero me temo que no sé qué hacer.

No tuvo idea del tiempo que pasó allí arrodillada, acariciándola y hablándole con voz baja, hasta que el sonido de pasos en la puerta del establo le hizo alzar la cabeza y vio allí parado a Byron.

—¿Qué desea? —le preguntó con frialdad.

—Vine a ayudarte —le respondió con tono calmado, arrodillándose junto a ella y pasándole las manos por el vientre a la yegua.

—No le pedí ayuda —exclamó, a pesar de que estaba desesperada por cualquier ayuda que él le pudiera brindar.

—Megan me pidió que viniera a ayudarte —fue su respuesta seca—. Y puedo ver que ella tiene más sentido común que tú.

Frances no insistió; no se atrevía a hacerlo, pues estaba en peligro la vida de la yegua y, aunque le desagradara la idea, Byron era la única persona que podría ayudarla.

Dejando a un lado sus sentimientos personales le preguntó, llena de preocupación:

—¿Cuál piensa que sea el problema?

—Tendré que hacerle un reconocimiento interno, antes de contestar esa pregunta. Te sugiero que traigas un cubo de agua caliente y jabón. También sería conveniente un par de toallas viejas; y te aconsejo que lo hagas rápido.

No vaciló, salió corriendo en la oscuridad y regresó pocos minutos después con todo lo que le había pedido.

Byron se quitó la chaqueta y pudo sentir cómo se le aceleraba el corazón al ver los fuertes músculos de la amplia espalda mientras él se lavaba los brazos hasta más arriba de los codos.

—Creo que será mejor que le hables, Frances —le indicó Byron —. Mantenla lo más calmada que puedas, porque esto va a llevar algún tiempo.

Frances hizo lo que le ordenaba, mientras observaba nerviosa

cómo Byron introducía el brazo casi hasta el codo en la yegua. Esta se estremeció y lanzó un suave gemido.

Frances le acarició el cuello, murmurándole palabras de consuelo a las cuales la yegua pareció responder. Unos segundos más tarde escuchó la exclamación que lanzaba Byron.

—¿Qué sucede? —preguntó con ansiedad.

—Ya encontré el problema —le dijo él con tono sombrío—. El potro tiene el cuello torcido y por eso se ha demorado el parto.

—¿Podría enderezarlo?

—Voy a hacer todo lo que pueda.

Frances pareció perder toda noción del tiempo. Pudieron ser minutos, pero más bien le parecieron horas mientras permanecía allí arrodillada en el heno hablándole a *Princess*, mientras Byron trabajaba con sorprendente ternura tratando de colocar la cabeza del potro en posición correcta.

—¡Ya está! —exclamó Byron después de un rato—. Ya está hecho.

—Está muy débil —murmuró Frances—. ¿Cree que estará bien?

—Debe estarlo —le contestó mientras se lavaba los brazos con agua y jabón y se secaba después con una toalla, arrodillándose de nuevo junto a la yegua—. Vamos, *Princess*, unas contracciones más y tendrás tu potro.

Princess le complació unos minutos más tarde y, poco después, nació el potro. Frances se sintió tan aliviada que estuvo a punto de llorar, pero se contuvo para que Byron no viera su debilidad y se burlara de ella.

Con las viejas toallas frotaron al potro y Frances le susurró, animándolo:

—Vamos, pequeña belleza, eres débil como tu madre, pero vas a estar bien.

Pasó algún tiempo antes de que lograran hacer pararse a la yegua, y el potro estaba tan vacilante que tuvieron que colocarlo junto a la madre para que lo alimentara. Viéndolo, Frances tuvo que reconocer que sus sentimientos hacia Byron ahora incluían admiración y respeto. Ya era tarde, casi las diez, pero Byron no los dejó hasta estar seguro de que tanto la yegua como su potro estaban fuera de peligro.

Cuando entraron en la casa por la puerta de la cocina, Frances se

volvió hacia él y le dijo simplemente:

—Gracias, Byron.

—No me lo agradezcas, Frances —le sonrió, mostrando de nuevo ese leve destello de burla en su mirada—. Si hace falta una crisis como ésta para que me llames por mi nombre, entonces puedes llamarme para pedirme ayuda cuando lo desees.

Frances se sonrojó ligeramente y apartó la vista. Lo había llamado por su nombre sin pensarlo; había sido una cosa natural después de todo lo que habían pasado juntos, pero ahora se sentía curiosamente turbada por ello.

En ese momento entró Megan y por fortuna apartó de Frances la atención de Byron.

—No quise molestarlos en los establos, ni estorbar. ¿Todo está bien?

—Sí —le contestó Frances y pudo ver la expresión de alivio en el rostro de Megan—. Gracias a Byron, al fin *Princess* logro dar a luz un hermoso potro.

—No me sorprendería nada si hubiera un poco de sangre árabe en ese potro —dijo Byron riendo.

—Llamé por teléfono a tu madre hace un rato y le dije que no se preocupara, que Byron estaba aquí para ayudarte —le informó Megan.

—Gracias, Megan —Frances le sonrió cansada a su prima—. Fue muy amable de tu parte.

—Bueno, ya me voy a acostar —anunció Megan conteniendo un bostezo—. Los veré por la mañana.

Frances se sintió nerviosa después de la salida de Megan. Había pasado la mayor parte de la noche sola con Byron, pero ahora se sentía repentinamente consciente de él como hombre.

—Sé que es tarde, ¿puedo ofrecerle una taza de café antes de que se vaya?

—Nunca diría que no a eso —respondió él, sonriendo y sentándose.

Frances se apartó de él para encender la cafetera eléctrica y se sorprendió al ver cómo le temblaban las manos. Sabía que Byron la estaba observando mientras preparaba las tazas y servía el café. No era una persona nerviosa pero, por algún motivo diabólico, no podía evitar recordar la forma en que la había besado aquella noche

de la fiesta de cumpleaños de Megan y también recordaba cómo le había respondido ella.

«Quizá seas una ganadera, pero antes que nada eres mujer y la próxima vez que desees tener una pelea, te sugiero que busques a alguien que no tema cruzar espadas contigo».

Nunca podría olvidar esas palabras que le había dicho aquella noche, después de besarla y, por primera vez, reconoció que se las había merecido. También tuvo que reconocer que Byron era un adversario poderoso y esto era algo que siempre admiraba en un hombre.

¡Cielos! ¿En qué estaba pensando?

Puso las tazas de café sobre la mesa y le pasó la leche y el azúcar. Desafortunadamente para ella él se dio cuenta del ligero temblor de sus manos y la forma en que la miró la hizo sonrojarse.

—Byron… —comenzó a decirle para romper el silencio que había entre ellos y deseando hacer las paces con él de alguna forma —, no soy culpable de cortar la cerca y creo que puedo decir lo mismo de mis trabajadores. Todos ellos han vivido y trabajado aquí durante muchos años y no hay motivo para que alguno de ellos quisiera hacer algo tan condenable.

—Te creo —le dijo él inesperadamente—, y te debo una disculpa por mis acusaciones injustas la primera vez que ocurrió.

—Le acepto las excusas —le dijo, sonriéndole a su vez—. Pero esto no resuelve el problema, ¿no es cierto? Aún no sabemos quién es el culpable.

—Eso puede tomar un poco de tiempo —reconoció él frunciendo el ceño; después cambió el tema—. Megan me dice que la semana próxima enviarás un camión de ganado a Phalaborwa.

—Así es —le confirmó, preguntándose por qué le interesaría su viaje a Phalaborwa—. Saldré, ya tarde, el martes y haremos la mayor parte del viaje en la oscuridad, cuando hay fresco.

—¿Me podrías hacer un favor? —le preguntó mirándola con fijeza—. Puedo obtener tres leones, un macho y dos hembras, de un amigo que tiene un parque de animales salvajes a unos pocos kilómetros de Phalaborwa. Si pudiera ponerme de acuerdo con él para el transporte de los animales, ¿crees que me los puedas traer a Izilwane en tu camión?

Se dijo que un favor merecía otro y, después de todo, el camión

volvería vacío. ¿Pero leones? Se estremeció.

—Me imagino que vendrán en jaulas —inquirió con prudencia.

—Vendrán en jaulas que se utilizan para transportar animales, así que debe ser bastante seguro.

Nerviosa notó que había dicho «bastante seguro». ¿Qué tan seguro exactamente sería o se estaba asustando por gusto?

—Si vienen en jaulas se los traeré —aceptó finalmente, aunque el pensamiento de los leones en el parque junto a su granja la hizo sentir un estremecimiento frío por todo el cuerpo. Ya tenían bastantes problemas con un loco que cortaba la cerca y con los animales pasando de un lado a otro, pero, ¿y si cortaban otra vez la cerca y en esta ocasión pasaban leones a donde estaba su ganado?

—¿Vas a conducir tú el camión? —le preguntó Byron, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sipho conducirá el camión y yo lo acompañaré para asegurarme de que no haya problemas con la entrega.

—Tengo una idea mejor —terminó el café y dejó la taza sobre la mesa—. Deja aquí a Sipho a cuidar la hacienda; tú y yo podemos hacer el viaje juntos en el camión y yo conduciré.

—Me parece buena idea —aceptó ella.

En realidad le había preocupado la idea de dejar Thorndale sola con los vaqueros, pero ahora, al pensar en las muchas horas que pasaría a solas con Byron en el camión, no se sintió muy segura de si había sido una buena idea.

Byron se fue unos minutos más tarde, prometiéndole avisarle cuando tuviera todo preparado para el transporte de los animales y Frances se dio una vuelta junto con *Major* por los establos para echarle una última mirada a la yegua y su potro, antes de acostarse.

Capítulo 6

La noche del sábado hubo un baile, con cena, en Izilwane. Tony convenció a Frances para que lo acompañara y Megan fue con Jack Harriman, uno de los guardabosques. La música la brindó un grupo de tres músicos de Louisville y el restaurante con techo de paja estaba atestado con personas de la localidad y visitantes de vacaciones. Fue algo informal, la comida fue excelente y Megan y su amigo, bronceado y de cabello rubio, eran acompañantes agradables.

Bailó en varias ocasiones con Tony, pero un momento en que descansaron los músicos y en su lugar pusieron discos de música moderna, él la tomó del brazo y la llevó afuera.

—¿Has pensado últimamente sobre nuestra relación? —le preguntó Tony y al mirarlo vio una extraña rigidez en la expresión de su rostro.

—¿A qué te refieres? —le preguntó con tono cansado.

—Nos hemos estado viendo con bastante frecuencia desde que somos vecinos y durante los últimos tres meses hemos llegado a conocernos bastante bien, ¿no te parece?

—Sí, es cierto —reconoció preguntándose adonde conduciría esta conversación.

—Yo diría que ya nos conocemos lo bastante bien para comenzar a pensar en matrimonio.

—¿Matrimonio? —repitió Frances quedando inmóvil por la sorpresa.

¿Qué le sucedía a Tony? Su relación había sido agradable y amistosa; nunca había existido nada físico entre ellos y desde el principio ella le había demostrado con toda claridad que no tenía el menor deseo de los besos y caricias que normalmente ocurren en la relación entre un hombre y una mujer.

—Piensa en las posibilidades que tendríamos —continuó Tony excitado, sin darse cuenta de la forma en que ella lo estaba mirando —. The Grove y Thorndale se convertirían en una sola hacienda y juntos la haríamos la más exitosa de toda la zona. Tan sólo piensa en eso, Frances, y piensa cómo podríamos…

—¡Un momento, Tony! —lo interrumpió con firmeza—. Me

agradas y me gusta tu amistad, pero nunca habrá nada más entre nosotros.

—No puedes hablar en serio —le dijo riendo. A la luz de la luna Frances pudo ver la expresión de asombro en su rostro, como si no pudiera creer que una mujer lo hubiera rechazado.

—Me temo que sí; lo siento.

—¡Pero yo te agrado, tú lo acabas de decir, y si me dieras una oportunidad, podrías aprender a amarme! ¡Te lo demostraré!

Había algo desesperado y desconocido en él cuando la tomó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo. No le agradó la sensación de su cuerpo contra el de ella y cuando trató de besarla volvió la cabeza y sólo pudo hacerlo en la mejilla.

—¡No seas tonto, Tony! —le dijo con tono seco, mientras le ponía las manos en el pecho y lo apartaba de ella con todas las fuerzas que pudo reunir—. ¡Basta!

Él dejó caer los brazos a los costados y su respiración era agitada cuando habló.

—¿Qué te sucede, Frances?

—Yo podría hacerte la misma pregunta —le contestó con tono acusador—. Te estás comportando de forma irracional y echarás a perder nuestra amistad, si no te contienes.

Durante un instante vio una expresión de ira en su rostro, pero desapareció de inmediato.

—Lo siento, pero pensé que… —se encogió de hombros y, con un gesto, le señaló hacia el restaurante donde aún se bailaba—. ¿Entramos?

—Ve tú, Tony —le indicó, pues necesitaba tiempo para reponerse de lo que acababa de ocurrir—. Quiero estar sola un rato.

—Muy bien —le dijo con tono amistoso, como si se hubiera dado cuenta de que se había excedido—. Pero no tardes demasiado —añadió sonriéndole.

Lo observó alejarse y después se dejó caer en una silla, junto a la piscina. Aún estaba pensando en su extraña proposición de matrimonio cuando oyó pasos. Se levantó bruscamente pensando que era Tony que volvía, pero se encontró frente a Byron. Nunca pensó que podría sentirse tan aliviada al verlo, pero las primeras palabras que le dijo tuvieron el extraño poder de lastimarla y molestarla.

—¿Eso que vi hace unos momentos era una pelea de enamorados?

—¡Eso no le importa a usted! —le replicó con violencia.

—No es el hombre apropiado para ti, Frances.

—Usted no está en posición de juzgar quién es o quién no es el hombre apropiado para mí —replicó con frialdad y dándose vuelta para alejarse, pero unos dedos de acero la sujetaron del brazo.

—Ven conmigo —le dijo, alejándose de la piscina y obligándola a acompañarlo a pesar del esfuerzo que hizo para soltarse.

—¡No! —protestó con vehemencia—. ¡Suélteme!

—Quiero mostrarte algo que debes ver en una noche como ésta, de luna llena —le explicó sin detenerse, obligándola casi a correr para mantenerse a su lado.

—Tony se preguntará qué me ha ocurrido y lo mismo le sucederá a Megan —insistió ella cuando comprendió que la llevaba hacia donde había estacionado su Land Rover.

—Ya le mandé decir a Megan que estabas conmigo. En cuanto a Tony, puede preocuparse todo lo que quiera.

—¡No tiene derecho de hacer esto sin consultarme primero! —le dijo con violencia y casi sin poder hablar por la ira que sentía. Cuando él abrió la puerta del Land Rover, le dijo—: Byron, no voy a ningún sitio con usted.

—Entra, estamos perdiendo tiempo —le dijo con tono cortante y mirándola con fijeza—. ¿Tendré que cargarte y hacerte entrar?

No tenía escape y pensó que sería demasiado humillante que hiciera lo que decía, así que subió.

—¿Adónde me lleva? —le reclamó unos minutos más tarde, cuando tomaron por una de las veredas del parque.

—Pronto lo sabrás —le contestó con brusquedad, concentrándose en conducir y vigilar por si algún animal estuviera en el camino.

Unos minutos más tarde, Frances vio durante unos breves instantes el brillo de una gran extensión de agua y comenzó a sospechar lo que pensaba hacer Byron mucho antes de que estacionara el Land Rover junto al estrecho muelle de madera donde estaba amarrada una lancha de motor.

Le abrió la puerta para que bajara, pero ella le dijo con firmeza.

—No subiré a esa lancha con usted.

—¡Oh, sí lo harás! —mientras le decía esto la tomó por la cintura y por debajo de las rodillas. Todo sucedió con tanta rapidez que, instintivamente, se sujetó de su cuello y de inmediato él echó a andar por el muelle, como si no pesara lo más mínimo.

—Bájeme, Byron —protestó, furiosa y humillada.

—Si no dejas de moverte terminaremos los dos en el agua y no me agradaría servir de comida a los cocodrilos.

¿Cocodrilos? Frances se quedó inmóvil de inmediato. Tampoco tenía deseos de alimentar a los cocodrilos, pero Byron era un elemento igual de peligroso.

Llegaron al extremo del muelle, subieron a la lancha y él no la bajó hasta quedar frente a los controles.

—¿Hay cocodrilos en esta represa? —le preguntó con cierta duda.

—No —le respondió él con tono burlón y pasó un momento antes de que ella se diera cuenta de que la había engañado.

—¡Bestia! —le gritó golpeándolo con furia en el pecho y los hombros con los puños cerrados—. ¡Me mintió! ¡Me mintió!

Los dedos fuertes la sujetaron por las muñecas y después la obligó a poner los brazos a la espalda, mientras la apretaba contra él. Luchó para soltarse, pero con cada esfuerzo que hacía se sentía más consciente del cuerpo masculino contra el suyo, así que se quedó inmóvil.

—¡Maldito sea, Byron, suélteme! —le gritó furiosa, pero indefensa.

—Cuando lo estime conveniente —gruñó él, besándole el cuello y haciéndola estremecer.

Con la tranquilidad del hombre que conoce las partes íntimas de las mujeres, Byron encontró esas zonas sensibles que ella nunca supo que existían, inundándola de ondas de placer.

¿Qué le estaba haciendo? ¿Qué era este calor que le recorría todo el cuerpo haciéndola oprimirse contra él? ¡No! No quería que le hiciera esto, pero no podía controlar las sensaciones que la estaban dominando.

Cuando los labios de Byron cubrieron los suyos le respondió de una forma que no pudo evitar y cuando le soltó las manos ella se sujetó de los anchos hombros de él.

Las manos de Byron le recorrieron el cuerpo excitado,

deslizándose por las suaves curvas de las caderas y ascendiendo hasta cubrir los pechos firmes. Debió rechazar estas íntimas caricias, pero su mente ya no controlaba el cuerpo que respondía por sí solo, haciéndola lanzar gemidos de deseo.

Estaba aturdida y temblorosa cuando, al fin, él la soltó. Estaba tan confundida y asombrada que se quedó mirándolo, como buscando una respuesta en su rostro.

—Eso fue algo nuevo, ¿no es cierto? —le dijo él y la burla de su voz le dolió profundamente—. ¿No me digas que al fin he logrado dejarte sin palabras?

—¡Usted es despreciable! —le gruñó entre dientes, y la vergüenza y la furia le llenaron de lágrimas los ojos.

Byron abrió el acelerador al máximo y la lancha se apartó del muelle con una violencia que hizo caer a Frances sentada en uno de los asientos, furiosa internamente y sin poder disfrutar durante un rato de la belleza que la rodeaba.

Byron llevó la lancha hasta el centro de la represa y la detuvo. Disminuyó la ira que sentía Frances y el paisaje bañado por la luz de la luna ocupó toda su atención. Era como si las estrellas hubieran descendido a bailar en las suaves ondas del agua.

Frances sintió como si la hubieran dejado echar un vistazo al paraíso y quedó convencida de que Dios había mojado su brocha de artista en la luna llena de esa noche para añadir un toque brillante de magia al escenario.

—¿No vale la pena ver esto? —le preguntó Byron sonriendo.

—Sí, así es —reconoció, suspirando feliz y olvidando la ira que había sentido unos minutos antes.

—Cuando era pequeño soñaba con tener un lugar como Izilwane —Frances estuvo segura de que nunca antes le había contado esto a nadie.

—Tiene suerte de que sus sueños se hayan vuelto realidad.

—¿En qué soñabas tú cuando eras niña, Frances? —ambos estaban reclinados contra la baranda del bote.

—Soñaba con ser ganadera, como mi padre —se sonrió al recordarlo—. Al principio no le gustó la idea, pero como tenía a Olivia de mi parte se rindió al fin.

—Ya me di cuenta de que Olivia no es tu madre.

—No, no lo es; mi madre murió cuando yo tenía cuatro años y

mi padre se casó con Olivia cuando yo tenía diez.

—¿Te sentiste triste por eso? —le preguntó Byron mirándola con fijeza, como para medir sus sentimientos.

—De ninguna manera —hizo un movimiento negativo con la cabeza y sonrió—. Olivia es una mujer cálida, generosa y adorable, y recuerdo que deseaba de todo corazón que se casara con mi padre. ¿Me cuenta de sus padres?

—Murieron cuando era niño y crecí en casa de una tía que nunca se casó —le explicó sin la menor traza de emoción en la voz —. Me sorprendí mucho cuando murió, hace algunos años, y me dejó una pequeña fortuna. He trabajado mucho y con frecuencia sólo tenía lo indispensable para vivir, pero de esa forma acumulé un capital propio y así logré comprar este terreno para el parque de animales salvajes.

Frances sintió una compasión por él que se mezclaba con una creciente admiración.

—¿Nunca lamentó su decisión?

—Nunca —brilló en sus ojos la burla ya tan conocida, cuando sus miradas se encontraron—. ¿Y tú?

—No, nunca —le respondió sin vacilar—. Y el conocer a un hombre arrogante y presumido como usted ha hecho que sea mayor mi decisión de triunfar.

Byron se rio con voz baja.

—Si te parezco arrogante y presuntuoso, te ruego que me disculpes, pero sigo pensando que éste no es trabajo para una mujer.

—Y yo sigo igualmente decidida a demostrarle que está equivocado.

—No tienes que demostrarme nada, Frances. Es a ti misma a quien tienes que convencer de que has tomado la decisión correcta al escoger tu carrera.

—No necesito convencerme; sé que tomé la decisión apropiada.

—Entonces mi opinión arrogante y presumida no debe importarte —le dijo con una franqueza que la lastimó.

Su opinión no debería importarme pero, extrañamente, sí me importa. ¿Por qué?

—Mira bien a tu alrededor, Frances —su voz interrumpió sus pensamientos— y si puedes apreciar lo que ves entonces tienes que

comprender que yo estaba en lo cierto al decirte que Tony no es el hombre para ti.

—No me diga que está preocupado por mi bienestar —le contestó sin enojo, pero con un ligero tono de burla, mientras se reía al descubrir el motivo de esta excursión en la lancha a la luz de la luna.

—Aunque te parezca extraño, me preocupa —le dijo con una extraña seriedad—. Tú amas sinceramente la tierra, Frances, y no estoy ciego para no darme cuenta de que no temes trabajar duro en lo que estás haciendo, pero a Tony Phillips no le interesa lo que pueda dedicar a la tierra. A él lo que le importa es lo que pueda obtener de ella.

Esto era cierto; ya ella se había dado cuenta de que a Tony no le interesaba la ganadería, pero no deseaba discutir con Byron la amistad de Tony.

—Lo recordaré —le prometió con tono seco. Byron le apartó un mechón de cabello que le había caído sobre el rostro, pero no retiró la mano y el leve aroma de su colonia le excitó los sentidos al mismo tiempo que él le recorría con los dedos del rostro. Su contacto la intranquilizó y se produjo una intensa tensión entre ellos. Al mismo tiempo que ella alzaba el rostro él bajaba el suyo; fue una acción simultánea, como si algo fuera de su control los hubiera obligado a hacerlo al mismo tiempo. Se encontraron sus labios levemente primero y después con una necesidad más profunda, que hizo que se lanzara a sus brazos, que estaban listos para recibirla.

No se detuvo a pensar qué le sucedía. Sabía la verdad, estaba enamorada de Byron, pero nunca podría permitir que él lo supiera.

—Por favor, Byron, llévame de regreso.

Byron se apartó de ella, se dirigió hacia los controles y unos instantes después ponía en marcha el motor. Frances permaneció de pie hasta que llegaron al muelle y, como si temiera su contacto, no aceptó la mano que le tendía para ayudarla a bajar. No se hablaron, ni entonces ni durante todo el viaje de regreso, hasta que llegaron a su cabaña.

—Ya todo está arreglado —le dijo él—. Podemos recoger los leones en Phalaborwa el próximo miércoles.

La voz de Byron fue fría y lejana, como la de un desconocido,

convenciéndola de que lo que había ocurrido entre ellos no le había afectado emocionalmente.

Se alejó de él, dirigiéndose hacia el restaurante, y se alegró de estar estos instantes sola antes de reunirse con los demás.

Entró en el restaurante y vio que Tony se levantaba, molesto, al acercarse a su mesa.

—¿Dónde demonios has estado? —le preguntó enojado.

—Fui… —vio la mirada de aviso en los ojos azules de Megan y decidió no decirle la verdad a Tony—, fui a dar un paseo.

—Tiene que haber sido un paseo muy largo —le respondió muy irritado y una vez que se sentó, añadió—: ¿Fuiste sola?

Estaba comenzando a sentirse molesta por su actitud y comprendió que Megan y Jack Harriman se sentían de igual forma, al verlos moverse intranquilos en sus sillas. Sin embargo, se obligó a sonreírle antes de contestar:

—Deja de comportarte como un tonto, Tony, y basta de este interrogatorio innecesario.

—Quiero ir al tocador —interrumpió Megan, levantándose antes de que Tony pudiera contestar el comentario de Frances—. ¿Vienes conmigo, Frances?

—Sí —le contestó con tono brusco Frances; tomando su bolso y levantándose siguió a Megan hasta el tocador.

—Por todos los cielos, ¿dónde estuviste todo este tiempo? —le preguntó Megan riendo, cuando se quedaron solas—. ¿Te das cuenta de que has estado fuera casi una hora?

—Byron me llevó hasta la represa en la lancha.

—Oh, ¿eso hizo? —Megan se rio levemente y Frances pudo adivinar lo que estaba pensando su prima.

—Hablamos —le dijo con tono cortante, y Megan hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero en sus ojos había un destello de comprensión.

—Un ambiente romántico siempre ha sido el mejor lugar para que un hombre y una mujer hablen.

—¡Oh, Megan! —Frances lanzó una carcajada ante el comentario de su prima, pero interiormente lloraba.

Siempre había pensado que llegaría el momento feliz en que se daría cuenta de que estaba enamorada, pero nunca había soñado en que esto sería con un hombre arrogante y presumido, como Byron.

¿Por qué, por qué el destino tenía que ser tan cruel con ella?

El llevar el camión de ganado a una granja en el distrito de Phalaborwa no era algo que estuviera deseando Frances, y para complicar las cosas el ambiente estaba increíblemente tenso entre Byron y ella cuando dejaron Thorndale la tarde del martes de la semana siguiente. Frances comprendía que, en parte, era culpa de ella esta situación tan tensa entre ambos. Tenía tanto miedo de decir o hacer algo que le hiciera comprender a Byron lo que sentía por él, que se comportó de forma brusca durante todo el viaje.

Cuando ya estaba anocheciendo, Byron sacó el camión de la carretera, lo detuvo y se bajaron a estirar las piernas y revisar el ganado, antes de beber café del termo que ella había llevado.

Le llenó su taza de café y le dijo.

—Siento mucho la forma en que te hablé cuando llegaste a la granja esta tarde —se sentía obligada a disculparse.

—Es obvio que tienes algo en la mente que te preocupa —la miró con fijeza, mientras bebía un sorbo del café caliente—. ¿Quieres hablar sobre ello?

Tenía varias cosas en mente, pero de la única que se atrevió a hablarle fue de los leones.

—No me agrada la idea de que tus leones puedan entrar a mi propiedad.

—Estás siendo innecesariamente pesimista, Frances.

—Es muy fácil decir eso, pero, ¿y si de nuevo cortan la cerca y los leones matan parte de mi ganado o atacan a mis vaqueros?

—Por supuesto que se te compensaría por la pérdida del ganado, pero si atacan a tus vaqueros entonces nuestro misterioso delincuente tendrá mucho de que responder.

Frances sintió un estremecimiento por la columna vertebral. Tenía mucho miedo.

—No tienes nada que temer —le dijo Byron como si le hubiera leído los pensamientos—. Hay muy pocas probabilidades de que uno de mis leones entre a tu propiedad. No estarán buscando cómo escaparse, si tienen mucho espacio donde vivir y suficiente comida; no pienses en lo peor inútilmente.

—Me imagino que piensas que soy una tonta —le dijo riendo.

—Tonta no, sólo preocupada, como yo —le contestó acercándose y haciéndole alzar el rostro con la mano.

El aroma que despedía su ropa la obligó a luchar contra el deseo de reclinarse contra este cuerpo masculino y duro. Sentía necesidad de que la tranquilizara abrazándola. Se dijo que necesitaba controlarse, pero al parecer Byron se dio cuenta de sus deseos, pues la tomó en sus brazos y le dio un leve beso en la boca. Ella se reclinó contra su hombro y dejó escapar un suspiro, mientras a su vez le pasaba los brazos por la cintura.

¿Para qué luchar y negarlo?, se dijo. Quizá se arrepentiría de demostrarle lo que sentía, pero en este momento en lo único que podía pensar era en lo bien que se sentía en sus brazos.

—Ya es hora de seguir —le dijo Byron después de un rato, soltándola; y al mirarlo ella al rostro vio una expresión impasible.

Esto no había significado nada para él. La breve intimidad que habían compartido no lo había emocionado en lo más mínimo. ¡Oh, Dios, qué tonta había sido al buscar algo que nunca podría ser suyo más que durante un breve instante!

Capítulo 7

Frances parpadeó en la oscuridad antes de la salida del sol y aspiró el aire fresco mientras observaba las jaulas con sus ocupantes salvajes que cargaban en su camión. Un grupo de hombres, sin camisa y con pantalones cortos, estaba tirando y empujando, con visibles muestras de tensión en el rostro, bajo la luz delantera de los dos Jeeps que iluminaban el área.

En particular, miraba a Byron, que trabajaba como parte del equipo. Tenía un mechón de cabello sobre la frente húmeda y sonrió por el comentario que hizo alguno de los hombres. Habían pasado la noche en la casa de Petrus Nel y su esposa, el ganadero a quien ella le había llevado las reses, pero Frances había dormido mal. Toda la noche había tenido una pesadilla y ahora, parada aquí, se preguntó si estaba despierta o si era parte de la pesadilla.

Había que subir al camión la tercera y última jaula. La leona con la oreja dañada era, obviamente, una luchadora y la más salvaje de los tres leones. En varias ocasiones había tratado de alcanzar con las garras a quien se acercaba demasiado, sacando la pata entre los barrotes de la jaula. En los ojos amarillos brillaba un fuego fiero y abría la boca mostrando los mortales colmillos, con los que podía destrozar sin esfuerzo alguno a su presa. Frances se estremeció como un animal que ha percibido el olor de un león cazando.

Byron insertó un dardo en el rifle, calmado, sonriendo levemente, como si le divirtiera el temperamento salvaje de la leona. Cielos, ¿es que no hay nada que lo asuste? Alzó el rifle; apuntó y Frances tragó en seco al ver cómo apretaba el gatillo. Por tercera vez esa mañana se oyó un fuerte estampido que la hizo dar un brinco, sobresaltada, mientras la orgullosa bestia gruñía con expresión asombrada en los ojos amarillos antes de que éstos se nublaran por efecto de la droga. El pesado cuerpo cayó lentamente al suelo de la jaula y de repente pareció un inofensivo gatito en vez de un furioso felino de la selva.

Cuando, media hora más tarde, se sentó al lado de Byron en la cabina del camión y comenzaron su viaje de cuatro horas de regreso a Louisville, Frances aún temblaba; por fortuna estaba demasiado oscuro para que él se diera cuenta.

—Estás muy callada —le dijo él después de un rato.

¿Qué contestar a eso? ¿Podía inventar alguna disculpa aceptable por su comportamiento raro? Pero su sinceridad innata no le permitió hacerlo.

—Nunca antes había estado tan cerca de un león y saber que hay tres de ellos en el camión me pone nerviosa —confesó.

Se acercaban a Tzaneen, un hermoso pueblo antiguo en el centro de una gran comunidad agrícola, al pie de los Drakensberg, en la ribera sur del río Letaba. Aún les faltaba mucho para llegar a Louisville, pensó Frances, ahogando un suspiro.

—No pensé que te asustabas fácilmente —dijo Byron riendo con voz baja.

—Por lo general no, pero hay algo en esa leona de la oreja dañada que me enfría la sangre —apretó las manos con fuerza y contuvo un estremecimiento—. Es mayor que los otros dos y tiene un temperamento impredecible.

Durante un momento Byron apartó la vista de la carretera para mirarla.

—Las hembras tienen la tendencia a ser temperamentales.

Enojada, Frances se volvió hacia él.

—¿Por qué tengo la sensación de que ahora no te refieres a las hembras de las especies felinas?

—Tú te pareces mucho a ese gran gato —insistió él con una sonrisa burlona—. En un momento estás ronroneando como una gatita y poco después estás bufando como un gato salvaje, con las garras listas para atacar. De hecho eres la mujer más temperamental que nunca haya conocido.

—¡Yo no soy así! —protestó Frances sintiéndose un poco desconcertada, pero escondiendo su reacción detrás de una sonrisa cínica—. Quizá el único problema es que tú haces salir lo peor que hay en mí.

—Me pregunto por qué —comentó él, también con cinismo—. Probablemente se trate de una reacción química —le explicó ella—. Cuando estamos juntos tendemos a chocar.

—¿Es eso bueno o malo? —le preguntó con tono de burla.

—No estoy segura —le contestó sonriendo—. Podría ser una señal de rechazo de ambas partes.

Byron pareció pensar en esto durante un rato y, después, muy

serio hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Tal vez tienes razón.

Su respuesta fue tan inesperada como el repentino y desconocido peso doloroso que sintió en el pecho. Si era así como se sentía el amar a alguien que nunca se interesaría en una, entonces tendría que hacer algo para controlar sus sentimientos, ahora que todavía comenzaban. Sin embargo algo en su interior le dijo que no iba a ser tan fácil como se imaginaba.

Se detuvieron en el camino para beber café y comer los emparedados que la señora Nel había insistido en prepararles, y durante todo el resto del viaje mantuvieron una continua charla, pero las cosas de que hablaron fueron impersonales, abriendo una brecha entre ellos que ninguno de los dos pareció tener intención de cerrar.

Byron dejó a Frances en Thorndale asegurándole que le devolvería el camión y pasaría a buscar su Land Rover tan pronto como hubiera descargado los leones, que ahora comenzaban a moverse intranquilos en sus jaulas. Cuando el camión se alejaba, Frances pudo ver por última vez a la leona de la oreja dañada, y aquellos ojos amarillos fijos en ella hicieron que de nuevo se estremeciera.

—Ha sucedido algo interesante mientras estuviste fuera —le dijo Megan cuando se sentaron a comer ese día—. Claudia de Leur, la prima de Tony, llegó a Izilwane ayer por la tarde y se hospedó para un tiempo indefinido en una de las cabañas. Es una divorciada de East London, en la provincia del Cabo, y no ha vacilado en hacer saber que es sobrina del difunto George Wilkins.

—¿De veras? —murmuró Frances sin interés, sirviéndose una segunda taza de té.

—También está muy interesada en conocer a la nueva dueña de Thorndale, es decir a ti —añadió Megan y Frances pudo ver una expresión de preocupación en los ojos azules—. Creo que piensa que debe de heredar parte de los bienes de aquel pobre viejo.

Frances alzó la vista y sus ojos mostraron señales visibles de la noche llena de pesadillas que había pasado.

—Espero que no piense llevarme a una batalla legal al impugnar el testamento de su tío.

—Desde luego que espero que no —comentó Megan con una

mueca—, pero, por la joven de la recepción, supe que a la señora de Leur le gustaría mucho conocerte y también visitar la casa de su fallecido tío, para recordar tiempos pasados.

Frances miró a su alrededor, observando las cortinas azules y doradas con motivos florales en la ventana, el suelo cubierto de alfombra y la hermosa y antigua mesa del comedor y el aparador que había recuperado nueva vida después de tratar y aceitar la madera. Pudo recordar cómo estaba este salón antes de que ella lo limpiara, y sonrió divertida.

—No hay nada que pueda ver Claudia de Leur, excepto algunas piezas de mobiliario que valió la pena guardar —murmuró como si estuviera pensando con voz alta.

—Eso mismo le dije cuando vino a la tienda esta mañana, pero insiste en que, a pesar de todo, quiere ver la casa —el ruido de un automóvil que se acercaba hizo que Megan se levantara para mirar por la ventana—. Hablando del demonio, aquí viene Claudia de Leur, y trae a Byron con ella.

Frances se dio cuenta de lo difícil que le era respirar y con dificultad bebió el resto del té antes de levantarse de la mesa, a tiempo de ver que Byron se dirigía hacia la casa, andando más despacio de lo acostumbrado para que pudiera seguirlo una pequeña, bien formada y atractiva rubia, que venía tomada de su brazo como si quisiera quedarse allí permanentemente.

Sintió una punzada de algo que prefirió no analizar y, secándose las manos en los pantalones de mezclilla, salió del comedor junto con Megan para recibir a los visitantes, que en ese momento llegaban al portal. La expresión en el rostro de Byron era inescrutable pero había risa en sus ojos, como si hubiera compartido una broma muy íntima con Claudia de Leur.

—Buenas tardes —el saludo de Frances incluyó a Byron, pero tuvo buen cuidado de no mirarlo a los ojos y se concentró en la mujer, que aún seguía tomada de su brazo—. He estado esperándola, señora de Leur.

—¿De veras? —la rubia le sonrió con dulzura, pero la mirada en sus ojos grises era fríamente especulativa y calculadora. Al ver su rostro maquillado, Frances se sintió en desventaja después de haber pasado varias horas al sol esa mañana—. Espero que no le importe —continuó Claudia de Leur con su voz ronca y seductora—, pero

hace mucho tiempo desde que vine por última vez a Thorndale y le pedí a Byron que me acompañara, por si me perdía.

¿Byron? Frances sintió una aguda sensación de desagrado que aún no estaba lista para analizar.

—Claudia, quiero presentarte a Frances King, la nueva dueña de Thorndale —Byron la presentó de modo formal.

Claudia Frances lo miró con leve ironía. Desde luego que no les había llevado mucho tiempo establecer una relación que les permitiera tutearse, y era evidente que Claudia de Leur no era alguien quien creyera en perder tiempo en lo que se refería a hombres. Era obvio que no le faltaba experiencia en estos asuntos y tampoco a Byron. Eran dos parecidos, se dijo Frances y con seguridad se atraían.

Dándose cuenta de repente de que Megan estaba detrás de ella. Frances se dio vuelta y la hizo adelantarse.

—Creo que ya conoció a mi prima, Megan O'Brien.

—Sí, nos conocimos esta mañana en la tienda —le confirmó Claudia de Leur con una fría sonrisa y una débil inclinación de la cabeza rubia, que Frances estaba comenzando a sospechar provenía de un frasco.

—¿No quieren pasar? —los invitó Frances consciente de que Byron la observaba con expresión divertida en la mirada, lo que le hizo sentir un enojo inexplicable, pero supo contenerse.

—¡Cielos! Usted ha hecho un sitio muy atractivo de esta casa, pero hacer estos cambios cuesta dinero y el tío George fue siempre un viejo muy tacaño. Nunca hubiera… —Claudia de Leur se detuvo bruscamente, con los ojos grises muy abiertos y sorprendida al ver el retrato de George Wilkins colgado de la pared—. ¡Por todos los cielos, es el mismo viejo demonio!

—Lo encontramos con algunas de sus cosas y es un retrato tan bueno que nos dio pena tirarlo —le explicó Frances, sintiendo, sin darse cuenta del motivo, la sensación de que no debería darle detalles exactos sobre las circunstancias de su descubrimiento. Sin embargo, se sintió obligada a añadir—: Como usted es una de los dos parientes que quedan, ¿le gustaría llevarse este retrato de su tío?

—No, gracias —el rechazo de Claudia de Leur fue tan instantáneo y decidido como había sido el de Tony, pero, a

diferencia de él, trató de explicar sus motivos para no desearlo y lo hizo con tanta prisa que Frances sospechó que la sobrina del querido tío George estaba tratando de encubrir algo—. Por ahora vivo en un apartamento diminuto y no tengo espacio en las paredes para un retrato de ese tamaño —le explicó.

—¿Quería verme por algo en particular? —Frances cambió el tema.

—Nada en particular —le comentó Claudia de Leur, soltando por primera vez el brazo de Byron—, pero me gustaría recorrer la vieja casa, si no le importa.

—Le pediré a Gladys que prepare un poco de té, mientras tú llevas a la señora de Leur a recorrer la casa —intervino Megan por primera vez y Frances asintió con la cabeza, antes de salir de la sala, donde Byron decidió quedarse.

—Desde luego que me trae recuerdos agradables el ver este viejo mueble —le comentó Claudia de Leur diez minutos más tarde, cuando llegaron al pequeño estudio de Frances y vio el escritorio.

Los dedos con uñas pintadas de color rojo encendido recorrieron los bordes tallados del escritorio que en una ocasión había pertenecido a George Wilkins, lo mismo que habían hecho cuando examinó el pequeño aparador con espejo en el comedor. Una extraña sensación se apoderó de Frances, previniéndola de algo, pero sin poder imaginarse de qué se trataba.

—¿Venía aquí con frecuencia? —quiso saber mirando a la rubia elegantemente vestida, preguntándose qué habría detrás de esos ojos grises y calculadores que habían recorrido cada salón de la casa con tanto interés.

—Cuando niña venía aquí con bastante frecuencia con mi madre. Tío George era su hermano —Claudia de Leur sonrió, pero la sonrisa no llegó a los ojos, que eran tan fríos como los diamantes que brillaban en sus dedos—. Después de la muerte de mi madre nunca tuve tiempo para visitarlo de nuevo. Ya sabe cómo son esas cosas.

No, Frances no sabía cómo era eso. Sus familiares siempre habían ocupado un papel muy importante en su vida. Amaba intensamente a cada uno de ellos y nada en este mundo la hubiera mantenido apartada de cualquiera de ellos durante un periodo lo bastante largo para que llegaran a alejarse. Sólo pensar en esta

actitud tan poco cariñosa le resultaba desagradable.

—¿Sabe que tiene un primo que vive en una granja cercana? —le preguntó y el rostro pintado de Claudia de Leur mostró una expresión extrañamente falta de sentimiento—. ¿Tony Phillips?

—Sí, ya sé de Tony —fue la respuesta brusca y el intenso perfume de la mujer le resultó desagradable a la sensible nariz de Frances cuando con lentitud Claudia le dio la vuelta al escritorio por segunda vez—. Tengo que decir que me parece increíble que mi tío vendiera todo de la forma en que lo hizo. ¿No había nada en su testamento que dijera que ciertas piezas de mobiliario quedarían para la familia?

—Compré la hacienda tal como estaba —le informó Frances molesta—. No sé el contenido exacto del testamento de su tío, pero si desea información sobre eso le sugiero que haga una cita para visitar a su abogado, Thomas Atherstone, en Louisville.

—Quizá lo haga —Claudia de Leur se dio vuelta y sus ojos grises estudiaron a Frances con una curiosa intensidad—. ¿El cuadro fue la única cosa de interés que encontró, cuando revisó las cosas de tío George?

De nuevo Frances sintió esa rara sensación de precaución.

—¿Había algo en particular que usted esperaba que yo hubiera encontrado?

—Oh, nada en particular, en realidad —Claudia de Leur mostró tanta indiferencia por la pregunta de Frances que a ésta no le pareció sincera—. Sólo estaba preguntando.

Frances también se estaba preguntando. ¿Cuál era el verdadero propósito, detrás del repentino deseo de Claudia de Leur de visitar Thorndale? ¿Había sido motivado por la nostalgia o había algo más importante en ello?

Volvieron a la sala, donde Megan estaba sirviendo el té, y Claudia se sentó en una silla cerca de Byron. Intercambiaron sonrisas, Claudia abiertamente incitándolo y Frances tuvo que hacer un gran esfuerzo para permanecer sentada y beber el té, aunque en su interior estaba furiosa por una sensación que no le quedó más remedio que reconocer que eran celos. Byron en ese momento volvió la cabeza para mirar a Frances y el ligero rastro de diversión de su mirada la molestó, pero él tuvo que apartar la vista cuando Claudia le tocó el brazo para llamarle la atención hacia algo que

quería decirle.

La conversación fue difícil y forzada y cuando, por fin, se levantaron para retirarse, Claudia miró otra vez el retrato de George Wilkins. Frances no podía estar segura, pero pensó haber visto un destello de enojo en los ojos de Claudia y George Wilkins pareció mirar a su vez a su sobrina con expresión de desdén.

Era increíble cómo las expresiones faciales del retrato parecían cambiar según la ocasión, se dijo Frances después de que Byron y Claudia de Leur se fueron. Por supuesto que debía atribuirlo al propio estado mental de ella, pero en ocasiones esto la hacía sentir bastante extraña.

Frances apenas pudo dormir las tres primeras noches después de la llegada de los leones al parque. El rugido del león macho la hacía estremecerse y la advertencia de Sipho el viernes de aquella misma semana, sólo repitió lo que tenía en su mente.

—*Ibhubesi lizozidla izinkomo zakho* —le había dicho él, con los ojos muy abiertos y llenos de temor. El león se comerá su ganado; él mismo lo había visto caminando junto a la alta verja de seguridad cerca del campo del río, donde mantenía el ganado brahmán, y Frances comprendió que Sipho tenía las mismas terribles preocupaciones sobre lo que ocurriría si de nuevo cortaban la cerca.

Olivia trajo a Logan a Thorndale la mañana del sábado para que pasara el fin de semana con Frances, y Megan decidió quedarse en la hacienda en vez de pasar el fin de semana sola en Louisville, porque sus padres estaban fuera durante dos semanas de vacaciones. Quizá fuera el destino que Frances no estuviera sola en la casa aquel fin de semana, pues fue uno que nunca olvidaría mientras viviera.

Fue después de la cena, la noche del sábado, cuando Frances y Megan se sentaron en el suelo alfombrado de la sala para jugar con Logan. *Major* había estado ladrando de modo incesante desde temprano por la noche y para que se callara. Frances por último le permitió entrar en la casa. Se acostó al lado de Frances, pero de cuando en cuando emitía un gruñido que hacía que *Pickles*, la poodle maltes de Megan, alzara la cabeza para mirarlo indignada. Había una extraña intranquilidad en el ambiente aquella noche, que

Frances no pudo apartar de ella y fue casi un alivio escuchar cómo llamaban fuertemente a la puerta.

Megan siguió a Frances y a Logan hasta la cocina, donde *Major* estaba aullando.

—*¡Nkosazana!* —Sipho gritó con voz ronca, con el rostro de color ceniza y temblando de pies a cabeza, cuando Frances abrió la puerta—. *¡Ibhubesi libulele inkomazi yakho!*

Frances sintió que palidecía; sus peores temores se habían realizado y las pesadillas se habían convertido en realidad.

—¿Qué dice? —preguntó Megan, palideciendo también—. ¿Qué es lo que ha dicho, por todos los cielos?

—Un león ha matado a una de mis vacas —le tradujo Frances, pálida por la conmoción y la ira—. Buscaré mi rifle.

—*Ubobiza uyihlo* —le aconsejó Sipho, haciendo que Frances se detuviera antes de salir de la cocina.

—Ya no hay tiempo para llamar a mi padre, Sipho. Espérame en el Land Rover e iré tan pronto como pueda.

—Esto no es algo que tú puedas afrontar sola —le dijo Megan con los ojos azules muy abiertos y llenos de ansiedad, mientras seguían a Frances hasta el estudio, junto con Logan—. ¡No puedes ir a cazar al león sola, Frances!

—¡Puedo y lo haré! —le replicó Frances tomando el rifle y colocando cinco cartuchos en el cargador.

—¡Podría matarte! —gritó Megan con los ojos dilatados por el horror—. ¡Por todos los cielos, piénsalo!

—Lo único que puedo pensar en este momento es que una de mis reses brahmán ha sido muerta —le explicó Frances con tono seco y, apretando con fuerza el poderoso rifle, salió del estudio seguida por Megan y Logan que casi tenía que correr para estar a su paso—. Llama a Byron —le dijo a Megan sin detenerse—. Por si acaso, mantén a *Major* dentro de la casa, no quiero que me siga.

—Voy contigo, Frances —Logan habló por primera vez, en el momento en que Frances abandonaba la casa.

—¡Oh, no, no irás! —pero pudo ver en su rostro la misma terquedad que había en ella.

—Si no me llevas contigo ensillaré un caballo e iré solo hasta el campo del rio —le insistió y Frances se estremeció al pensar en cómo reaccionarían Olivia y su padre si le ocurría algo a Logan.

—Ven conmigo, entonces —aceptó con tono cortante—. Pero te prevengo, tendrás problemas conmigo si te bajas del Land Rover. ¿Está claro?

—Sí.

—Vamos, entonces —le dijo, pero Megan la sujetó del brazo.

—Frances…

—No te preocupes, Megan —mientras tranquilizaba a su prima, ésta pudo ver la decisión en el rostro de Frances—. Sé cómo usar este rifle y lo usaré si tengo que hacerlo.

Caminó con rapidez hasta donde estaba estacionado el Land Rover, seguida de cerca por Logan. Era una noche oscura y, por primera vez, pudo escuchar los mugidos asustados del ganado, mientras el león macho rugía de forma intermitente. Para los visitantes de Izilwane el rugido de un león podría representar la excitante «llamada de la naturaleza», pero para Frances representaba sentir miedo y le pareció que la sangre se le helaba en las venas.

Durante el viaje hasta el campo del río, Sipho le explicó que había ido a investigar por qué el ganado brahmán estaba tan intranquilo, y los mugidos de los animales le habían hecho sospechar que habían cortado la cerca, permitiendo al león pasar. No había visto ningún animal muerto, pero estaba seguro de que esto era lo que había ocurrido.

Frances lo escuchó en silencio, apretando con fuerza el volante y acelerando todo lo que podía. En realidad sólo oyó parte de lo que le decía Sipho; estaba enojada y también asustada, sin poder decidir cuál de las dos emociones era la dominante.

Parecieron pasar horas en vez de minutos, hasta que llegaron a la entrada al campo del río y las reses brahmán le parecieron fantasmas a la luz de los faros, que se reflejaba en los ojos brillantes y asustados. Cesaron de mugir al darse cuenta de que había llegado ayuda y, en el silencio que se produjo, pudieron escuchar el gruñido de la leona llamando a su pareja, que le contestó con un fuerte rugido. Frances sintió cómo se le erizaban los vellos de la nuca y le costó trabajo contener el temblor que le recorría todo el cuerpo.

—Saldré y abriré la puerta, Frances —Logan se ofreció a ayudarla sin temor alguno.

—¡No, no lo harás! —rechazó con violencia su oferta, bajándose

con el rifle—. ¡Te quedarás donde estás, y eso es una orden!

Logan protestó con vehemencia pero hizo lo que le ordenó y permaneció en el vehículo mientras Frances y Sipho se acercaban con cuidado a la puerta y la abrían.

Contaron el ganado y ambos llegaron al mismo resultado preocupante. ¡Faltaba un brahmán!

Volvieron al Land Rover y, con los nervios a punto de estallar, comenzaron a recorrer con lentitud toda la zona que alumbraban las luces delanteras del Land Rover. Frances después no recordaba quién de ellos vio primero al león o si los tres lo vieron al mismo tiempo, pero fue Sipho el que rompió el silencio con voz ansiosa.

—¡Allá, *Nkosazana*! —le dijo señalando hacia la dirección a la cual los tres estaban mirando—. ¡Allí está *ibhubesi*!

Frances frenó y puso la palanca de cambios en neutral, antes de poner también el freno de mano; sin embargo, dejó el motor en marcha para evitar que disminuyera la intensidad de las luces.

—¡Cielos! —susurró Logan excitado—. Un león de veras.

—¡Cállate! —le dijo entre dientes a su hermano, sin apartar la vista de la leona atrapada en el rayo de las luces del vehículo.

La leona había estado tratando, sin éxito, de llevar su presa hacia la abertura en la cerca y posiblemente por este fracaso ahora estaba agachada, en actitud amenazadora, detrás del cuerpo de un brahmán.

Era la leona con la oreja dañada, y los ojos amarillos brillaban con ese fuego fiero que hizo estremecerse de nuevo a Frances, como un animal atrapado que temía por su vida. Sintió que la sangre se le helaba en las venas al escuchar cerca el rugido del león macho.

—*Ingonyama* está llamando a su pareja —susurró Sipho lleno de temor, mientras sujetaba con fuerza una pequeña lanza que Frances no había visto hasta ese instante—. Le dice que tiene hambre.

—Ha matado una ternera preñada —murmuró Frances apretando los labios con fuerza, y en ese instante la ira se sobrepuso al temor mientras tomaba el rifle con una mano y comenzaba a abrir la puerta con la otra—. Maldición, sabía que íbamos a tener problema con ese león.

—¿Adónde vas? —le preguntó Logan, preocupado al verla bajar del Land Rover.

—Voy a disparar al aire para asustarla y confío en que tenga el

sentido común de dejar su presa y volver al parque de donde la está llamando el macho.

No tenía objeto negar que estaba aterrorizada. Una cosa era enfrentarse con un león a través de las barreras de una jaula, pero era algo totalmente diferente cuando se encontraba frente a un animal salvaje y temperamental a una distancia de veinte metros, sin nada entre ambos más que el fresco aire de la noche.

Tenía las manos húmedas mientras se llevaba al hombro el rifle y durante una fracción de segundos en que apartó la mirada, la leona se comportó de acuerdo a su naturaleza impredecible.

—*¡Nkosazana!* —Sipho le gritó un aviso aterrorizado y escuchó más bien que vio al fiel *Induna* saltar del Land Rover.

Los ojos de Frances estaban fijos en el gran felino que saltaba sobre el cuerpo de la ternera. Fue directamente hacia ella, con los músculos marcándose bajo la piel suave, con la boca abierta mostrando los colmillos ensangrentados y los ojos amarillos brillando con fiero odio hacia quien interfería con su presa.

Sintió que la apretaba la fría mano de la muerte, paralizándole el cerebro, pero el subconsciente instinto de sobrevivencia se hizo cargo de ella y alzó el rifle al mismo tiempo que escuchaba a Logan gritarle:

—¡Dispara, Frances!

Todo ocurrió con tanta rapidez que apenas tuvo tiempo para pensar. La culata del rifle la golpeó en el hombro cuando el atronador estampido repercutió por la pradera silenciosa, mientras la leona parecía paralizarse en el aire antes de caer al suelo a menos de cinco metros de Frances. La bala le había entrado en la cabeza, directamente entre los ojos que ahora miraban, sin ver, a la noche.

Sipho emitió un grito de guerra y con la lanza levantada se acercó al cuerpo inmóvil de la leona.

—¡No, Sipho! ¡No! —le gritó Frances antes de que la corta lanza pudiera atravesar el corazón de la bestia—. ¡Está muerta! ¡Déjala en paz!

Sipho retrocedió, bajando la lanza a su pesar, y en ese momento Frances se dio cuenta de que Logan estaba a su lado. Había estado allí cuando disparó el tiro que mató a la leona, ahora lo comprendió, y el solo pensar lo que pudo haberle ocurrido la hizo volverse hacia él, furiosa.

—¡Creo que te dije que no te movieras del Land Rover! —le reclamó y él bajó la vista.

—Eres mi hermana —le explicó—, y no podía dejar que te quedaras sola mientras el león te atacaba.

Frances contempló al niño alto, fuerte y valiente de diez años y desapareció toda la ira. Apoyó el rifle contra el Land Rover y alzó a su hermano en sus brazos.

Aún estaban allí abrazados, cuando entró a toda velocidad por la abertura de la cerca un Land Rover y se detuvo violentamente a unos pocos metros de ellos. Byron saltó del vehículo y se dirigió corriendo hacia el cuerpo inmóvil de la leona que había traído a Izilwane hacía unos pocos días.

—¡Por Dios! —exclamó agachándose para examinar el sitio donde la bala le había entrado al animal—. ¡Qué demonios crees que estás haciendo!

Capítulo 8

—¡Que demonios crees que estás haciendo!

La voz de Byron retumbó una y otra vez en su cerebro y, por primera vez en su vida, Frances se quedó sin poder hablar. Permaneció mirando sorprendida a Byron, mientras aún abrazaba a Logan.

—Pude haberle disparado un dardo a la leona y de esa forma nos la hubiéramos llevado sin que ocasionara más daño, ¡pero no! —las facciones duras de Byron mostraban la ira que sentía, a la luz de los faros de los dos vehículos estacionados. Había algo tan salvaje en la forma como apretaba los labios, que la asustó aún más —. No pudiste esperar, ¿verdad, Frances? Nunca te detuviste a considerar el costo que había en esto, porque en lo único en que podías pensar era en matarla para vengarte. ¡Mató una de tus reses, así que tú la mataste! ¡Bueno, felicitaciones! —le dijo con tono desdeñoso y furioso—. ¡Has demostrado tu habilidad con un rifle, así que haré que curtan la piel y disequen la cabeza para que la conserves como un trofeo!

Frances estaba consciente del intenso dolor que sentía, cuando otro vehículo se dirigió a toda velocidad hacia ellos; comenzó a temblar cuando reconoció el Land Rover de su padre.

Bernard King saltó del vehículo con una agilidad poco usual en un hombre de su edad y vino dando largas zancadas hacia donde estaban ellos, con el ceño fruncido, que aumentó aún más al ver el cuerpo inerte de la leona.

—¿Qué sucedió? —reclamó con voz profunda y llena de ansiedad, y Frances sintió que se desataba la tensión que había contenido, comenzando a temblar y a punto de llorar ante la presencia fuerte y tranquilizadora de su padre.

—¡Un tiro, papá! —exclamó Logan con voz llena de admiración y excitación, dirigiéndose hacia donde estaba su padre—. ¡Sólo un tiro y el león quedó muerto!

—¡Tranquilo, Logan! —Bernard King le puso un brazo en el hombro a su hijo, para detenerlo, y su mirada pasó de Frances a Byron y de nuevo a Frances—. Me gustaría saber qué ocurrió que hizo necesario matar a este animal.

—También yo quisiera una respuesta a eso —Byron le traspasó la responsabilidad a Frances.

La mirada de sus ojos era dura y en el rictus de su boca se veía una ira que no intentó esconder frente a su padre, mientras esperaba que ella hablara.

—Yo… yo salí del Land Rover para disparar al aire —explicó al fin, logrando contener las lágrimas, que estaba decidida a no derramar frente a Byron, pero temblaba tanto que tenía dificultad para hablar—. Quise asustarla para que… para que… Tenía la esperanza de que regresara al parque, pero me atacó tan pronto como me vio. No tuve tiempo para volver al Land Rover y tuve que dispararle. ¡Oh, papá! —no pudo seguir y corrió hasta donde estaba su padre, hundiendo el rostro contra su pecho—. ¡Yo… yo creo que nunca he estado tan asustada en toda mi vida!

—Ya todo terminó —murmuró su padre tranquilizándola y soltándola cuando se dio cuenta de que había logrado controlar los temblores que le recorrían el cuerpo—. Sugiero que regreses a la casa. Olivia está allá y debe estar ansiosa de saber que tú y Logan están a salvo.

Frances hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, pues no tenía deseos de discutir y, llevándose a Logan con ella, le hizo un gesto al *Induna* que ahora la miraba con un nuevo respeto, con ojos que aún parecían platos en el rostro oscuro.

—Ven, Sipho —le dijo—. Te dejaré en tu casa.

—*Yebo, Nkosazana*.

—Haré que retiren el cadáver de la res y que la entierren —se ofreció Byron, pero Frances no le contestó.

Recogió el rifle y subió al Land Rover, sin mirarlo, pero pudo sentir sus ojos clavados en ella hasta que le pareció que la carne le ardía.

Dejó a Sipho con su esposa y familia y regresó a la casa. Logan no podía dejar de hablar de lo que había ocurrido, pero ella no escuchaba una sola palabra de lo que decía. Estaba pensando en cómo había puesto en peligro su propia vida, y la de Logan, y en las acusaciones enojadas que le había hecho Byron.

Estacionó el Land Rover en el garaje y caminaban en la oscuridad hacia la casa cuando se abrió la puerta de la cocina y Olivia y Megan salieron corriendo para encontrarse con ellos,

precedidos por *Major*.

—¡Frances! ¡Logan! ¡Gracias a Dios que los dos están bien! —exclamó Olivia, llorando de alivio. En ese instante una expresión de ansiedad en su rostro la hizo exclamar—. ¿Dónde está tu padre?

—Se quedó con Byron —Frances la tranquilizó.

—No te enojes conmigo —le suplicó Megan con ansiedad, cuando Frances volvió a la cocina después de guardar el rifle—. Estaba tan asustada por ti que tuve que avisarle a tu padre lo que pasaba.

—No estoy enojada contigo —Frances la tranquilizó—. En realidad tengo que agradecértelo, porque mi padre llegó en el momento en que más lo necesitaba.

—¡Debiste ver eso, mamá! —Logan se quedó mirando a Olivia con los ojos grises llenos de admiración—. ¡Frances estuvo maravillosa!

No fue necesario que le insistieran para que contara con todo detalle lo que había ocurrido esa noche en el campo del río, y lo hizo con tanta fuerza que todo lo sucedido pasó otra vez por la mente de Frances, viviendo de nuevo aquel momento aterrorizador en que la leona se lanzó contra ella.

—Espera un momento, Logan —Olivia interrumpió a su hijo para mirar preocupada a Frances—. ¿Te sientes bien, querida?

—Estoy bien, yo… —Frances interrumpió la respuesta con una risa nerviosa y se sujetó, en busca de apoyo, del borde de la mesa de madera—. Estoy un poco nerviosa, eso es todo.

—Si quieres, puedes llorar —le dijo Olivia con toda tranquilidad y algo se rompió dentro de Frances, permitiendo salir las lágrimas que había controlado con tanta firmeza.

—¡Oh, Olivia! —lloró con voz ahogada, dejándose caer en el suelo junto a la silla de Olivia y hundiendo el rostro en el regazo de ésta.

Fue un torrente de lágrimas que la dejó agotada. Tenía los ojos rojos y los párpados hinchados, pero ahora se sintió mucho más tranquila, después de que parte de la tensión había desaparecido.

—Sigo pensando que eres maravillosa —la tranquilizó Logan luego de que se secó los ojos. Riendo nerviosa, ella lo abrazó en el momento en que su padre entró en la cocina.

—¿Todo está bien? —preguntó Bernard King observando la

escena frente a él con mirada preocupada.

—Todo está bien, querido —Olivia le sonrió, tranquilizándolo—. Unas pocas lágrimas pueden hacer maravillas para aliviar la tensión de una mujer.

Megan les sirvió café a todos.

—Me alegra haberte enseñado cómo usar un rifle, Frances —fue todo lo que dijo Bernard King, antes de partir él y Olivia de regreso a Mountain View, donde habían dejado a Janet al cuidado de Evalina.

Logan se acostó, pero Frances y Megan permanecieron hablando con voz baja en la cocina sobre cosas que no tenían relación con lo que había ocurrido esa noche. Más tarde, Megan bostezó y miró el reloj.

—Son las diez y estoy agotada —le dijo suprimiendo otro bostezo y levantándose.

Se dieron las buenas noches, pero Frances aún se sentía demasiado conmovida por lo que había ocurrido para pensar en acostarse, y decidió revisar un montón de documentos que tenía en el estudio, confiando en que esto apartaría de su mente todo lo demás.

Logró distraerse tanto en lo que estaba haciendo que no oyó que un vehículo se aproximaba a la casa y la leve llamada a la puerta del estudio la hizo levantar la vista, sobresaltada, y ver a la somnolienta Megan, con una bata, parada en la puerta.

—Tienes un visitante, Frances —le dijo con un susurro.

—¿Quién es?… —Frances interrumpió la pregunta cuando Megan se apartó para dejar pasar el cuerpo alto y fuerte de Byron, y sintió que la dominaba el resentimiento y la ira mientras se levantaba—. ¿Qué deseas? —le reclamó con frialdad.

—Tengo que hablar contigo —le dijo mientras le daba las gracias con la cabeza a Megan y cerraba la puerta del estudio.

—No tenemos nada de que hablar —le contestó, evitando mirarlo a los ojos.

—Te debo una disculpa, Frances.

—¡No me debes nada, excepto la cortesía de salir de mi casa y dejarme tranquila en el futuro!

Las palabras salieron de sus labios sin poder controlarlas.

—Estoy seguro de que no sientes eso —Byron rompió el silencio

tenso que se produjo y durante el cual se miraron los dos fijamente a los ojos.

—¡Sí lo siento! —insistió, tirando la pluma sobre el escritorio, llena de furia al recordar sus acusaciones y alejándose de él para mirar por la ventana—. También, lo primero que haré por la mañana es ir a la policía para informarles de que la maldita cerca entre nuestras propiedades está siendo cortada continuamente.

—Si yo fuera tú no haría eso —le previno él—. He estado llevando a cabo una investigación por mi cuenta y ya tengo varias pistas importantes. Quizá el culpable se asuste si la policía comienza a investigar y podríamos perder la oportunidad de entregarlo a la justicia.

—¿A quién acusas ahora? —le preguntó con sarcasmo, y al darse vuelta se encontró que estaba a menos de un paso de ella, lo que hizo que el corazón le saltara alocado en el pecho.

—Frances… —comenzó a decirle mientras le sonreía y alargaba las manos para tomarla en sus brazos. Sin embargo, ella retrocedió rápidamente, comprendiendo que estaría perdida si le permitía que le pusiera un dedo encima.

—No me toques —le dijo con tono cortante y los ojos brillantes por el dolor y la furia que él nunca comprendería. Con una sonrisa amarga le dijo, mientras se dirigía hacia el escritorio—: Queda un último asunto que arreglar entre nosotros y me gustaría hacerlo antes de que te vayas.

Él la miró con fijeza, frunció el ceño y desapareció la sonrisa de su mirada al verla sentarse detrás del escritorio y tomar la pluma.

—¿De qué hablas? —preguntó con un tono amenazador en la voz.

—Quiero pagarte el león que maté —le aclaró con un tono de voz frío y de negocios, tomando la chequera y abriéndola—. ¿Cuánto te debo?

De inmediato fue hasta su lado con una extraña palidez alrededor de la boca y los rasgos duros distorsionados por una furia que ella nunca había visto antes en nadie.

—¡Maldición, no quiero tu dinero! —rugió, haciéndola dar un brinco nerviosa y casi le golpeó la mano cuando dejó caer el puño sobre la chequera, con una fuerza que hizo estremecerse al escritorio—. ¡Tú eres la persona más terca que nunca haya

conocido! Esta noche te metiste en algo de lo que no tienes el menor conocimiento, haciendo casi que te mataran, y ahora tienes el maldito descaro de ofrecerme dinero, como si éste… —se detuvo bruscamente y la palidez alrededor de la boca se extendió por todo el rostro, mientras hacía girar su silla y la levantaba, oprimiéndola contra el enorme pecho con brazos que la apretaron como cables de acero—. ¡Dios, podría darte una paliza!

Por segunda vez esa noche, Frances se encontró objeto de un ataque totalmente inesperado; pero en este momento no tuvo tiempo de defenderse o de hacerle comprender que su presencia en el campo del río había sido por su justo interés en el bienestar de su ganado y la equivocada preocupación por su león. No tuvo oportunidad de decir una sola palabra antes de que la boca de Byron descendiera hasta la suya con una fuerza tan brutal que la lastimó, haciéndole lanzar un gemido e inundándole los ojos de lágrimas. Todo su cuerpo estaba tenso, resistiéndose, pero él la mantuvo indefensa, sosteniéndole los brazos con firmeza a los costados, y el castigo pareció continuar durante una eternidad, hasta que, increíblemente, sintió una loca respuesta que se producía dentro de ella. Se reclinó contra él, perdiendo el control de los pensamientos y en ese momento él la soltó, lanzándola de nuevo a la silla, con una fuerza tal que casi la tira.

—En el futuro permaneceré lejos de tu camino —le dijo con tono seco y decidido, mientras se dirigía hacia la puerta y la abría —. Por favor, ten la cortesía de hacer lo mismo conmigo.

Frances se quedó allí sentada, mirando, sin ver, la puerta que él había cerrado y escuchó como se alejaban sus fuertes pisadas. Aún sentía su presencia en el estudio, pero el sonido del Land Rover que se alejaba pareció romper ese vínculo frágil y comenzó a sollozar mientras le corrían las lágrimas por las mejillas.

¿Qué había hecho? Oh, Dios, ¿qué había hecho? En un momento de violencia lo había apartado de su vida y él le había tomado la palabra. Se pasó los dedos por los labios lastimados y aún temblorosos, y de nuevo comenzó a llorar. Nunca había creído que besos de enojo pudieran lastimar el alma al igual que los labios, y nunca quería ser besada así de nuevo.

Al amanecer de la mañana siguiente Frances ensilló a *Pegasus* y se dirigió hacia el campo del río, seguida por *Major*. Por precaución llevó el rifle con ella, pero el viaje la tranquilizó, apartando de su mente los pensamientos que la habían tenido durante horas dando vueltas intranquila en la cama.

El ganado brahmán se había dispersado por toda la hacienda y tendrían que reunirlo y traerlo de nuevo al campo del río, pero tenía que asegurarse de que no quedara nada que le recordara al ganado lo que había ocurrido la noche anterior.

La puerta que daba entrada al campo del río aún estaba abierta y Frances hizo que *Pegasus* trotara despacio, pero *Major* dejó escapar un aullido aterrorizado y se lanzó hacia adelante con la nariz pegada al suelo. Habían retirado los cadáveres de la res y de la leona, tal como lo había prometido Byron, pero Frances revisó toda la zona para asegurarse de si habían reparado la cerca. Así era y en ese instante, cuando sus dedos aflojaron la presión con que había sostenido el rifle, comprendió lo nerviosa que estaba. No deseaba acercarse al sitio donde mató a la leona, pero, sin darse cuenta, había hecho que *Pegasus* tomara esa dirección.

Se estremeció al llegar al lugar, pero no había nada que le recordara lo que había ocurrido más que las marcas frescas de ruedas de camión en la tierra húmeda. Con toda seguridad Byron había mandado un grupo de sus trabajadores temprano por la mañana para llevarse los dos cadáveres.

¡Byron! No quería pensar en él. Había pensado en él toda la noche, pero ahora tenía que apartarlo de su mente, pero no sabía cómo lograrlo.

El ruido de un caballo que se acercaba hizo que alzara la vista y vio a Tony que se dirigía hacia ella en su semental árabe, y tuvo que hacer un esfuerzo para que su rostro no mostrara que en estos momentos no tenía deseos de su compañía.

—Acabo de enterarme de lo que ocurrió anoche —Tony le explicó el motivo de su presencia tan temprano por la mañana, mientras se detenía a su lado.

—Es obvio que las noticias viajaron rápido —murmuró con tono seco.

—Ya sabes cómo son los vaqueros —le comentó sonriendo—. Todo lo hablan entre ellos y te admiran tanto como yo por la

puntería que tuviste. El enfrentarse a un león que ataca y matarlo de un solo tiro, es un verdadero logro para una mujer cuya feminidad hace pensar a los hombres que no sabría por cuál de los extremos del fusil se dispara.

—¿Se supone que eso es un halago? —le preguntó, haciendo un esfuerzo para aparentar diversión, pero fracasando mientras alejaba a *Pegasus* del lugar donde la leona de la oreja dañada había muerto.

—Creo que eres muy valiente, Frances —le contestó Tony con tono serio, manteniendo el caballo a su lado—. Y no creo que haya sido correcto de parte de Rockford tratarte tan mal después.

—Así que también has oído hablar de eso, ¿no es cierto? —le sonrió con leve cinismo.

—Me puedo imaginar que Rockford no debe haberse sentido exactamente encantado de que mataran a uno de sus leones, pero en las circunstancias se podría pensar que hubiera comprendido que no tuviste alternativa.

Frances no quería que le recordara las palabras enojadas que habían intercambiado Byron y ella la noche anterior y cambió de tema.

—¿Sabes que tu prima, Claudia de Leur, está hospedada en Izilwane?

Al escuchar el nombre de su prima, hubo una expresión rara en el rostro bien parecido de Tony, pero desapareció antes de que Frances pudiera analizarla.

—Me habló por teléfono el día que llegó a Izilwane —le dijo sonriendo de modo forzado—. Tenía alguna idea loca de que deberíamos impugnar el testamento de mi tío, pero yo le dije que era perder el tiempo. Después de su muerte, el abogado hizo saber con toda claridad que el testamento era del todo legal y que mi tío había estado en posesión de todas sus facultades cuando lo redactó.

Frances no pudo esconder su sorpresa y miró con fijeza al hombre rubio sentado sobre el semental árabe, que comenzaba a dar señales de intranquilidad, porque lo tenían frenado.

—¿Pensaste impugnar su testamento?

—Sí —reconoció con una leve sonrisa cínica y una dureza en los ojos color avellana que nunca antes había observado—. Estuve estudiando muy seriamente impugnar su testamento cuando descubrí que había dejado instrucciones de que se vendiera la

hacienda y que los ingresos provenientes de la venta se donaran a alguna estúpida obra de caridad. ¿No hubieras hecho lo mismo, si te hubieras encontrado en mi situación?

Frances no pudo contestarle. Se sintió ligeramente enferma al saber que Tony habría rechazado la decisión de su tío y su lucidez mental, pero también se preguntó el motivo por el que George Wilkins deseó vender esta hacienda en vez de dejarla a la familia.

Se separaron en la puerta del campo del río, cuando Frances murmuró una disculpa sobre que Megan y Logan se preocuparían por su ausencia a la hora del desayuno y, llamando a *Major*, se dirigió hacia la casa.

Su mente era un torbellino de pensamientos que iban y venían y ninguno de ellos tenía sentido. Estaba cansada; había luchado toda la noche con un problema y ahora estaba preocupada con otro más. Era demasiado, y se habría vuelto loca si su padre, Olivia y Janet no hubieran llegado a Thorndale en el transcurso de aquella mañana, para pasar el resto del domingo con Megan y con ella.

Logan tuvo que darle una explicación detallada a su hermana de lo ocurrido la noche anterior, y Janet estaba indignadísima por haberse perdido la diversión. ¡Diversión! El enfrentarse a una leona feroz y atacándola, no era exactamente la idea de la diversión que tenía Frances, pero la expresión en el rostro de su hermanita la hizo reír y el ambiente se puso mucho más agradable cuando el resto de la familia rompió a reír también, eliminando la tensión que los había dominado desde la noche anterior.

El rugido del león pareció llegar desde una distancia más lejana esa noche, cuando Frances y Megan se sentaron a beber el café en la sala, después de la cena. Era probable que los dos leones restantes se hubieran asustado por el disparo que había hecho y se hubieran alejado a otro territorio del parque, pero Frances no estaba pensando en los leones esa noche. Estaba observando el retrato de George Wilkins y se preguntaba qué secretos se escondían detrás de aquella sonrisa amable que parecía dedicarle esa noche.

—¿Por qué no les dejó la hacienda a Tony y Claudia? —Frances hizo la pregunta con voz alta y sonrió cuando la expresión del rostro del anciano pareció ensombrecerse—. Está bien, no tiene necesidad de decírmelo, pero más tarde o más temprano encontraré la respuesta.

—Es un cuadro extraordinario —comentó Megan dejando la taza vacía en la bandeja y levantándose para examinar de cerca el retrato—. La expresión de su rostro parece cambiar para adaptarse a todos los estados de ánimo.

—Me alegra saber que tú también lo notaste, porque empezaba a creer que me estaba volviendo loca —exclamó Frances riendo.

—Lo que más me fascina es el marco —murmuró Megan quitando el cuadro de la pared y llevándolo hasta su silla, donde se sentó, pasando los dedos a lo largo de los bordes y del complicado diseño grabado en el marco de metal—. ¡Es una cosa tan completamente fuera de lo normal!

Frances se reclinó en el sillón, cerrando los ojos mientras estiraba las piernas y dejaba escapar un suspiro de cansancio.

—Hm, no puedo evitar preguntarme sobre…

Un seco chasquido la interrumpió, seguido casi de inmediato por el susurro de la voz asombrada de Megan.

—¡Vaya, ven a ver esto!

Lo que vio Frances pareció algo propio de una novela de misterio y no de la vida real. Las cuatro secciones del marco de metal cuadrado se habían replegado para mostrar montones de paquetes cuidadosamente hechos de billetes de diez rands colocados con mucho cuidado en las secciones huecas y se quedó observándolas sin poder hablar, por la sorpresa.

—Mira, te lo mostraré —Megan le demostró su descubrimiento a su incrédula prima.

Colocó las secciones como estaban antes, después, al ejercer una leve presión sobre un área protuberante en la esquina inferior derecha del cuadro, las cuatro secciones se abrieron de nuevo como las puertas de una trampa que se hubiera disparado. Rodeado por todos los paquetes de billetes de banco, George Wilkins parecía sonreír y a su vez Frances sonrió también al reconocer la inteligencia del hombre del cuadro.

—¿De qué te ríes? —le reclamó Megan al alzar la vista y observar a Frances con una mirada curiosa en los ojos azules.

—Me pregunto qué dirán Tony y su prima Claudia de Leur cuando sepan qué fue lo que rechazaron cuando estaban tan decididos a no quedarse con el cuadro de su tío —le explicó Frances, sonriendo aún más.

Megan sonrió a su vez, pero se volvió seria la expresión de su rostro cuando miró el cuadro que descansaba sobre sus rodillas.

—Me pregunto cuánto importa todo esto.

—No creo que quiera contarlo —le contestó Frances con cierto disgusto y con una extraña sensación de que podría manchar el recuerdo del anciano tocando el dinero que él había escondido aquí.

En ese momento recordó cómo Claudia de Leur recorría con sus dedos bien cuidados los bordes tallados del escritorio que había pertenecido a su tío, y Frances se preguntó si quizá Claudia había sospechado que el anciano había escondido una gran cantidad de dinero en algún sitio o entre sus pertenencias. ¡No, era ridículo pensar esto!

—¿Qué piensas hacer con el dinero? —la pregunta práctica de Megan interrumpió sus pensamientos.

—Por el momento creo que dejaré el dinero donde está —decidió—, pero mañana a primera hora le voy a llevar el retrato a Thomas Atherstone y espero que sepa qué hacer con su contenido.

Megan frunció el ceño, pensativa, mientras volvía a cerrar el marco del cuadro y lo colocaba en su lugar en la pared.

—Me pregunto por qué escondió el dinero en el marco de su retrato.

—También me lo pregunto yo —reconoció Frances, pero estaba comenzando a sospechar que George Wilkins había sido un anciano desilusionado y desencantado.

El retrato de George Wilkins se encontraba sobre el escritorio de Thomas Atherstone, ya vacío, y el abogado estaba contando rápidamente cada montón de billetes.

—¡Increíble! —murmuró al fin, reclinándose en la silla giratoria y pasándose una mano por la cabeza, escasa de cabello—. Aquí hay cincuenta mil rands.

Frances abrió mucho los ojos.

—¿Por qué habrá escondido George Wilkins una cantidad tan grande de dinero en el marco de su retrato?

—Nunca tuvo mucha fe en los bancos y siempre estaba guardando el dinero en algún sitio —le explicó Thomas Atherstone sonriendo divertido—. También era un gran inventor de artefactos y

en una ocasión instaló un compartimento secreto en el costado de su escritorio, pero hace años lo eliminó.

Ahora Frances comprendió que Claudia sabía de la existencia de ese costado falso en el escritorio.

Thomas Atherstone contempló pensativo el cuadro.

—¿Me dijiste que le ofreciste este retrato a Tony Phillis y a Claudia de Leur?

—Sí —le confirmó—, y ninguno lo quiso.

—Sabes, Frances, hay algo que George Wilkins me hizo añadir a su testamento que nunca pude comprender por completo y que el viejo excéntrico se negó a explicarme —Thomas Atherstone se levantó del escritorio, abrió la caja de seguridad y sacó un documento legal que hojeó rápidamente—. Ah, sí, aquí está.

—¿Qué dice?

—Tan sólo dice: «Aquel que se interese por mi recuerdo será recompensado» —el abogado sonreía cuando guardó de nuevo el documento en la caja de seguridad y se sentó—. Creo que ahora lo comprendo. Tanto a Tony como a Claudia les diste la oportunidad de recoger esta recompensa, pero la rechazaron porque no les interesaba lo suficiente su tío. Mientras que tú, una desconocida, se interesó por su recuerdo, Frances. Tú guardaste el retrato cuando pudiste haberlo tirado, así que la recompensa es tuya.

Frances miró al abogado con incredulidad.

—¿Está usted diciendo que George Wilkins escondió el dinero en el marco de ese retrato con el propósito de probar la profundidad del afecto de sus sobrinos?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo, y ambos fallaron la prueba.

Pasó un rato antes de que pudiera pensar con lógica y recordar la conversación que había tenido el día anterior con Tony.

—Tony me dijo que los ingresos provenientes de la venta de la hacienda debían ser donados a una obra de caridad.

—Así es —le confirmó el abogado—. Se colocó en un fondo para construir un hogar para ancianos, en Louisville.

Era un gesto noble de parte de un hombre noble, pensó Frances, y, sorprendida, recordó que Tony se había referido al hogar para ancianos como una obra de caridad estúpida.

—Quisiera que usted añadiera este importe al fondo, como un

donativo de Megan y mío.

—¿Estás segura de que eso es lo que deseas?

—Completamente segura —le dijo con vehemencia y al mirar el retrato casi pudo jurar que vio aprobación en los ojos que la miraban.

—Eres muy generosa, Frances —comentó el abogado con tono serio, pero después sonrió cuando ella se levantó para envolver el retrato—. Tengo entendido que tuviste un problema con un león en la granja la otra noche y que tienes una puntería mortal con un rifle.

—Preferiría no hablar de eso, si no le importa —le contestó Frances con tono solemne, mientras amarraba el cuadro con una cuerda y se preparaba para salir—. Fue algo que nunca debió ocurrir.

Al salir a la calle no pudo decidir si era que el cuadro pesaba menos o si era su estado mental el que se había aligerado.

—¡Frances! —la voz era familiar y sintió algo en el corazón, mientras se detenía para mirar hacia atrás. Byron estaba cruzando la calle, y los pantalones grises y la camisa blanca acentuaban la anchura de sus hombros y la esbeltez de la cadera. Se dirigía hacia donde estaba, pero ella decidió ignorarlo y siguió andando hacia el estacionado Land Rover—. ¡Frances, espera!

Había abierto la puerta del Land Rover y colocando el cuadro en el asiento trasero, cuando la tomó del brazo, haciendo que le recorriera una sensación inexplicable todo el cuerpo, poniéndose rígida.

Miró la mano bronceada por el sol. Amaba y odiaba este contacto, pero la expresión de su rostro fue fría y controlada cuando alzó la vista para mirarlo a los ojos.

—Pensé que estábamos de acuerdo en mantenernos alejados el uno del otro.

—Vamos a no ser ridículos sobre esto —descartó su comentario —. Ambos estábamos enojados y molestos la otra noche y dijimos varias cosas lamentables.

Esto era cierto, pero Frances aún estaba dolida por lo que había ocurrido entre ellos y se negó a estar de acuerdo con él.

—Creo que expusimos con toda claridad lo que pensamos el uno del otro.

—Vamos a discutir esto bebiendo una taza de té, ¿te parece? —le sonrió levemente, cerrando la puerta del Land Rover y apretándole aún con más fuerza el brazo, mientras la llevaba hacia el salón de té al otro lado de la calle.

Capítulo 9

—Tranquilízate Frances —le indicó Byron con tono firme cuando se sentaron frente a frente en una mesa en un rincón del salón de té—. Es casi imposible tener una discusión tranquila y racional con alguien que está decidido a no cooperar.

—Esta fue tu idea, no la mía le recordó con frialdad y haciendo un esfuerzo para no demostrar sus sentimientos.

—Estoy preparado a recorrer la mitad del camino, ¿no podrías tú hacer lo mismo por mí? —le reclamó con un brillo de burla en los ojos, que estaban fijos en los de ella.

—Dame un buen motivo para que deba hacerlo —le retrucó alzando con orgullo la cabeza.

—¿Nunca has dicho o hecho algo cuando estás enojada, que lamentes después?

—Muchas veces —reconoció a su pesar, bajando la mirada avergonzada. Desapareció todo su enojo y solo le quedó la amargura de esa sensación familiar de pesar que él había mencionado—. Siento haber tenido que matar a la leona.

—También yo —le contestó él mientras alzaba la taza para beber.

—Quisiera que me dejaras compensarte la pérdida financiera que tuviste —abordó el tema que la molestaba más.

—Tú estuviste a punto de morir, Frances —había un tono de enojo en la voz profunda, que la hizo temblar internamente—. ¿Crees que un cheque habría sido suficiente compensación para tu familia y para las personas que te aprecian.

Nunca había contemplado la situación desde ese punto de vista y, después de pensarlo un momento, negó con la cabeza.

—No, me imagino que no, pero…

—Frances —la interrumpió bruscamente, inclinándose hacia ella —. Puedo comprender y acepto la preocupación que te hizo ir hasta el campo del río la otra noche, pero la realidad es que si no hubieras interferido yo hubiera podido retirar al león de tu propiedad sin que ocasionara más daño. También puedo aceptar que no tuviste otra alternativa más que disparar al animal cuando te atacó, pero fue el pensar lo que te pudo haber ocurrido a ti lo que

me hizo enojar de forma tan irrazonable.

Le pareció que se le detenía el corazón durante un instante y después comenzó a latir a una velocidad que la hizo sentirse mareada. ¿Sería posible que estuviera tratando de decirle que le habría importado si algo grave le hubiera ocurrido? Lo miró sin hablar, tratando desesperadamente de leer algo en sus ojos, pero fracasó y la desilusión hizo que de nuevo el pulso tomara su ritmo normal.

—¡Byron! —la exclamación con voz ronca se oyó por encima del murmullo de las conversaciones de los demás comensales y Frances alzó la vista, logrando apenas esconder el desagrado que sintió al ver que Claudia de Leur se acercaba a su mesa—. ¡Querido! —Claudia le sonrió a Byron, que se levantó con cortesía. Su mano bien cuidada se apoyó de modo posesiva en su brazo y Frances tuvo que reconocer lo seductora que lucía con los pantalones blancos y la blusa amarilla que se ajustaban al cuerpo como una segunda piel—. Qué casualidad que me encontrara contigo esta mañana en el único salón de té que existe en este pueblo olvidado de Dios.

¿Olvidado de Dios? ¿Louisville? Frances sintió que la dominaba el enojo, pero contuvo las palabras irritadas que estaba a punto de decir en defensa de su pueblo natal, en el momento en que Claudia se volvió hacia ella, saludándola con un breve movimiento de cabeza y mirándola con frialdad.

—Buenos días, Claudia —Byron le sonrió a la rubia de forma tan íntima que Frances sintió un intenso dolor, más al ver que acercaba una silla a la mesa—. ¿Quieres sentarte con nosotros?

—Gracias, querido —ronroneó Claudia, mientras el fuerte aroma del perfume que usaba lastimaba el olfato de Frances. Se sentó—. Estoy loca por una taza de té.

Las miradas de Frances y Byron se encontraron brevemente cuando él se sentó, y la diversión que ella vio en sus ojos la hizo ponerse rígida de enojo, mientras él llamaba a la camarera diciéndole que deseaban otra jarra de té en la mesa.

—¿Qué haces en el pueblo tan temprano una mañana de lunes? —le preguntó él a Claudia, mientras esperaban.

—Tuve que traer el automóvil al taller para una reparación de poca importancia, pero no me han dicho cuánto tiempo les tomará —le explicó Claudia colocando de nuevo la mano llena de joyas

sobre el brazo de Byron—. No puedo expresarte lo tranquila que me siento ahora al saber que no me tendré que quedar aquí y que puedo volver contigo a Izilwane. Estoy segura de que no te importará traerme más tarde, para recoger el automóvil. ¿Lo harás, querido?

Claudia de Leur habló con la seguridad de una mujer que tiene un dominio físico sobre el hombre con quien hablaba y Byron pareció confirmarlo cuando, de inmediato, estuvo de acuerdo con la solicitud de Claudia.

—Será un placer para mí, Claudia —le dijo y Frances sintió un intenso dolor al pensar que un hombre como Byron pudiera ser manejado con tanta facilidad por una mujer manipuladora como Claudia de Leur.

—Sabía que lo harías —Claudia rio feliz y, sin pena alguna, le lanzó un beso antes de mirar a Frances—. ¿No es el hombre más dulce y más querido?

—Creo que eso es asunto de opiniones —replicó Frances con tono seco y, con una sonrisa cínica, recogió el bolso y se levantó—. Gracias por el té, Byron.

—¿Se va tan pronto? —le preguntó Claudia fingiendo desilusión —. Confiaba en que me pudiera decir algo que necesito saber sobre mi querido tío fallecido, pero quizá sea mejor que la vaya a ver más tarde a su casa, o en alguna fecha futura, dependiendo de lo que tarden en reparar mi automóvil.

—Será bienvenida —la contestó Frances con tono cortante, preguntándose qué diría Claudia de Leur si supiera a qué había venido ella al pueblo esta mañana.

—¡Frances! —miró con frialdad a Byron, que se disculpaba con Claudia mientras se levantaba, pero no se detuvo y salió del salón de té hasta que él la alcanzó—. Te acompañaré hasta el Land Rover —le dijo tomándola del brazo.

—No, gracias, Byron —rechazó su ofrecimiento con voz fría y, furiosa interiormente, retiró la mano de él de su brazo—. Puedo ir sola a mi automóvil.

—¿Qué demonios te sucede ahora? —le preguntó con voz baja y enojada.

—¡Tan solo déjame tranquila, Byron! —murmuró Frances entre dientes, volviéndose hacia él antes de cruzar la calle—. ¡Fue un

error tomar el té contigo esta mañana y creo que será mejor que nos atengamos a lo que decidimos la otra noche! ¡Aléjate de mi camino y yo me alejaré del tuyo!

Cruzó la calle, casi corriendo para apartarse de él, antes de que pudiera ver el brillo de las lágrimas en sus ojos. Estaba furiosamente celosa, tuvo que reconocerlo, molesta, pero, ¡no pudo evitarlo!

Regresó a Thorndale conduciendo a una velocidad que igualaba su estado de ánimo furioso y se cambió la ropa elegante por un viejo pantalón de mezclilla y una blusa. Había una forma de eliminar la furia que sentía, y era ir a dar un largo paseo a caballo, se dijo mientras se ponía las botas de montar.

Ensilló a *Pegasus* mientras veía cómo Sipho la miraba con los ojos muy abiertos. No se detuvo a pensar lo que pudiera estar pensando Sipho. Saltó al lomo del animal y se alejó a todo galope.

Volvió a la casa una hora más tarde y vio el Toyota azul de Claudia de Leur estacionado bajo la sombra de las jacarandas, y al entrar en la casa llevaba los puños fuertemente cerrados a los costados. Vio a la bien formada rubia sentada en la sala.

—¿Dónde está el retrato de mi tío? —le preguntó Claudia levantándose y señalándole el sitio donde había estado colgado el cuadro en la pared.

—Está en el Land Rover —le contestó Frances sonriendo con ironía mientras se enfrentaba a su adversaria. El ambiente era tenso por el enojo que emanaba tanto de Frances como de Claudia de Leur—. ¿Lo quiere, después de todo?

—No ahora que le ha sacado lo que me pertenecía.

—¿Cómo dijo? —le preguntó Frances con incredulidad, mientras la rubia sonreía satisfecha.

—Las noticias viajan con rapidez en un pueblo pequeño como éste y fui a ver al señor Atherstone para que me confirmara los rumores —le explicó Claudia con frialdad calculadora en su mirada —. Creo que llegué a su oficina unos segundos después de que usted se fue.

—Así que ya sabe del dinero que encontramos en el cuadro.

—Sí, lo sé —Claudia apretó con furia el respaldo de la silla—. ¡No tenía derecho alguno a regalar mi herencia!

—¿Su herencia? —Frances lanzó una carcajada ante la audacia

de esta mujer y lo que acababa de decir—. También pudo ser la herencia de Tony, pero ninguno de ustedes quiso el cuadro.

—Eso no importa —le contestó irritada—. Usted no tenía ningún derecho de llevar ese dinero al abogado antes de consultarme primero a mí… o a Tony —añadió después de pensarlo.

—Thomas Atherstone era el abogado de su tío, señora de Leur, y yo no tenía la menor intención de hacer algo sin consultarlo primero con él.

—También yo podría añadir que usted se ha quedado con todas las cosas que pertenecían a mi tío y compró la hacienda a un precio de ganga —la acusó Claudia injustamente.

—Hice una oferta justa y razonable por esta hacienda, al igual que los demás, y fue mi oferta la que aceptaron —Frances la contradijo con una calma que no sentía en su interior—. Yo no diría que la conseguí a precio de ganga.

—¿No lo diría usted? —Claudia le sonrió con frialdad y mirándola con desprecio—. Oh, también oí hablar de cómo tomó el dinero que había encontrado y lo donó a un hogar para ancianos. Ese fue un gesto noble, pero sé exactamente por qué lo hizo. Conozco a las mujeres de su clase, Frances King. ¡Lo hizo para impresionar a Byron Rockford, porque está enamorada de él!

Durante un instante, Frances se quedó atontada por la facilidad con que Claudia había comprendido lo que sentía por Byron.

—¡No sabe de lo que habla! —protestó, pero se sintió humillada por el sonrojo delator en sus mejillas, que después se convirtió en palidez.

—¿Cree que no? —Claudia sonrió con malicia y con un brillo de triunfo en los fríos ojos grises—. Bueno, tengo algo que decirle, querida. El interés de Byron Rockford es en Thorndale, no en usted. Él desea esta granja y hará lo que sea necesario para conseguirla. Si no puede convencerla para que se la venda ¡entonces quizá tenga que recurrir a casarse con usted para obtenerla!

Frances cerró los puños con fuerza y sintió que la sangre se le helaba. Deseó poder pasar por alto los comentarios de Claudia, pero había una aterradora lógica en todo lo que le había dicho. Byron estaba interesado en comprar Thorndale y tenía su solicitud por escrito para la primera opción para comprarla si llegara a desear venderla. ¿Pero matrimonio? ¿Caería tan bajo para conseguir lo que

deseaba?

—Quizá esta granja haya sido propiedad de su tío, señora de Leur, pero yo la compré por completo —el tono de frío desagrado en la voz de Frances provenía de la frialdad que sentía en el alma—. Ahora Thorndale es mi propiedad y usted ya no es bienvenida aquí.

—Me voy —le sonrió Claudia aún con el odioso brillo de triunfo en la mirada—, pero no diga después que no la previne.

Frances se apartó para dejarla pasar. Luego escuchó cómo se alejaba a toda velocidad el Toyota.

«El interés de Byron Rockford es en Thorndale. Si no puede convencerla para que se la venda, entonces quizá tenga que recurrir a casarse con usted para obtenerla. No diga que no la previne».

Las odiosas palabras de Claudia repercutían en su mente torturada. No quería creerlas, pero tampoco podía ignorar la posibilidad de que hubiera algo de verdad en el aviso de Claudia.

Llena de dolor, aspiró con fuerza y se encerró en el estudio. No más de quince minutos después de la partida de Claudia oyó que se acercaba un vehículo, haciendo que se enderezara, rígida, en la silla. Sintió los pasos de Gladys dirigiéndose hacia la puerta para abrirla y, poco después, escuchó que Byron se acercaba.

Cuando él abrió la puerta del estudio, ella había logrado recuperar la compostura y la expresión de su rostro era fría.

—Es de buenos modales llamar a la puerta cuando uno se la encuentra cerrada.

—Pensé esta mañana que habíamos logrado aclarar todas las incomprensiones que existían entre nosotros, pero apenas lo había pensado cuando, por algún motivo que no puedo comprender, comenzaste a bufar como un gato salvaje —cerró la puerta y se sentó sobre el escritorio—. ¿Qué ocurrió, Frances?

—¡Nada ocurrió!

—¿Dije algo que te molestó?

—No.

—Entonces, ¿qué fue, por todos los cielos, lo que provocó esa pequeña escena en el pueblo esta mañana? —estalló, con voz tan atronadora y sombría que la hizo estremecer.

—Digamos que comprendí de nuevo que somos como dos productos químicos que se rechazan cuando se juntan y que sinceramente creo que es lo mejor para todos si permanecemos lo

más alejados que sea posible en el futuro.

—Me estás mintiendo, Frances —la acusó con tono cortante, y sus manos grandes y fuertes la tomaron por los hombros, apretándola con tanta fuerza que la lastimó, mientras él se levantaba y la obligaba a hacer lo mismo—. Sé que hemos tenido algunos desacuerdos y reconozco que ha habido bastante falta de comprensión, pero lo que hay entre nosotros se complementa, no es destructivo, ¡y te lo demostraré!

—Me estás lastimando, ¡suéltame! —exclamó protestando, pero sintió cómo los muslos musculosos de Byron se unían a los suyos, haciendo que la recorrieran sensaciones indeseables, obligándola a retroceder dos pasos hasta quedar atrapada entre la pared dura y el cuerpo de él igualmente duro.

Frances se preparó para sufrir la fuerza bruta de su boca sobre la suya, pero el contacto acariciador de sus labios fue tremendamente sensual y desapareció el dolor de los brazos cuando él la soltó para acariciarle el cuerpo, haciéndole sentir una necesidad que nunca antes se había imaginado.

La punta de su lengua le recorrió el contorno de los labios, hasta que ella los abrió deseando recibirlo. Lo amaba; su cuerpo, en secreto, había estado deseando esto y el recuerdo de Claudia de Leur se convirtió sólo en una sombra.

El deseo de tocarlo fue demasiado fuerte para resistirlo y le pasó los brazos por la nuca.

Respondió a la pasión de sus besos con un completo abandono, apenas consciente de cómo sus dedos le desabotonaban la blusa y le soltaban el sostén, para dejar libres los senos. Durante un momento, su mente la previno sobre lo que estaba permitiendo, pero fue algo muy breve, que desapareció tan pronto como sus dedos acariciadores hicieron que le recorriera el cuerpo un estremecimiento lleno de placer.

—¡Oh, Byron! —susurró mientras le acariciaba la nuca. Él la oprimió contra su cuerpo, haciéndole conocer el ardiente deseo que sentía, cuando comenzó a besarle el cuello.

Ambos temblaban por el deseo y por la intensidad de las emociones que sentían.

—¿Qué me dices ahora? —murmuró Byron sonriendo, haciéndola sentirse llena de vergüenza.

Se apartó con presteza y se volvió de espaldas a él, mientras se arreglaba el sostén y se abotonaba la blusa. Tenía las mejillas enrojecidas, pero una sensación de frialdad le fue recorriendo todo el cuerpo y se reflejó en su voz cuando le contestó:

—Lo único que has probado es que somos capaces de excitarnos el uno al otro y cualquier cosa que sea puramente física tiene que resultar destructiva.

Escuchó que él lanzaba una exclamación enojada. La tomó con fuerza de los hombros, haciéndola dar vuelta para quedar de cara a él.

—¡Maldita sea, Frances, quiero casarme contigo!

Sintió que palidecía. No había querido creer que el hombre que amaba pudiera rebajarse de esta forma y una furia helada la dominó. ¿Cómo pudo haberlo juzgado tan mal?

—No estoy en el mercado para casarme, y desde luego nunca lo haré con un hombre que considera que es la única forma en que puede obtener mi propiedad —su frío rechazo hizo que se entrecerraran los ojos de Byron y que palideciera, a pesar del color bronceado de las mejillas.

—¿Eso es lo que eres?

¡Defiéndete! deseó gritarle. ¡Dime que no es cierto! Pero en vez de ello se alejó de él y se dirigió hacia la ventana, mirando hacia afuera con una sonrisa de amargo cinismo en la boca, al decirle:

—Después del oportuno aviso de Claudia, ¿qué otra cosa puedo creer?

—¿Cuándo te dio este aviso Claudia? —le preguntó con tranquilidad, pero había un tono sombrío en su voz que la hizo darse vuelta para mirarlo con curiosidad.

—Se fue de aquí unos quince minutos antes de tu llegada.

Trató de leer algo en la expresión de su rostro, pero no lo logró. Algo estaba mal, pudo sentirlo en el ambiente entre ellos, y estaba comenzando a asustarla, pero no sabía qué era. ¿De qué se trataba?

—Eres una mujer inteligente, Frances —le dijo—, pero si prefieres creer a alguien como Claudia de Leur, entonces no tenemos nada más de que hablar.

Mientras lo miraba alejarse sintió que algo explotaba en su mente atormentada. ¡Era la duda! Estaba dudando de la veracidad de la afirmación de Claudia, pero tenía que estar completamente

segura y Byron era el único que podría darle esta seguridad.

Dio un paso hacia él, para detenerlo.

—Byron, creo que…

—Tenías razón, Frances —la interrumpió con brusquedad y Frances se detuvo al ver la expresión de su rostro—. Somos dos elementos destructivos cuando nos reunimos y la única solución del problema es que permanezcamos apartados el uno del otro.

El tono definitivo en su voz fue como una espada que la atravesara y Frances sintió cómo la frialdad iba cubriendo todo su cuerpo. Se quedó mirando, atontada, la puerta que él había cerrado al salir y escuchó sus pasos que se alejaban.

No tuvo idea del tiempo que permaneció allí parada, después de que él se fue, pero cuando recuperó la conciencia se dio cuenta de que estaba temblando violentamente y que le costaba trabajo respirar. Llegó hasta el escritorio y se apoyó en él para no caer. Se le nubló la vista por las lágrimas, pero, con un gran esfuerzo, se contuvo.

Salió y caminó durante largo rato por el huerto. No tenía la menor idea de por qué estaba allí o cómo había llegado, pero caminó entre los frutales; lo único que sabía era que tenía que seguir caminando, que si se detenía se destruiría.

—¿Frances?

Se dio vuelta bruscamente y vio a Olivia que se dirigía hacia ella. La sonrisa tierna y familiar en sus rasgos delicados fue la imagen más alentadora en estos momentos tan difíciles.

—Gladys me dijo que te encontraría aquí y como hace tanto calor pensé que podríamos sentarnos en aquel banco, a la sombra del roble —le dijo Olivia tomándola del brazo y llevándola afuera del huerto.

Frances no habló; no era necesario. Olivia estaba allí a su lado y su calma pareció fluir por el cuerpo de Frances como un bálsamo tranquilizador.

—Tuve la sensación de que me necesitabas —con esto Olivia le explicó el motivo de su presencia en Thorndale, una vez que se sentaron—. ¿Es así, querida?

Frances asintió con la cabeza, sin poder hablar, y los ojos se le llenaron de las lágrimas que había tratado de contener.

—Primero que nada llora todo lo que desees y después podemos

hablar, si quieres —le sugirió Olivia pasándole el brazo por los hombros.

Frances la abrazó y comenzó a llorar amargamente sobre su hombro.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Olivia después de un rato, dándole su pañuelo.

—Un poco.

—¿Quieres contarme quién o qué te ha hecho sentir así?

Durante un largo rato, Frances se quedó mirando hacia la lejanía, sin poder hablar.

—Estoy enamorada de Byron.

No había pensado decir esto, le salió del corazón sin poder evitarlo. Olivia sonrió y le preguntó.

—¿Es algo tan terrible eso?

—¡Él no me ama! Al menos nunca me lo ha dicho y Claudia de Leur… —Frances se detuvo y miró a su madrastra—. ¿Conoces a la sobrina de George Wilkins?

—No, pero ya he oído hablar de ella.

—Claudia adivinó lo que siento por Byron y, justo antes de ordenarle que saliera de la casa, me previno que el único interés de Byron era esta hacienda. Me dijo que haría cualquier cosa para obtenerla y que si no podía convencerme de que se la vendiera quizá recurriera a casarse conmigo.

—¿Crees lo que te dijo?

—En ese momento, sí —confesó Frances con voz llena de dolor —. Pareció muy lógico, cuando recordé la forma en que había reaccionado Byron cuando supo que yo había comprado Thorndale.

—¿Y?

—Creo que fue un terrible error mío dejar que Claudia influyera en mi criterio —gimió Frances, llevándose el pañuelo a los labios temblorosos—. Además, creo que he cometido el mayor error de mi vida.

—¿De qué forma?

—Byron llegó aquí después de que se fue Claudia. Tuvimos una discusión y entonces él… —de nuevo brillaron las lágrimas en los ojos de Frances y aspiró con fuerza para controlarse—. Me dijo que deseaba casarse conmigo.

—Y al recibir su proposición justo después de los venenosos

comentarios de Claudia, tú, naturalmente, lo rechazaste —terminó por ella Olivia.

—Sí, lo rechacé y lo hice con palabras muy duras —le confirmó Frances con una risa amarga y angustiada—. Si él me hubiera dicho que me amaba, quizá… ¡Oh, no sé! —gimió desesperada.

—Los hombres tienden a olvidar lo importante que es para una mujer saber que la aman, y esto complica más las cosas cuando la mujer sospecha que el hombre que ama tiene otro motivo para declarársele —Olivia permaneció pensativa y había una expresión extraña en los ojos grises. Cuando al fin miró a Frances a los ojos, sonrió divertida—. Yo rechacé a tu padre la primera vez que se declaró.

—¿Por qué?

—Pensé que su único propósito al pedirme que me casara con él era porque sentía que tú necesitabas una madre —por primera vez Olivia le contó la verdad.

—Querías ser mi madre, pero también querías saber que mi padre te amaba, ¿no es así?

—Sí —confirmó Olivia y de nuevo sonrió.

—¿Cómo podré saber que es a mí a quien desea Byron y no a Thorndale? —exclamó angustiada—. Si es que alguna vez me vuelve a pedir que me case con él.

—Lo sabrás, querida —Olivia la tranquilizó con una seguridad que Frances estaba muy lejos de experimentar en ese momento—. Los hombres como tu padre y Byron Rockford tienen dificultad para expresar sus sentimientos, pero cuando permiten que una vea dentro de sus corazones es una experiencia que recordarás el resto de tu vida.

¡Una experiencia que recordará el resto de su vida! ¿Llegaría a tener esa experiencia? Su rechazo a Byron, ¿no habría provocado un daño irremediable a su relación?

—Vamos, querida, regresemos a la casa —le sugirió Olivia, levantándose y haciendo que Frances lo hiciera también—. Me he invitado a comer y querrás hacer desaparecer los rastros de las lágrimas de tu rostro antes de que llegue Megan.

—¿Olivia? —Frances se inclinó para besar la mejilla de su madrastra—. Me alegra mucho de que te hayas casado con mi padre, porque ambos te amamos mucho y no sé qué hubiera hecho

sin ti.

—Gracias, Frances —Olivia le sonrió y también en sus ojos hubo un brillo de lágrimas—. Esta es otra experiencia que atesoraré durante el resto de mi vida.

Capítulo 10

Dos días después de que Frances la expulsó de su casa, Claudia de Leur dejó Izilwane para regresar a East London. Fue Megan quien le dio la agradable noticia, pero la ausencia de Claudia no causó diferencia alguna en la situación que se había provocado entre Frances y Byron. Claudia había derramado su veneno y Frances aún sufría sus efectos.

Cumpliendo su palabra, Byron permaneció lejos de ella durante tres dolorosas semanas, y Frances apenas lo vio cuando se cruzaban en la carretera o en el pueblo. En una ocasión pensó ir a Izilwane para hablar con él, pero el orgullo se lo impidió.

La situación empeoró por la constante y en ocasiones indeseada presencia de Tony en Thorndale. Era atento y su compañía agradable, pero no era el hombre con el que deseaba estar.

Llegó el mes de mayo y el futuro de la hacienda se veía cada vez más prometedor, pero Frances sentía que le faltaba algo de alegría al trabajo que estaba realizando.

Megan había ido a Johannesburgo, en una visita de una semana a la compañía editora con la que estaba en tratos para ilustrar uno de sus libros, y Frances la extrañaba. Las noches eran solitarias sin la compañía cálida y alegre de Megan, pero cuando Tony la invitó a un baile en Izilwane dudó de aceptar su invitación. Para ella y en las circunstancias actuales, Izilwane era un lugar prohibido; sin embargo, al ver el desencanto que sufrió Tony, aceptó.

El restaurante de nuevo estaba repleto ese sábado por la noche, pero, a pesar de la excelente calidad de la comida y la música, Frances no pudo relajarse. Se sentía nerviosa con sólo pensar en ver a Byron. Tampoco la calmó el hecho de que Tony estaba bebiendo descontroladamente y comenzaba a molestarla insistiendo en acercarla demasiado cuando bailaban.

—Vamos a tomar aire fresco —le sugirió él, poco después de las diez de la noche, y Frances no puso reparos.

Le costaba trabajo respirar en el restaurante y confió que el aire fresco le haría comprender a Tony que había bebido demasiado.

De repente, Tony se detuvo y se volvió hacia ella; algo en los rasgos bien parecidos y delgados de su rostro la preocupó.

—Frances yo te agrado, ¿no es cierto?

—Sí, por supuesto que me agradas —le contestó, comprendiendo lo que vendría después y pensando en cómo podría evitarlo.

—Entonces, ¿por qué no te casas conmigo? —le preguntó con un tono agresivo que la preocupó aún más, pero a la vez la molestó.

—¡Oh, no comiences de nuevo con eso, Tony!

—No, escúchame —le suplicó tomándola del brazo—. Escúchame un momento.

—Te estoy escuchando.

—Podríamos ser felices juntos, Frances —le acarició los brazos por encima de la manga de la blusa azul, pero el temblor que le recorrió el cuerpo no era de placer—. Te prometo que te haré feliz y que seré un buen esposo.

—Me halaga que quieras casarte conmigo, Tony, pero yo… —se detuvo, comprendiendo que debería escoger con mucho cuidado las palabras, pero sintiendo, al mismo tiempo, que tenía que ser sincera con él—. No te amo.

Frances no estaba segura de qué reacción esperaba, pero la expresión siniestra en su rostro y la forma en que le apretó el brazo, lastimándola, la asustaron.

—¿Es que hay alguien más?

—No, no hay —le mintió tratando de soltarse de sus manos sin aumentar el evidente enojo que sentía.

—¡Sí lo hay! ¡Sé que lo hay! —dijo Tony entre dientes y con una expresión salvaje en el rostro que la hizo estremecer—. Es Rockford, ¿no es cierto? ¡Te has enamorado de él!

—No seas tonto, Tony —protestó, haciendo un esfuerzo para hablar con toda calma.

—¡Olvídalo! —le aconsejó con violencia, mientras la atraía contra él—. ¡Te haré olvidarlo!

El aliento caliente y con olor a bebida le causó náuseas cuando trató de besarla. Hizo todo lo posible para apartarlo, pero Tony no parecía tener la fuerza de un demonio. Su boca descendió sobre la suya, pero ella volvió el rostro rápidamente y los labios, cálidos y húmedos sólo le rozaron la mejilla y el cuello. Sintió repulsión y luchó para liberarse con todas las fuerzas que poseía.

—¡Por todos los cielos, Tony, compórtate y suéltame! —le dijo con tono violento, odiando la cercanía de su cuerpo, pero su regaño

terminó en un grito de dolor cuando él la tomó del cabello, inmovilizándola.

—¡Dime que es a mí a quien deseas, Frances! ¡Dímelo! —repitió furioso ante su silencio.

—¡Basta! —gritó aterrorizada y el dolor le llenó de lágrimas los ojos, mientras luchaba para escapar.

—No hasta que me digas… —aspiró con fuerza y alzó la cabeza, furioso—. ¡Qué demonios!

Frances se sintió aliviada al ver cómo una gran mano apartó a Tony, sujetándolo por la parte de atrás de la chaqueta. A pesar del temor que había sentido toda la noche de encontrarse con Byron, de repente se tranquilizó tanto al verlo que tuvo deseos de llorar.

—¿No puedes aceptar un no como respuesta, Phillips? —le preguntó Byron con una nota sombría en la voz profunda. Soltó a Tony con una violencia tal que casi lo hizo caer.

—¿Cómo se atreve a intervenir en algo que no le importa? —le reclamó furioso Tony mientras se arreglaba la chaqueta—. ¡Esto es entre Frances y yo, así que manténgase alejado, Rockford!

—No pienso quedarme tranquilo sin hacer nada mientras molestan a una mujer en mi propiedad —le contestó Byron con tono cortante y un brillo peligroso en los ojos. Miró fijamente a Frances —. Te sugiero que vayas al restaurante.

—¡Sí, vete, Frances! —repitió Tony con violencia—. ¡Quizá Rockford y yo debamos arreglar este asunto entre los dos, de una vez por todas!

A Frances no le agradó la expresión en los rostros de los dos hombres y se asustó; vaciló un momento, antes de decir:

—Esperaré en el restaurante.

Al entrar en el local no podía contener el temblor que le recorría todo el cuerpo. Sintió náuseas tan fuertes que se dirigió de inmediato al tocador, donde vomitó tan pronto como entró.

Se lavó la boca y se aplicó un poco de maquillaje, pero no pudo esconder la palidez del rostro. Se dirigió hacia la mesa que Tony había reservado para ellos y se sentó, haciendo un esfuerzo para parecer tranquila. En ese momento vio a Byron que cruzaba la pista de baile y se dirigía a donde estaba ella. Por fortuna, nada en su apariencia externa indicaba que hubiera habido alguna lucha entre él y Tony.

—¿En dónde está Tony? —le preguntó nerviosa.

—Se fue —le contestó con brusquedad, y se sentó en la silla que antes ocupaba Tony.

—¿Y cómo se supone que volveré yo a casa?

—Yo te llevaré —le dijo—, pero sólo después de que bailes una pieza conmigo.

—¿Y si me niego?

—Es una larga caminata hasta Thorndale.

—¡Eso es chantaje! —protestó indignada, sintiendo que había escapado de las intenciones poco honorables de un hombre para encontrarse a merced de otro.

—Tómalo o déjalo.

—Lo tomo —le dijo con voz ronca.

—Una decisión sensata —le contestó sonriendo con ironía, mientras la tomaba de la mano y la hacía levantarse.

Bailaron al ritmo suave de la música y para ella fue una sensación agridulce estar tan cerca de él y al mismo tiempo tan lejos del corazón del hombre. De cuando en cuando él miraba el reloj y fruncía el ceño, como si estuviera deseando que terminara el baile para llevarla a su casa. Dolida, se preguntó por qué se había molestado en pedirle que bailara con él si era tan obvio que le molestaba hacerlo.

—No estás disfrutando el baile ¿no es cierto?

—Vámonos —le dijo con tono cortante, tomándola del brazo.

Salieron del restaurante y fueron en silencio hasta donde tenía el Land Rover. Frances se sentó rígida, en el vehículo, mientras él metía la llave en el encendido. En vez de oír el ruido del motor al arrancar, escuchó una exclamación enojada que salía de los labios de Byron, haciéndole dar un brinco, sobresaltada.

—¡Frances! Creo que sé quién ha estado cortando la cerca entre nuestras propiedades y tengo una fuerte sospecha de que podríamos atraparlo esta noche.

—¿Qué? —exclamó con incredulidad y sin estar segura de haberlo entendido bien.

—Quiero esperarlo allí esta noche y me gustaría que vinieras conmigo.

—Iré contigo, pero… —miró con fijeza su rostro, tratando de leer la expresión en el mismo sin lograrlo—. ¿Puedo preguntarte de

quién sospechas?

—De Tony Phillips.

No se habría sentido más aturdida si le hubiera estallado una bomba en el regazo. Se quedó con la boca abierta y pasó un rato antes de que pudiera recuperar el habla.

—¿Tony? ¿Sospechas de Tony? —casi le gritó—. ¡Debes estar loco!

—Ya lo veremos —le dijo con brusquedad mientras encendía el motor y se alejaba hacia la salida.

Frances se mantuvo en silencio todo el camino, mientras atravesaron despacio el parque para llegar a donde el campo del río colindaba con la propiedad de él. Buscaba febrilmente en su mente algo que pudiera dar crédito a la acusación de Byron, pero cuando él estacionó el coche, exactamente frente a la cerca que se encontraba a unos quince metros de distancia, aún no había podido encontrar algo.

Byron apagó el motor y se quedaron sentados durante largo rato, escuchando el sonido de los grillos y los tristes aullidos de un chacal. El león rugió un par de veces en la distancia y después todo permaneció en silencio.

—Byron, no puedes decir en serio que sospechas de Tony.

—Lo digo en serio.

—Pero él es tan… tan…

—¿Dulce e inofensivo? —había diversión cínica en su voz y sintió que se ruborizaba intensamente, alegrándose de que no pudiera verla en la oscuridad.

—Bueno, sí, en cierta forma —reconoció vacilante—. Sin contar su comportamiento de esta noche.

Byron permaneció en silencio durante un momento y ella trató de verle el rostro, pero no pudo por la oscuridad.

—Tony Phillips no es el hombre dulce e inofensivo que tú crees, Frances —le dijo al fin—. Demasiado beber, demasiados gastos y demasiado jugar, lo han dejado con la granja muy hipotecada y sus acreedores reclaman el pago. Al principio los calmó con la promesa de pagarles cuando heredara Thorndale, pero George Wilkins no era tonto. Sabía que su sobrino malgastó toda su herencia y se aseguró de que no le ocurriera lo mismo a Thorndale después de su muerte.

Frances se sintió sorprendida al escuchar esto. No dudaba de que

Byron le estaba diciendo la verdad, pero le costaba trabajo aceptarlo, pues siempre había creído casi lo opuesto de Tony.

—Así que por eso Tony no heredó la hacienda —murmuró, encontrando al fin la respuesta a algo que siempre le había extrañado—. Sin embargo, eso no explica por qué tú sospechas que sea él quién corta la cerca.

—He sospechado de él desde hace tiempo pero, por el momento, no voy a darte la razón —le contestó con voz muy baja y tono enojado—. Sí te diré una cosa; cuando se fue esta noche, Phillips se encontraba en un estado de ánimo peligroso y mis sospechas se fortalecieron por un comentario que dejó escapar. Dijo que antes de que terminara esta noche tendría que lamentar haberme entremetido en algo que no me importaba.

—¡Cielos! ¿Cómo es posible pensar que se conoce a alguien y de repente se da una cuenta de que no lo conoce en lo más mínimo?

—Es posible.

Su respuesta cortante la hizo sentirse incómoda.

—Si tus sospechas son ciertas, ¿cuánto tiempo crees que tengamos que esperar?

—No estoy seguro —le contestó, acomodándose en el asiento—. Ni siquiera estoy seguro de que ocurra algo esta noche, pero tengo que actuar como si fuera a ocurrir.

Frances no le contestó el comentario. Podía comprender sus sentimientos, pero no podía evitar desear que estuviera equivocado sobre Tony. Temía lo que pudiera ver.

Pasaron los minutos hasta convertirse en una hora, mientras estaban allí, sentados en la oscuridad, sin hablar.

—Ya es tarde —le dijo después de un tiempo, ocultando un bostezo con la mano.

—Lo sé, y estoy comenzando a lamentar haberte traído por nada cuando… —se interrumpió bruscamente y casi pudo sentir cómo su cuerpo se ponía rígido a su lado.

—¿Qué sucede?

—¡No te muevas! —murmuró él.

Frances hizo un esfuerzo para escuchar algo.

—Se acerca un caballo.

—Sí —susurró él a su vez—. Después de todo, nuestra larga espera no ha sido en vano.

Frances sintió que comenzaba a temblar interiormente, mientras esperaban que apareciera el jinete. Unos segundos más tarde lo vieron dirigirse hacia la cerca. Desmontó y dejó el caballo sin amarrar. Tenía puesto un sombrero que le ocultaba el rostro y Frances apenas podía respirar mientras lo observaba y esperaba, sin querer creerlo, pero cuando él alzó una mano para frotarse la nuca en un movimiento rápido, demasiado conocido para ella, lo supo.

—¡Dios es… es Tony! —tartamudeó, y en ese momento Byron abrió la puerta, sin hacer ruido—. ¿Qué piensas hacer? —susurró ansiosa.

—Voy a esperar hasta que empiece a cortar la cerca y en ese momento lo voy a atrapar —le dijo Byron al oído—. Ahora, escucha con cuidado. Voy a aproximarme a la cerca lo más posible sin que me vea, pero quiero que enciendas el reflector y lo fijes sobre él tan pronto como me oigas gritar. ¿Comprendiste?

Hizo un ademán afirmativo y después, comprendiendo que no la podía ver en la oscuridad, susurró:

—Sí.

—¡Así me gusta! —le replicó y le dio un apretón en el hombro antes de alejarse.

—¡Byron! —lo sujetó de la manga de la chaqueta mientras se sentía dominada por el temor—. ¡Ten cuidado!

Durante un instante, él le apretó con fuerza la mano y después se alejó, desapareciendo en la oscuridad.

Frances permaneció con los ojos fijos en la sombra que estaba arrodillada junto a la cerca. Oyó el ruido apagado del cortador de alambre.

—¡Esta vez no te escaparás, Phillips!

El grito enojado de Byron era la señal que había estado esperando y, con dedos temblorosos, encendió el reflector, dirigiendo la luz hacia Tony. Él alzó un brazo para protegerse los ojos, agachándose al mismo tiempo para recoger algo y Frances, horrorizada, vio que tenía un rifle en las manos.

Lo que sucedió ocurrió con tan increíble rapidez que apenas pudo creerlo después. Durante una fracción de segundos pensó:

«¡Dios, va a matar a Byron!» y después escuchó una explosión que la lanzó contra el respaldo del asiento, dejando el parabrisas completamente astillado. De inmediato hubo un segundo disparo

que destrozó el reflector, quedando todo en la oscuridad.

—¡Maldito seas, condenado idiota! —escuchó el grito de Byron y miró con fijeza, tratando de distinguir algo en la oscuridad. Fue en ese momento que sintió el dolor en el hombro izquierdo.

Se llevó la mano al hombro y el líquido cálido que mojaba la blusa le hizo dar un brinco sobresaltada. Era sangre, su sangre. Con los ojos muy abiertos por la incredulidad y el temor supo ¡que la habían herido! Escuchó a Tony alejarse a todo galope y después pasos que venían corriendo hacia el vehículo. La puerta de su lado se abrió con violencia y se encendió la luz del interior.

—¡Dios mío! —exclamó Byron con el rostro de color ceniza, y Frances al seguir la dirección de su mirada vio la mancha rojo oscuro que se extendía por la seda blanca de su blusa—. ¡Dios mío! —repitió él, quitándose la chaqueta de piel y cubriéndola con ella —. ¡Phillips pagará por esto!

De momento, Frances estaba tan conmocionada que no pudo hablar mientras observaba cómo él se quitaba la camisa blanca y rasgaba largas tiras de la misma. El dolor del hombro aumentaba y tuvo que apretar los dientes para no gritar.

—¿Frances? —Byron le tomó el rostro pálido con las manos y ella pudo ver la ansiedad en sus ojos—. Voy a tratar de contener la hemorragia; no te desmayes aún.

—No soy del tipo de mujer que se desmaya —le contestó, tratando de sonreír a pesar del dolor casi intolerable—. Haz lo que tengas que hacer.

—Trataré de no lastimarte —le dijo mientras le desabotonaba la blusa y dejaba a la vista el hombro y el nacimiento de los senos.

Este no era el momento de sentirse avergonzada, pero se le encendieron las mejillas.

—¿Has tenido mucha experiencia con este tipo de cosas?

—He tenido varias heridas en mi vida.

—Me refería a tu habilidad para desvestir a las mujeres —le explicó, mordiéndose el labio interior.

—También he tenido bastante práctica en este campo —le dijo él sonriendo.

—Me imagino que era de esperar —murmuró, tratando de soportar el intenso dolor en el hombro, así como la sensación de celos. En ese momento lo sintió aspirar con fuerza mientras sus

dedos le oprimían suavemente el omóplato—. ¿Hay algún problema?

—La bala está alojada en el hombro —le explicó Byron con voz entrecortada—. Tengo que llevarte al hospital lo más pronto posible.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro —le respondió colocando la mano de ella sobre la tela que había puesto en la herida, mientras usaba las tiras de su camisa como vendaje.

—¡Oh, cielos! —gimió ella—. Esto va a asustar tremendamente a papá y a Olivia.

—No se puede evitar —le contestó con brusquedad, mientras amarraba el vendaje improvisado.

—¡Byron! —exclamó temerosa y sintiendo que estaba a punto de desmayarse—. Yo, yo no voy a morir, ¿no es cierto?

—¡No si yo puedo evitarlo! —la tranquilizó con voz extrañamente emocionada.

—Me alegra, porque yo… —se interrumpió bruscamente, porque sus dientes entrechocaban y le costaba trabajo hablar. No quería morir antes de tener tiempo de disculparse y decirle lo mucho que lo amaba, pero no pudo decirle nada de esto, pues al mirarlo vio que se distorsionaban los rasgos de su rostro—. Te ves tan cómico y tan lejos.

Echó hacia atrás la cabeza, apoyándola en el respaldo del asiento, pues le pesaba demasiado para sostenerla y fue como si alguien hubiera apagado la luz.

Frances recuperó el sentido en una camilla que llevaban por un pasillo del hospital y la doctora Jessica Neal y su tío, el doctor Peter O'Brien, hablaban uno a cada lado de ella.

—Hola, ¿qué sucede? —preguntó, consciente del dolor pero encontrando que ya no era insoportable.

—Vas al quirófano —le explicó su tío—. Jessica te va a operar y yo la ayudaré.

—Y te pondrás bien —añadió Jessica Neal sonriéndole.

—¿Papá y Olivia? —les preguntó.

—Están aquí —por primera vez, sonrió su tío—. Y también tu

tía.

Qué bueno, pensó Frances. Tía Viv se encuentra en su mejor momento en las crisis y papá y Olivia la necesitarán en esta crisis en particular.

—¿Y Byron? —susurró su pregunta ansiosamente.

—Aparentemente, ni caballos salvajes podrían alejarlo del hospital —contestó Jessica Neal con una mirada burlona, mientras hacían entrar la camilla en el quirófano. Frances suspiró, cansado, sabiendo que estaba en buenas manos y se sumergió en ese mundo oscuro donde nada importaba.

Frances estaba despertando de su segundo desmayo y le pareció escuchar la voz de Byron. Con toda seguridad que estaba soñando que él se encontraba sentado junto a su cama; sin embargo, la mano que sostenía la suya era muy real, pero lo que le decía tenía que formar parte de un sueño.

—Te amo y tienes que creerme.

Apretó la mano con fuerza y abrió los ojos lentamente, viéndolo sentado junto a la cama, con expresión cansada en el rostro.

—¿Qué… qué dijiste?

—Te pregunté cómo te sentías —le dijo, y ella frunció el ceño.

¿Era posible que hubiera oído mal o sólo había sido parte de su sueño? ¿Estaba tan desesperada de escucharle decir que la amaba que lo había soñado?

—Estoy bien; yo… —trató de incorporarse, pero el dolor en el hombro le recordó por qué estaba en el hospital. Hizo una mueca y se dejó caer sobre las almohadas.

—Descansa sin moverte —le ordenó Byron.

—Aparentemente no puedo hacer otra cosa por ahora —suspiró cansada, cerrando los ojos un momento—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—¿De la mañana? —lo miró sorprendida—. ¿Has estado aquí toda la noche?

—Sí.

—¡Oh, Byron! —susurró, apretándole la mano con fuerza. Lo miró a los ojos, tratando de encontrar el motivo de esta preocupación tan desacostumbrada en él, pero no pudo descifrar nada allí—. ¿Dónde están los demás?

—Te vieron cuando saliste del quirófano y hablaron contigo —al

ver la expresión de incredulidad en su rostro, frunció el ceño—. ¿No lo recuerdas?

—No —suspiró frunciendo el ceño, tratando de recordar, confiando no haber dicho nada demasiado revelador.

—De todas formas, les dije que se fueran a casa y les prometí que los llamaría tan pronto como despertaras. Eso haré ahora.

—Byron… —le apretó con fuerza la mano, evitando que se levantara—. ¿Qué le ocurrirá a Tony?

Byron apretó los labios.

—Ese asunto ahora está en manos de la policía.

—Él no quería dispararme —murmuró, defendiéndolo y sintiendo cierta piedad—. Estoy segura de que ni siquiera sabía que estaba allí. No irán a arrestarlo por eso, ¿no es cierto?

—Espero que lo hagan —le respondió Byron con un gruñido enojado—. Además, también es delito cortar las cercas entre las propiedades de las personas, en particular si esa cerca rodea un parque de animales salvajes, y gústenos o no Tony Phillips no va a salir bien de estas dos acusaciones.

Se imaginó que era cierto; Tony tendría que ir a los tribunales y no había nada que pudieran hacer, ahora que había intervenido la policía.

—Byron —Frances no le soltaba la mano y se le llenaron los ojos de lágrimas que no pudo contener—. Gracias por todo.

Las lágrimas no le dejaron ver la expresión de su rostro, pero él le tomó la mano y sintió cómo la barba se la arañaba cuando la besó.

—Ahora descansa, y ponte bien —le recomendó con voz conmovida, mientras le colocaba la mano sobre las sábanas y se alejaba de la cama—. Voy a decirle a la enfermera que estás despierta y después llamaré a tus padres a Mountain View.

No lo vio salir, había cerrado los ojos para contener el flujo de las lágrimas, pero escuchó sus fuertes pisadas al salir de la habitación y desaparecer después por el pasillo. El corazón le pareció un pedazo de plomo en el pecho.

Capítulo 11

Frances fue dada de alta en el hospital unos días después, pero apenas había estado sin visitantes y su habitación siempre estuvo llena, cada día, con flores frescas del jardín de Olivia y del de su tía. Byron le había traído una cesta de frutas, y ella sonrió al recordar lo desmañado que se había visto en aquella ocasión. La había visitado todas las noches, pero nunca permaneció mucho rato y no se habían quedado solos para aclarar el terrible malentendido entre ellos.

Nadie le hizo preguntas sobre lo ocurrido aquella noche en que la habían herido accidentalmente. Comprendió que Byron les había contado todo y les agradeció que no le hicieran recordar aquellos momentos. En cuanto a Byron, aunque la había visitado todas las noches, no le mostró más que cortés interés y Frances comprendió que esto era lo más que sentiría por ella. ¡Cortés interés! Oh, Dios, ¿cómo podría soportarlo?

Cuando salió del hospital, no le permitieron a Frances regresar a Thorndale. Olivia insistió en que pasara unos días en Montain View, para recuperarse, y el resto de la familia estuvo de acuerdo. La doctora Jessica Neal también apoyó la decisión de Olivia.

—Necesitarás algunos días para recuperar las fuerzas —le previno a Frances la mañana en que salió del hospital—, y no intentes hacer nada agotador al principio. Esa herida necesitará tiempo para cicatrizar apropiadamente y pasarán varios días antes de que puedas usar como antes el brazo.

Ahora, mientras bebía el té con Olivia y la tía Vivien en el portal asoleado de Mountain View, Frances comprendió que la doctora Jessica Neal había estado en lo cierto. Ya llevaba fuera del hospital casi una semana, se sentía sana y fuerte en todos los demás aspectos, pero aún persistía la rigidez del brazo izquierdo, haciéndole difícil realizar sin molestias las tareas más sencillas.

—Sé que es molesto, querida, pero no te apresures —le aconsejó la tía Vivien al verla cómo movía los dedos y cerraba el puño—. Llevas varios años trabajando muy duro y sin un buen descanso; así que relájate y piensa en esto como si se tratara de unas vacaciones, aunque sean forzadas.

—Estoy de acuerdo con tu tía, querida —apoyó Olivia

sonriendo, y en el momento en que iba añadir algo la interrumpió el ruido de un automóvil que se acercaba—. Parece que tenemos un visitante.

—Es Tony Phillips —le dijo Frances que había reconocido el BMW rojo.

—¡Ese joven es muy descarado, al venir aquí después de lo que hizo! —explotó Vivien O'Brien mientras se levantaba furiosa.

—¿Quieres que le diga que se vaya, Frances? —le preguntó Olivia, preocupada al ver cómo había palidecido Frances.

—No —le contestó con voz tranquila—. Deja que pase.

Había varias cosas que deseaba saber y Tony era el único que le podía dar las respuestas que necesitaba. Lo vio bajar del automóvil y vacilar durante un instante; después se dirigió hacia la casa y llegó al portal donde la tía Viv y Olivia lo miraron en silencio, pero enojadas.

—Buenos días —Tony las saludó sin su habitual atrevimiento y la forma fría en que le contestaron lo hizo moverse intranquilo. Después miró a Frances—. No te quitaré mucho tiempo, Frances, pero esta mañana me liberaron bajo fianza y tengo que hablar contigo.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y, mirando a Olivia y su tía, les dijo:

—¿Quieren dejarnos solos unos momentos, por favor?

Los ojos castaños de la tía Viv lanzaron destellos de enojo y preocupación al mirar a Tony.

—Bueno, yo…

—Estaremos en la sala, si nos necesitas —Olivia interrumpió a su cuñada y tomándola del brazo entraron en la casa, dejando a Frances y Tony solos en el portal.

Frances le indicó con la mano una silla y él se sentó, quedando un rato mirándose las manos antes de hablar.

—Siento lo que ocurrió, Frances —le dijo con una sincera expresión de pesar—. Te juro que nunca supe que estabas en el Land Rover cuando le disparé al reflector.

—Me di cuenta de ello —el recuerdo de esa noche era como una pesadilla y lo apartó de su mente—. ¿Por qué lo hiciste, Tony? ¿Qué esperabas ganar al cortar la cerca entre Thorndale e Izilwane?

—Estaba desesperado, Frances, esa es la verdad —le contestó

con sorprendente sinceridad, a pesar del intenso sonrojo en sus mejillas—. Eras mi única esperanza, al no heredar Thorndale, y el casarme contigo me hubiera ayudado a resolver mis problemas financieros. Me di cuenta de que tu relación con Rockford al principio fue bastante tirante y, por mi propio bien, decidí mantenerla así. Te observaba con cuidado y cuando tú y Rockford parecieron mostrar indicios de estar arreglando sus diferencias, corté la cerca con la esperanza de aumentar los roces entre ustedes.

Frances no tenía idea de lo que esperaba oír de él en realidad, pero su confesión la dejó sin palabra durante varios segundos, hasta que, enojada, le dijo:

—Por todos los cielos, Tony, ¿cómo pudiste ser tan, tan…?

—Lo sé —la interrumpió cuando aún ella buscaba la palabra correcta para expresar sus sentimientos—. Sé lo que piensas de mí y no te culpo por ello. También reconozco que la otra noche me volví un poco loco, pero estaba furioso de celos. Verás, Frances, lo más increíble de todo esto es que de veras me enamoré de ti y perdí la cabeza la otra noche, cuando comprendí que no tenía la menor posibilidad frente a Byron Rockford.

Esto fue una sorpresa aún mayor para ella, y se quedó mirándolo sin saber qué hacer.

—No sé qué decirte.

—No es necesario que digas nada —la tranquilizó, sonriendo—. Aceptaré el castigo que me impongan, pero eso no resuelve mis problemas, así que tendré que vender The Grove para pagar mis deudas, ya muy vencidas. Ese es otro de los motivos por los que vine a verte —bajó la vista y se movió incómodo cu la silla—. No creo que Rockford me trataría muy bien si fuera a verlo ahora, pero sí quisiera que le dieras un mensaje de mi parte. Dile que estoy vendiendo The Grove y que, si está interesado, quisiera darle la primera opción para comprar la granja.

Frances sintió que una loca esperanza le saltaba en el corazón, pero su rostro permaneció impasible.

—Se lo diré.

—Bueno, eso es todo —le dijo, levantándose—. No creo que nos volvamos a ver, así que ésta es la despedida y sólo puedo confiar en que, con el tiempo, me perdones.

Él alargó la mano y Frances la tomó en la suya.

—Adiós, Tony.

Después de que se fue, no pudo evitar sentir pena por Tony, aunque tuvo que reconocer que él solo había provocado la posición en que ahora se encontraba.

Byron llegó a Mountain View esa tarde, a tiempo para beber el té con Frances y Olivia, pero Frances no mencionó la visita de Tony hasta que se quedó un momento a solas con Byron.

—Tony está libre bajo fianza y vino a verme esta mañana —le dijo sin preámbulos, cuando Olivia entró en la casa un momento, y se endureció la expresión en el rostro de Byron.

—¿Qué quería?

—Vino a disculparse y despedirse —le explicó—. También me pidió que te dijera que va a vender The Grove y que le gustaría que tú tuvieras la primera opción de compra —la expresión en el rostro duro de Byron no se modificó lo más mínimo, y a Frances le resultaba difícil darse cuenta de cuáles eran sus sentimientos sobre este asunto—. ¿Estás interesado?

—Pudiera ser —le contestó con brusquedad, e inclinándose recogió una caja plana que había dejado en el suelo—. Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —le preguntó asombrada, cuando la caja, muy bien vuelta, quedó sobre su regazo—. ¿Qué es?

—¿Por qué no la abres y lo ves por ti misma?

Con dedos temblorosos lo hizo y encontró una blusa de seda blanca muy similar a la que se había arruinado la noche en que la hirieron.

—¡Oh, Byron, no debiste hacerlo! —protestó y su voz era una mezcla de placer y consternación, mientras tocaba la cara seda.

—Te la debo —le dijo con tono cortante—. Si hubiera tenido el menor sentido común, no te habría llevado conmigo aquella noche odiosa y no estarías aquí, recuperándote de una herida de bala que pudo matarte. Me culpo por completo de esto.

—Oh, Byron, quisiera que no dijeras eso —protestó—. Nadie, y mucho menos tú, pudo prever lo que iba a ocurrir esa noche.

—Vi su estado de ánimo cuando se fue aquella noche y debí haber previsto sus acciones.

—Oh, bueno, qué maravilloso sería si siempre pudiéramos adivinar las acciones de los demás —se burló de él—. Pero qué

aburrido sería el mundo sin todas estas sorpresas inesperadas que con frecuencia hacen que valga la pena vivir.

Byron la miró con fijeza, pero al fin le sonrió.

—Creo que, de cierta forma, tienes razón.

Durante un largo rato se miraron a los ojos y, turbada, sintió cómo se sonrojaba cuando logró apartar la vista.

—Gracias, Byron —murmuró, y al ver que no la había comprendido añadió—: Quiero decir, por la blusa.

—¿No me merezco un beso junto con las gracias? —le preguntó con tono de burla.

—Si lo deseas, sí —le contestó haciendo un esfuerzo para mantener la compostura mientras lo besaba en la mejilla. Sin embargo, en el último momento, él volvió la cabeza y se encontraron sus labios mientras, sujetándola por la nuca, evitó que se apartara.

Su boca oprimió la de ella, haciéndola abrir los labios con una cálida y tierna sensualidad, y sintió el fuego que le recorría las venas cuando al fin él la soltó. Era la primera vez que la había besado, desde aquella mañana en que había salido de su estudio después de decirle que deseaba casarse con ella, y se preguntó si él también lo estaría recordando.

—¿Cómo supiste que esta blusa era del tamaño correcto?

—Le dije a Megan lo que deseaba y le pedí que la comprara por mí —miró el reloj y se levantó—. Me temo que tengo que irme.

Frances dejó a un lado el regalo y se levantó también.

—¿Te veré de nuevo mañana?

¡Cielos! Cómo se odiaba por ser tan obvia, pero la expresión sombría de su rostro la hizo sentir mil veces peor.

—Si no estoy demasiado ocupado.

—Por supuesto —le contestó, y señalándole la caja añadió—: Muchas gracias de nuevo.

—Por nada.

Frances se sintió muy triste después de la partida de Byron, y se sintió aún peor al día siguiente en que no se presentó. Le habló por teléfono dos días después, pero ella no estaba en casa. Había estado recorriendo el rancho con su padre en el Jeep, y fue sólo después de volver a la casa que Olivia le pasó el recado de Byron.

—Byron dijo que vendría a buscarte esta tarde a las cuatro y

media y me dijo que no te esperara a cenar —había una leve malicia en la mirada de Olivia—. En realidad, no me pareció que se trataba de una invitación, más bien me pareció una orden y en su voz había un tono muy decidido.

—¡Hmf! —gruñó Bernard King cuando se sentaron a comer—. Un hombre nunca obtendrá nada de una mujer con invitaciones corteses.

—¿Y quién dice que él quiere algo de mí? —exclamó Frances indignada y su padre la miró, fingiendo sorpresa.

—¿Y quién dice que no?

—¿Qué clase de respuesta es esa? —le dijo suspirando irritada.

—¿Qué clase de respuesta esperabas? —le replicó su padre con un destello de burla en los ojos—. Procura estar lista cuando llegue a buscarte esta tarde, y a partir de ahí toca de oído.

¿Toca de oído? Si tocaba de oído se comportaría como una verdadera idiota, demostrándole a Byron lo mucho que le interesaba, y esto era lo último que deseaba hacer.

Frances decidió ponerse una falda gris con la blusa blanca que Byron le había regalado. Este llegó a Mountain View exactamente a las cuatro treinta y sonrió al ver que se había puesto su regalo. Subieron al Land Rover y, cuando salían, ella le preguntó con curiosidad:

—¿Adónde vamos?

—Pronto lo sabrás —fue la única respuesta que recibió.

Sólo podían ir a Izilwane, se dijo poco después al ver que tomaba la carretera en aquella dirección, pero se preguntó por qué tanto misterio. Cuando pasaron frente a Thorndale decidió que ya era tiempo de que regresara a su casa.

El sol estaba comenzando a ponerse, cuando Byron recorría el parque mientras los monos saltaban de una rama a otra.

El agua en la gran represa brillaba bajo el sol del atardecer y Byron estacionó el Land Rover a la entrada del muelle, donde estaba amarrada la lancha. Frances recordó la ocasión anterior en que la había llevado en la lancha.

—¿Tengo que cargarte de nuevo o vienes pacíficamente en esta ocasión?

—Iré pacíficamente —le prometió, bajándose del Land Rover. Byron la ayudó a subir a la lancha, esperó a que se sentara antes de

ponerla en marcha y poco después se dirigían hacia el centro de la represa.

—Este es el mejor momento del día para pasear en la lancha. Como ya sabes, las puestas de sol en esta zona son hermosas y se puede observar a los animales que vienen a la represa a beber.

Por algún motivo inexplicable, Frances se sentía tensa e intranquila mientras observaba cómo el sol descendía como una bola de fuego.

A una distancia razonable de la orilla, Byron apagó el motor y Frances se levantó, reclinándose contra la baranda.

—Mira, allí hay un rebaño de cebras —le dijo ella, señalándolo cuando Byron vino a su lado. Permanecieron en silencio, observando los animales mientras el sol descendía cada vez más. Sin poder soportar más la tensión existente entre ellos, se volvió hacia él—. ¿Por qué me trajiste aquí?

—Pensé que podríamos observar juntos la puesta del sol y pensé que es el lugar ideal para lo que tengo que decirte.

Algo parecido al temor le apretó el corazón y sintió un extraño frío.

—¿Qué es lo que tienes que decirme?

—A través de Thomas Atherstone le hice una oferta a Phillips por The Grove y la aceptó.

Frances no tenía idea de qué era lo que esperaba que le dijera, pero esto no era lo que esperaba y no disminuyó la tensión en su interior.

—Felicidades, ahora ya puedes ampliar Izilwane como lo deseas.

—Eso no es lo único que tengo en mente —Byron sonrió—. Utilizaré una parte de la tierra para ampliar el parque, pero en el resto me gustaría probar a criar ganado y aquí es donde entras tú.

—No puedo ver en qué me afecta tu decisión —le dijo mirándolo asombrada y se hizo más amplia la sonrisa de él.

—Sólo puedo tener éxito en esto si estás de acuerdo en ayudarme con tus conocimientos de experta.

—Pensé que esto no era trabajo para una mujer —le comentó, sin poder resistir la oportunidad de hacerle llegar este golpe. Él se sonrió con burla y se volvió un poco, para quedar de frente a ella.

—Me has demostrado que, en tu caso, estaba equivocado, pero aún sigo insistiendo en que éste no es un trabajo en el que pueden

tener éxito la mayoría de las mujeres.

Frances lo contempló en silencio, sin estar segura de si debería sentirse contenta o enojada.

—Gracias por eso.

Le tomó la mano, haciéndola estremecer, y se la llevó a los labios, de la misma forma en que lo había hecho en el hospital.

—Quizá ahora me creerás que si te pido que te cases conmigo no es para obtener Thorndale —se quedó sin poder hablar mientras lo miraba, casi demasiado temerosa de creer lo que vio en sus ojos. Esto era lo que le había querido decir Olivia cuando le dijo que sería una experiencia que recordaría el resto de su vida cuando Byron le permitiera ver en el interior de su corazón—. Frances, te amo mucho más de lo que puedo decirte —añadió, apretándole con fuerza los dedos, casi lastimándola—. Tienes que creerme o te juro que me encontrarás en la puerta de tu casa día y noche hasta que lo hagas.

—Te escuché decir que me amabas cuando recobré el conocimiento, después de la operación —le dijo con tono acusador y con los ojos brillantes, como si tuviera fiebre, al darse cuenta de la verdad—. Te escuché decirlo, ¿no es cierto?

—Sí —murmuró sonriendo.

—Pero, ¿por qué no lo repetiste cuando te pregunté?

—Temí que no lo creyeras.

Tenía sentido esto, dolorosamente lo tenía, y se oprimió contra él reclinando la cabeza contra su hombro cuando sintió que le ardían los ojos.

—¡Oh, Byron! —suspiró dejando salir al fin el dolor con las lágrimas que le corrieron por las mejillas—. Te debo una disculpa.

—No —le dijo él alzándole el rostro para besárselo, enjugando las lágrimas y tomándola con ternura en sus brazos—. El momento que escogí fue equivocado y tus comentarios fueron bastante justificados por las circunstancias.

—¿Por qué dijo Claudia lo que dijo?

—Estaba dedicándome todos sus encantos aquella mañana, después de que te fuiste del salón de té, pero la puse en su lugar al decirle que había alguien más. No le costó mucho trabajo adivinar que eras tú y no perdió la oportunidad de derramar su veneno.

—Pensé que te gustaba.

—¡No seas ridícula! —lo negó, lanzando una gran carcajada antes de bajar la cabeza y frotar los labios contra los suyos—. Me divertí al verlas a las dos juntas. Era como poner un diamante verdadero junto a una imitación. Sin importar lo que Claudia hiciera, nunca podría opacarte.

—Me alegro de que se haya ido.

—También yo —Byron estuvo de acuerdo y después la apartó ligeramente—. Frances, ¿cuánto tiempo más vas a tenerme esperando tu respuesta?

¿No lo sabía? ¿No lo había adivinado? ¿Era posible que estuviera tan ciego como ella? Le acarició el rostro con la punta de los dedos y no tardó en decirle lo que sabía que estaba esperando escuchar.

—Te amo con desesperación y sí, me casaré contigo.

—Querida, ¡mi querida joven!

—Abrázame fuerte, Byron —le suplicó. Su ternura era insoportablemente dulce, pero necesitaba más que eso—. Abrázame fuerte y dime de nuevo que me amas.

—No quiero lastimarte el hombro —le dijo explicándole el motivo por el que se había contenido.

—¡Olvídate del hombro! ¡Abrázame y dime otra vez que me amas!

—Te amo —gimió, y esta vez la oprimió contra él con tanta fuerza que casi la dejó sin aliento y su boca buscó la suya, besándola con una pasión tan fiera que quedó inmóvil y temblorosa en sus brazos.

Mientras le besaba el rostro y el cuello, sus manos le acariciaron todo el cuerpo, haciéndola sentir una dolorosa necesidad. Los botones de la blusa cedieron bajo sus dedos y él apartó la seda para besar la pequeña cicatriz en el hombro, mientras los dedos se deslizaban por debajo del encaje para acariciar los senos redondos. La intimidad de esos dedos acariciadores aumentó su deseo y se oprimió contra él con un gemido de placer.

—¡Dios, Frances! —murmuró Byron con la voz profunda y ronca por la emoción que sentía, cuando la separó ligeramente de él—. Te amo y te deseo, pero creo que ya es hora de que regrese esta lancha al muelle. He ordenado una cena especial para nosotros en el restaurante y tenemos que escoger la fecha apropiada para la boda,

pero, ¡te prevengo que tiene que ser pronto!

—Oh, Byron, querido, ¡te amo tanto! —susurró fundiéndose en sus brazos. Pasaron varios segundos más antes de que Byron pusiera en marcha el motor para volver al muelle.

Frances suspiró feliz mientras sentía los brazos de Byron que la rodeaban con firmeza y descansó la cabeza contra su hombro.

El sol se había puesto, pero habría otros atardeceres más en Izilwane y disfrutaría de cada uno de ellos.

Fin